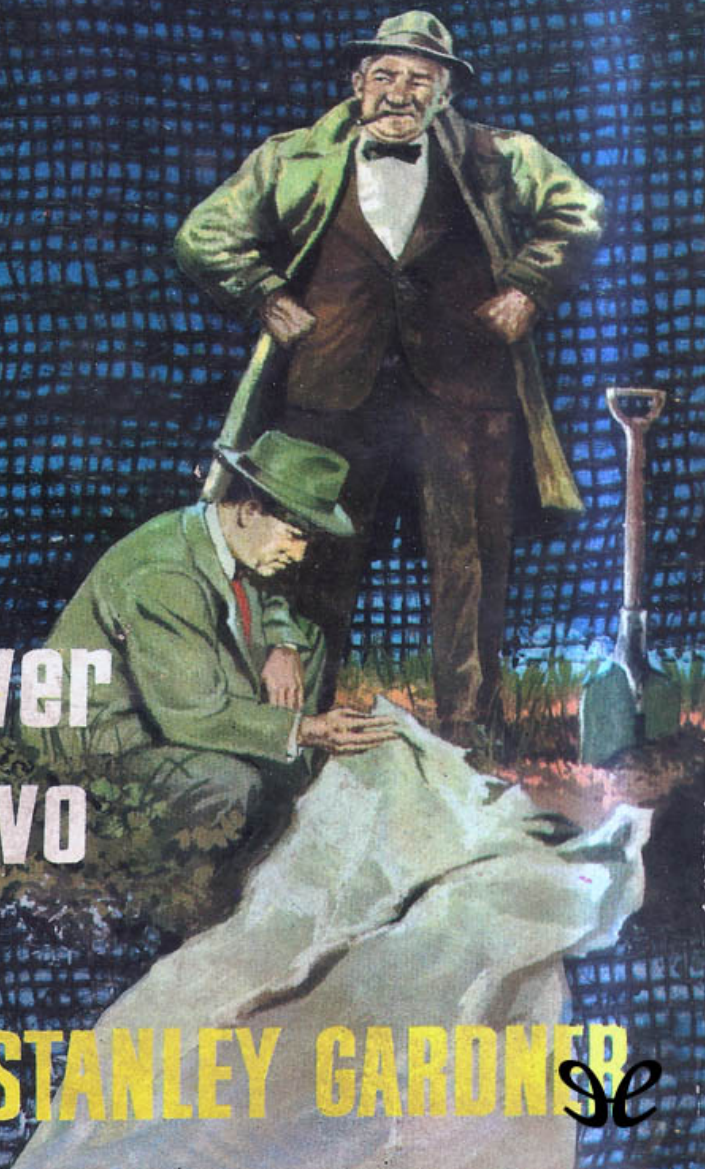




UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

**el
caso
del
cadáver
fugitivo**



ERLE STANLEY GARDNER

sc

En este caso... La clienta de Perry Mason es una mujer joven, callada e introvertida, una ratita. Acompañada de su tía llega al despacho de Mason solicitando su ayuda, pero es la tía, una mujer peculiar, una gata con garras, quien realmente habla y explica todo, siendo la joven esposa la que firma.

Es la parlanchina y cariñosa tía, la que pide a Perry Mason que resuelva a su sobrina un problema muy grave, una acusación de posible asesinato que podría causarle problemas.

Perry Mason tendrá que resolver un caso muy peculiar: Un cadáver que presuntamente ha muerto dos veces y que sale corriendo alegremente después de saltar por una ventana.



Erle Stanley Gardner

El caso del cadáver fugitivo

Perry Mason - 44

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Runaway Corpse*

Erle Stanley Gardner, 1954

Traducción: Esteban Riambau

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prólogo

Pocas personas tienen idea de los deberes, las responsabilidades y la misteriosa habilidad detectivesca de un experto investigador médico.

Hace algún tiempo, en el distrito de Los Angeles, una niña de seis años fue asesinada por un maniático sexual. Era la clase de crimen que provoca un estallido de indignación, seguido de una oleada de miedo.

El asesino sexual andaba aún suelto. Nadie sabía quién era. El asesinato había sido increíblemente perverso y depravado, y en todas partes, los sobresaltados padres comprendían que ningún chiquillo se hallaría a salvo, mientras el asesino no pudiera ser aprehendido.

El maltrecho y mutilado cuerpo fue llevado a las oficinas del médico forense, donde el Dr. Frederick D. Newbarr se puso al trabajo.

La policía había realizado pesquisas en busca de armas. Hallaron un hacha y un cuchillo.

El Dr. Newbarr examinó el cuerpo, con sus múltiples heridas, y después dijo a la policía:

—Vuelvan allí y busquen hasta encontrar un punzón de romper hielo y un martillo de punta redonda. Creo que también estas armas fueron usadas.

Después, el Dr. Newbarr hizo algo que a ningún cirujano de autopsias le gusta hacer, pero que a veces se ve obligado a realizar en circunstancias de fuerza o emergencia. Efectuó la disección del tejido alrededor de las heridas, y por un proceso de deducción patológica, determinó la secuencia en que las heridas habían sido inferidas. Tomando por orden las cuatro armas, determinó cuál de ellas había sido usada en primer, segundo, tercer y cuarto lugar.

En aquel caso, la policía realizó una espléndida labor, pero dicha labor quedó realzada por el concienzudo trabajo del doctor Newbarr. Y cuando el asesino fue detenido finalmente, hizo una detallada confesión. La confesión demostró que el crimen fue cometido y la secuencia de armas era exactamente tal como el doctor Newbarr había deducido de su laboratorio.

Oímos hablar mucho, incidentalmente, de crímenes que la policía no llega a resolver. Pero, ¿cuántas veces nos paramos a pensar y a conceder, como ciudadanos, crédito agradecido a los casos de este tipo en los que una intensa y sagaz investigación permite dar caza a un sicópata sexual, completamente incapaz de controlar los torcidos impulsos de sus pervertidas emociones? Un hombre así vive tranquilamente y sin ostentación, conocido por sus vecinos como persona inofensiva y de amables modales, hasta que, de pronto, sus agitadas emociones se apoderan de él, independientemente de su propia voluntad, y le transforman en un auténtico maniático.

El doctor Frederick Newbarr es algo más que un experto patólogo, médico forense y cirujano de autopsias. Es un médico detective.

Ha realizado un trabajo muy amplio en el campo de las heridas de tipo característico, y por lo que se sabe, ha sido el primero en emplear algunas técnicas en el campo de la investigación criminal, que hasta el momento habían sido usadas solamente en Inglaterra y en Europa.

El doctor Newbarr empleó muchas horas trabajando en el desconcertante misterio del caso, de Dalia Negra.

Puesto que la policía no ha cerrado todavía el expediente de este caso, y nunca lo cerrará hasta que el asesino sea capturado, existen ciertos detalles que ahora no pueden descubrirse.

Pero hay un interesante incidente que pone de evidencia la meticulosidad que el doctor Newbarr emplea en su trabajo, y demuestra los peculiares problemas con los que el investigador médico puede encontrarse.

En el estómago de Dalia Negra, el doctor Newbarr halló ciertas partículas especiales en forma de hilos, que de momento no supo explicarse. Se trataba, en apariencia, de diminutas partículas de cera que habían entrado en el estómago de la muchacha, algún

tiempo antes de su muerte.

Era este un insólito hallazgo, tanto que el doctor Newbarr pasó horas enteras tratando de encontrar alguna razón que explicase la presencia de la cera en el estómago de la muchacha.

Finalmente, resolvió el problema. Dalia Negra tenía los dientes en muy mal estado, y según dijeron sus amistades, cuando se disponía a acudir a alguna *cita importante*, frotaba cera contra sus dientes, para ocultar algunos de los defectos y cavidades más impresentables.

Por lo tanto, esta pobre muchacha, emocionada ante la perspectiva de una *cita importante*, se había frotado cuidadosamente los dientes con cera aquella noche, para aparecer más atractiva ante un hombre, que no solamente la asesinó, sino que perpetró una serie tal de diabólicas y repugnantes mutilaciones en el cuerpo, que al verlo, incluso los curtidos agentes de policía se sintieron enfermos.

Basta con trabajar en la investigación de algunos casos, en los que se ha realizado una autopsia ineficaz, para darse cuenta de la labor que están realizando hombres como el doctor Newbarr, hombres que se hallan altamente especializados en un campo, que, a falta de otro nombre mejor, llamaré patología criminal.

Una lista de las actividades, del doctor Newbarr indica algo del medio en que se desenvuelve:

Profesor clínico; jefe del Departamento de Medicina Forense en la Universidad de California del Sur; huésped lector en el Colegio Médico Evangelista; presidente del Comité de la región Sudoeste del Comité Educativo de la Academia Americana de Ciencias Forenses; miembro del Subcomité de Educación del Comité de Problemas Médico-legales de la Asociación Médica Americana y Jefe Cirujano de autopsias del Departamento Forense del Estado de Los Angeles.

El doctor Newbarr es un hombre paciente, que sigue la pista de un criminal con obstinada determinación. Hay en él una tranquila y fatal persistencia.

Uno de los mejores sistemas para determinar la eficiencia de un investigador médico se halla reflejado en la actitud de los abogados criminalistas que se especializan en las defensas.

Entre estos abogados se hallan los más sagaces especialistas del foro. Saben catalogar a un hombre con rapidez y minuciosidad, y si

existe algún punto débil en el razonamiento de su investigación, o en sus reacciones características, pueden sacar a relucir tales debilidades en sus interrogatorios, causando el máximo desconcierto al desdichado testigo.

Por otra parte, cuando un experto se halla firme en su terreno, y absolutamente cierto de la posición que ha adoptado, porque ha meditado cuidadosamente todas las posibles ramificaciones, los abogados defensores le dejan por completo en paz.

Actualmente, el doctor Newbarr se halla muy rara vez sometido a ningún interrogatorio. Durante los últimos años, los abogados se han puesto de acuerdo en preguntarle dos o tres cuestiones de rutina, y dejarlo tranquilo.

Interrogué al doctor Newbarr sobre este punto, y le pregunté cómo se lo explicaba.

La repuesta del doctor Newbarr fue característica de su modo de ser:

—Si un abogado puede embarazarle en la repregunta en el estrado de los testigos, será culpa suya —dijo—. Se está midiendo con usted en su propio terreno. Si usted no está suficientemente familiarizado con este terreno, hasta el punto de que un abogado pueda ponerle en un aprieto, ello quiere decir que se ha mostrado descuidado en su trabajo. Un hombre no debe nunca ser descuidado en un trabajo que afecta a la vida o a la libertad.

Aún habría podido añadir más el doctor Newbarr. El doctor Newbarr no es descuidado en ningún aspecto.

Entre los hombres que están ensanchando el campo de la medicina forense para que abarque continuamente un significado cada vez más amplio, el doctor Frederick D. Newbarr es reconocido en todas partes como un importante promotor.

Por lo tanto, me es muy grato el dedicar este libro a mi amigo el Dr. FREDERICK D. NEWBARR.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, entró en el despacho privado del abogado y dijo:

—Hay dos mujeres en el vestíbulo que pretenden verte en seguida.

—¿Para qué, Della?

—No se han dignado comunicárselo a una mera secretaria.

—Entonces díles mera y sencillamente que no puedo recibirlas.

—Son un buen par —dijo la secretaria.

—¿En qué sentido?

—Llevan maletas, y consultan sin cesar sus relojes. Aparentemente, deben tener que tomar un tren o un avión y *deben* verte antes de partir.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Mason, sintiendo despertarse su curiosidad.

—Mistress Davenport tiene un aspecto extremadamente ratonesco, es una mujer joven, corriente, tranquila, algo furtiva.

—¿De qué edad?

—Algo menos de los treinta.

—¿Muy ratonesca?

Della Street asintió.

—¿Y la otra? —preguntó Mason.

—Si describo a mistress Davenport como extremadamente ratonesca, tendré que describir a mistress Ansel como extremadamente gatuna.

—¿De qué edad?

—Cincuenta escasos.

—¿Madre e hija?

—Podría ser.

Mason dijo:

—La querida y abnegada hija ha tenido que soportar demasiado por parte del bruto de su marido. La madre de la hija ha venido para amonestarle, y el marido la ha obsequiado con una serie de palabras groseras. Ella y su hija lo han abandonado para siempre. Quieren que sus derechos sean protegidos.

—Probablemente —dijo Della—, pero de todas formas, son un buen par.

—Diles que no me ocupo de casos de relaciones domésticas —dijo Mason—, y que será mejor que se apresuren a ver a otro abogado, antes de que se les escape su avión.

Della Street se mostró recalcitrante.

Mason cogió varias cartas del archivo marcado «Urgente» que Della Street había colocado sobre su escritorio.

—Estás deseando que las reciba —acusó—, para poder satisfacer tu curiosidad femenina. Puede retirarse, joven.

Della Street salió obedientemente del despacho, para regresar a los treinta segundos.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Les dije —explicó ella—, que no te ocupabas de cosas referentes a relaciones domésticas.

—¿Y qué contestaron?

—La ratonesca no dijo nada.

—¿Y la gatuna? —preguntó Mason.

—La gatuna dijo que se trataba de un caso de asesinato y que tenía entendido que a ti te *gustaban* los casos de asesinato.

—¿Están esperando todavía? —inquirió Mason.

—Exactamente. La gatuna sugirió que yo te dijera que tenían que tomar un avión.

—Esto decide la cosa —dijo Mason—. Haz entrar al gato y al ratón con su caso de asesinato. Se ha despertado ahora mi propia curiosidad.

Della Street salió apresuradamente del despacho, y regresó a los pocos momentos para mantener la puerta abierta. Mason oyó ruido de pasos y el de una maleta golpeando contra una librería. Después, una mujer delgada, de aspecto grave, con ojos deprimidos, entró en el despacho llevando consigo una maleta. Dirigió una breve mirada, deseó los buenos días, y después se movió suavemente a lo largo de la pared y estaba hundiéndose en un sillón de alto respaldo, cuando

otra maleta golpeó vigorosamente contra la puerta. Una mujer de más edad irrumpió en el despacho, dejó caer estrepitosamente la maleta, miró su reloj, y dijo:

—Disponemos exactamente de veinte minutos, míster Mason.

—Perfectamente —sonrió Mason—. Siéntense, por favor. Supongo que es usted mistress Ansel.

—Eso es.

—¿Y mistress Davenport? —preguntó Mason, señalando hacia la joven que estaba sentada con las manos ocultas en su regazo.

—Eso es —dijo Sara Ansel.

—Su hija, supongo.

—De ningún modo —dijo Sara Ansel—. Nunca nos habíamos visto hasta hace unos pocos meses. Ha estado durante largo tiempo fuera del país, su marido está en el negocio de minas, y yo estaba en Oriente, en Hong Kong. Soy una especie de tía política. El marido de mi hermana era su tío.

—Disculpe mi error —dijo Mason—. Tengo entendido que desean verme acerca de un caso de asesinato.

—Eso es.

Mason estudió pensativo a las dos mujeres.

—¿Ha oído usted alguna vez el nombre de William C. Delano? —preguntó mistress Ansel.

—¿No era un hombre importante en el negocio de minas?

—Eso es.

—Murió, según creo...

—Hace seis meses. Pues bien, el marido de mi hermana, John Delano, era su hermano. John y mi hermana ya han fallecido. Y aquí Myrna, o sea mistress Ed Davenport, es una sobrina de John y William Delano.

—Ya comprendo. Supongamos ahora que me cuenta de que se trata, y que es todo esto del asesinato.

—El marido de Myrna, Ed Davenport, ha escrito una carta acusando a Myrna de planear matarle.

—¿Y a quién ha mandado la carta?

—Todavía no se la ha mandado a nadie. La dejó dirigida al fiscal del distrito o a la policía, no sabemos a cuál de los dos, y tiene que ser entregada en caso de su muerte. Acusa a su mujer de envenenar a Hortense Paxton, la sobrina que habría heredado la mayor parte

del dinero de William; y después Ed Davenport tiene la temeridad, la redomada desfachatez de afirmar que Myrna sospecha que él sabe lo que ella hizo y puede estar planeando envenenarle, por lo que, en caso de su muerte, quiere que se investigue todo el asunto.

Mason miró con curiosidad a mistress Davenport, que estaba sentada en perfecta inmovilidad. Una sola vez, como si sintiera su mirada, levantó los ojos, después bajó de nuevo los párpados y continuó la contemplación de sus manos enguantadas.

—¿Qué pudo sugerirle esta idea? —preguntó Mason—. ¿Tiene algún fundamento para tales acusaciones, mistress Davenport?

—¡Desde luego que no! —respondió Sara Ansel.

Mason continuó mirando a mistress Davenport. Ella dijo:

—Paso la mayor parte de mi tiempo en el jardín. Tengo algunos productos para vaporizar, algunos insecticidas. Son muy venenosos. Mi marido tiene una obsesiva curiosidad. Ya por dos veces le he tenido que advertir que aquellos productos no eran para ser manejados de cualquier modo. Ello puede haberle sugerido ideas raras. Es muy irrazonable. Se le meten ideas en la cabeza y le quedan grabadas en ella.

—Es un neurótico —explicó Sara Ansel—. Cavila, bebe... Tiene crisis de furor y entonces es cuando se le ocurren ideas raras.

—Por lo que veo —dijo Mason—, nos hallamos ante un cuadro bastante complicado. Tendré que saber algo más acerca de esto, y tengo entendido que tienen que tomar un avión.

—Eso es. Tenemos un taxi esperando. El taxista nos ha advertido que no podemos entretenernos. Tenemos que llegar al aeropuerto a tiempo para tomar el avión de las once para Fresno.

—Tal vez —dijo Mason—, ante las circunstancias, sería mejor que tomaran otro avión más tarde y...

—No podemos. Ed se está muriendo.

—¿Se refiere usted a Ed Davenport, al marido de esta joven?

—Eso es.

—¿Y ha dejado esa carta para ser entregada a las autoridades, en caso de su muerte?

—Eso es.

—Esto —dijo Mason—, complica la situación.

—¿Verdad que sí? —exclamó Sara Ansel con impaciencia.

—¿De qué se está muriendo? —preguntó Mason.

—¡De disipación! —estalló Sara Ansel.

—Quizá sería mejor que intentaran ustedes darme una versión más completa de la situación —aventuró Mason.

Sara Ansel se acomodó en el inmenso y muelle sillón de los clientes, con una serie de rápidos movimientos que denotaban más agitación que reposo.

—Pues bien —advirtió—, tendrán que escucharme muy atentamente, pues no tendré tiempo de repetir.

Mason asintió.

—Mi secretaria, miss Street, está tomando notas. Después las estudiaré.

—William C. Delano era un hombre muy rico y muy solitario. Durante los dos últimos años de su vida, su sobrina Hortie, o sea Hortense Paxton, se fue a vivir con él. Él se estaba muriendo por momentos, y lo sabía. En su testamento, lo dejaba casi todo a Hortie. Ella le estaba cuidando. Era un trabajo terrible. Ella escribió a Myrna, y Myrna y Ed vinieron para ayudar a cuidarle.

»Cuando llevaban poco tiempo allí, Hortie cayó muy enferma. Murió al cabo de una semana de enfermedad. Por aquel entonces, Ed no dijo nada. Más tarde le dijo a Myrna que creía que Hortie había sido envenenada. De dónde sacó esta idea, nadie lo sabe. Es típico de Ed Davenport, un corpachón vacío y neurótico, repleto de egoísta terquedad.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —preguntó Mason.

—Excesivo trabajo. Su muerte fue un golpe terrible para William. Ella era su sobrina favorita. En su testamento, había planeado dejar las cuatro quintas partes de su fortuna para ella, y la otra quinta parte para Myrna.

—¿No le dejaba nada a usted, mistress Ansel?

—Con el tiempo lo hizo. Él y yo nunca estuvimos muy bien avenidos. Al morir Hortie, cambió su testamento.

—Parece estar usted segura de que la muerte de miss Paxton fue una muerte natural.

—Claro está que sí. Atrapó uno de estos catarros intestinales tan frecuentes. Sólo que Hortie estaba tan agotada, que no pudo resistirlo.

—¿La vio usted antes de su muerte?

—Sí, Llegué allí cuando me enteré de que estaba enferma, por si

podía ayudar en algo. Permanecí allí tres o cuatro días antes de que muriera, pero después no me quedé durante mucho tiempo.

»William Delano y yo nos apreciábamos mutuamente, pero me sacaba de quicio y supongo que yo antagonizaba con él. Myrna insistió en que se las podía arreglar muy bien, tanto más cuanto que la ayudaban una ama de llaves y una enfermera que habían llamado; por lo tanto me marché.

—¿Y cuándo regresó usted?

—Poco después de la muerte de William.

—¿Se efectuó alguna autopsia cuando la muerte de miss Paxton?

—Desde luego que no. Cuidó de ella un médico, y firmó el certificado de defunción. La enterramos, y allí terminó todo, hasta que Ed Davenport comenzó sus habladurías. Para serle franca, el hombre está sencillamente desequilibrado. Y lo que es más, está tratando de distraer la atención de lo que ha hecho con el dinero de Myrna.

»Ed tiene estas ideas estúpidas, y ahora ha ido tan lejos como para escribir aquella carta que debe ser abierta en caso de su muerte. El muy necio sufre de presión alta. Puede morir en cualquier instante, y ha tenido que escribir esta carta cobarde. En caso de que muera, no quiero ni pensar en lo que puede suceder.

—¿Dónde está esta carta?

—En alguna parte de su oficina.

—¿Dónde está la oficina?

—En Paradise.

—¿Dónde está esto?

—Es el nombre de un lugar cerca de Chico, en la parte norte del Estado. Su oficina está situada en una casa de allí. Es la casa donde él y Myrna vivieron durante algún tiempo, cuando regresaron de Sudamérica. Ed adquirió esta mina en una transacción inverosímil. Cuando él y Myrna regresaron a Los Angeles para vivir con William, Ed arregló la casa de Paradise para que sirviera de oficinas para su compañía minera.

»Bueno, él dice que es una oficina. Dos habitaciones están destinadas a oficina, pero tiene un dormitorio y una cocina. Pasa allí mucho tiempo. Va allí durante una semana entera, a veces dos semanas. Desde que estoy con Myrna, ha pasado la mayor parte de su tiempo en aquel sitio que él llama su oficina, y merodeando por

el país, pregonando que es un pez gordo de las finanzas, el gran magnate minero...

—Me gustaría saber —inquirió Mason—, cómo es que usted tiene un papel tan importante en el asunto; en otras palabras: tengo entendido que usted y William Delano no eran precisamente carne y uña. Usted...

—Después de todo, quiero mucho a Myrna. En el nuevo testamento heredó una quinta parte de la propiedad de William. No voy a permitir que Ed Davenport me eche de mi propia casa. Cuando vi como trata a Myrna, me sentí profundamente indignada, pero he intentado mantenerme en mi sitio y no decir nada. ¿No es así, Myrna?

»Entonces esta mañana hemos recibido esta llamada telefónica, diciendo que Ed está en Crampton, y...

—Infiero que se ha puesto enfermo —dijo Mason.

—Esto es lo que he estado intentando explicarle, se está muriendo y solamente nos quedan unos pocos minutos. Lo mejor que se le podía ocurrir a un hombre que ha escrito una carta estúpida para ser entregada a las autoridades en caso de morir, acusando de asesinato a su propia esposa.

—¿Es este el contenido de la carta?

—Por lo que sabemos, entre unas cosas y otras, esto es lo que dice la carta.

—¿Cómo sabe usted lo que dice la carta, mistress Davenport? —preguntó Mason.

Myrna habló con una voz tan baja que resultaba difícil oírla.

—Él lo dijo. Se volvió loco y me acusó de haber envenenado a Hortie, y dijo que puesto que yo sabía que él estaba enterado, no se sentía seguro.

—¿Y míster Davenport está ahora en Crampton? —preguntó Mason.

—Eso es. Llegó allí desde Paradise y se puso enfermo. Está en un motel. El doctor está muy alarmado por su estado..., cree que no vivirá.

—¿Y si vive? —preguntó Mason.

Sara Ansel respondió:

—Bien, desde luego no soy yo quien para dar consejos. Myrna puede hacer lo que se le antoje, pero por lo que yo creo, Ed

Davenport ha estado escamoteando su dinero, mezclándolo con el suyo. Estoy absolutamente segura de que va a intentar estafárselo. Yo sé lo que yo haría, si estuviera en el lugar de Myrna.

—¿Y si Ed Davenport fallece? —preguntó Mason.

Sara Ansel miró hacia Myrna Davenport.

—Si muere —dijo Myrna Davenport con su voz débil, casi ininteligible—, aquella carta será remitida al fiscal del distrito, y sabe el cielo lo que sucederá.

—¿Y qué quieren ustedes que haga yo? —exclamó Mason.

—Apoderarse de la carta —espetó Sara Ansel.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—Temo que no podré ayudarlas en esto.

—No veo el por qué.

—Yo no puedo robar la carta.

—Su contenido es difamatorio —dijo Sara Ansel.

—A pesar de esto —dijo Mason—, la carta forma parte de su propiedad durante su vida.

—¿Y qué ocurre después de su muerte?

—Indudablemente habrá dejado instrucciones para que sea remitida a la policía.

—Tal como están las cosas —dijo Sara Ansel—, todo lo que posee forma parte de una propiedad común. Todo fue adquirido con el dinero de Myrna, aparte del hecho de que Ed Davenport ha estado tan atareado tratando de escamotear fondos, que nadie podría decir de dónde procede el dinero.

El rostro de Mason demostró interés.

—Supongamos, pues, que muere. Myrna, como viuda, está autorizada para tomar posesión de las propiedades. ¿No es cierto?

—Para los fines de administración y para conservarlas para el administrador —dijo Mason cautelosamente.

—Por lo tanto, está autorizada para apoderarse de aquella carta.

—Prosiga —dijo Mason, sonriendo.

—No creo que sea lícito que aquella carta caiga en manos de la policía y del fiscal del distrito sin que Myrna esté enterada de su contenido.

—Desde luego —dijo Mason— en gran parte depende de como fue escrita la carta, o mejor dicho, de la dirección que lleve el sobre, si va dirigido a la policía para ser abierto en caso de su muerte, o si

va dirigido a su secretaria, teniendo ésta instrucciones para remitir el sobre al fiscal del distrito, en caso de muerte.

—¿Representaría alguna diferencia legalmente? —preguntó Sara.

—Podría ser —dijo Mason—. No puedo darle ahora una opinión concreta.

Súbitamente, Sara Ansel se levantó del sillón.

—Dame tu llave, Myrna.

Sin decir palabra, Myrna abrió su enguantada mano y entregó una llave a Sara Ansel. A su vez, ésta se adelantó y la dejó caer en la bandeja de vidrio que había encima de la mesa de Mason.

—¿Qué es esto? —exclamó Mason.

—La llave de la oficina de Paradise.

—¿Qué pretenden que haga con ella?

—En el caso de que Ed Davenport muriese, queremos que se apodere de aquella carta.

—¿Hay algo de cierto en las acusaciones de Ed Davenport?

—¡No sea bobo! Myrna es incapaz de hacerle daño a una mosca. Fue allí para ayudar a Hortie. Las dos muchachas trabajaron como esclavas. La muerte de Hortie fue causada pura y simplemente por agotamiento.

—¿Y la de míster Delano?

—Llevaba meses a las puertas de la muerte. Su corazón estaba deshecho. Los doctores le daban seis meses de vida, y vivió doce. Habría vivido más tiempo si no hubiera sido por la muerte de Hortie. Aquello fue un golpe terrible para él.

—Entonces, ¿por qué no dejar que la carta sea enviada? —preguntó Mason—. Si las acusaciones son aparentemente tan absurdas, ¿por qué no explicarlo simplemente a la policía?

Las mujeres cambiaron entre sí una mirada, un breve indicio de una señal de inteligencia que Mason fue incapaz de interpretar.

—¿Y bien? —dijo.

—Ocurre —dijo Sara Ansel—, que la situación no es tan sencilla. Hay algunos factores que la complican.

—¿En qué sentido? —preguntó Mason.

—Alguien telefoneó al forense. Fue una llamada anónima. Esta persona sugirió que sería mejor que el forense investigase la muerte de Hortense Paxton.

»Desde luego, se trata de algún entrometido, a menos que se tratara del propio Ed Davenport, pero ello puede causar molestias.

Mason reflexionó unos instantes.

—Myrna es la esposa de Ed Davenport —dijo—. En caso de que éste la acusara de envenenar a miss Paxton, arriesgaría el dinero que su esposa heredó, y que según tengo entendido, él está manejando. ¿Han pensado en esto?

—Ciertamente. Pero Ed no. El no piensa, sólo reacciona. No hay lógica alguna en sus acciones. ¿Por qué escribir una carta tan estúpida como aquella, especialmente cuando sabe que puede estirar la pata de un momento a otro?

—Puede tratarse de una personalidad psicopática —dijo Mason.

—Es un chiflado. Nunca se puede saber lo que hará. Podría matarnos a las dos. Si se enterase de que hemos venido a hablar con usted, ciertamente lo haría.

Mason adoptó una repentina decisión.

—Me dispongo a ayudarlas —dijo—. Si Ed Davenport muriese, trataría de averiguar cuál es el contenido de la carta. Sí, en mi opinión, la carta es obra de un psicópata, consideraré el caso, y si todo parece hallarse conforme, devolveré la carta a mistress Davenport. Sí, por el contrario, existe la menor sospecha en el caso, entregaré la carta a la policía, pero trataré de hacerlo de tal modo que nadie se vea comprometido.

—Si usted conociera a Ed Davenport —dijo Sara Ansel— sabría que es un egoísta, un neurótico, completamente absorto en sus negocios, sus síntomas y sus propios sentimientos, pero a pesar de todo es un hombre astuto.

—Usted no ha conocido a míster Davenport durante mucho tiempo —observó Mason.

—Pues bien, le he conocido demasiado —exclamó ella—. He hablado con Myrna, y ya no soy ninguna niña, míster Mason.

Mason reflexionó sobre el asunto, y después dijo de pronto a Della Street:

—Della, dicte una carta que firmará Myrna Davenport, dándome plena autoridad para representarla en todo lo que se refiere a sus relaciones domésticas y a sus propiedades, y para emprender cualquier acción que yo considere adecuada para salvaguardar estos derechos e intereses. En el caso de que falleciera el marido, y será

mejor que mencione en la carta que consta, que en estos momentos se halla gravemente enfermo, tengo que representar a mistress Davenport en todo lo que se refiera a la herencia y en todos los asuntos que tengan que ver con la herencia. Deberé actuar en su nombre y a su favor, al tomar posesión de cualquier propiedad, sea cual fuere esta y cualquiera que sea su naturaleza o definición, y llevar a cabo toda acción que yo crea encaminada a defender sus intereses.

Mason miró a Myrna Davenport:

—¿Desea usted firmar una carta así?

Fue Sara Ansel la que contestó:

—Puede estar seguro de que la firmará.

Sin embargo, Mason continuó mirando a Myrna Davenport. Por último, ésta fijó sus ojos en los de Mason, y dijo en voz baja:

—Desde luego, míster Mason. Mi marido ya no me ama. Está interesado en mi dinero, y me está despojando de él. A sabiendas y en estos momentos, está tratando de arrebatarle mi fortuna tan por completo, que nunca más podríamos remediarlo.

—Bien, ¿qué estamos esperando? —preguntó Sara Ansel, mirando su reloj.

Perry Mason hizo un signo con la cabeza a Della Street.

Capítulo 2

Poco después de las tres de aquella misma tarde, la telefonista de Mason avisó a Della Street que llamaban a Mason por conferencia a larga distancia desde Crampton, insistiendo en que se trataba de un asunto de la *mayor* importancia.

Mason asintió.

—Me pondré, Della, pero será mejor que tú escuches por el otro aparato.

Mason cogió su teléfono, y después que la telefonista hubo hecho la conexión, oyó la voz de Sara Ansel, imperativa e impaciente, discutiendo con la telefonista.

—Mason al habla, mistress Ansel —interrumpió Mason.

—¡Bueno, ya es hora! —dijo ella—. Estamos aquí apretujadas, y su telefonista se ha armado un lío...

—Bien, ya escucho —cortó Mason—. ¿Qué sucede?

—Ha muerto.

—¿Davenport?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—Y Myrna —continuó Sara Ansel— entra en custodia de todo. Ha dejado un testamento en el que la nombra heredera de todo..., ciertamente lo menos que podía hacer dadas las circunstancias.

—¿Cuándo ha fallecido? —preguntó Mason.

—Hará unos quince minutos. He necesitado todo este tiempo para poder hablar con usted. Esta telefonista suya...

—Sí, sí —dijo Mason—. En cuanto a la carta a la que usted se refería...

—La dirección en Paradise es Crestview Drive. Puede llegar allí tomando el avión de la Southwest Airways que va a Chico. Alquile un automóvil en Chico, solamente hay doce millas de carretera

buena y pavimentada. No le costará mucho hallar el lugar, pero es mucho mejor que no haga preguntas. Por lo tanto, voy a indicarle el camino para llegar allí. Coja la calle principal que cruza el pueblo, y vaya después a la izquierda por la Oliver Road. Al final de la pendiente diríjase a la izquierda por Valley View por muy poco rato, después tuerza a la izquierda de nuevo por Crestview Drive, y es la última casa a mano derecha.

—¿No hay nadie en la casa? —preguntó Mason.

—Allí no hay nadie. La secretaria estará fuera. Encontrará usted aquella... Lo siento, no puedo hablarle por más tiempo. Adiós.

Colgó el teléfono.

Mason colgó el suyo y miró a Della Street.

—¿Vas a ir a Paradise? —preguntó Della Street.

Mason asintió.

—Y cuando llegues allí, ¿qué harás?

—Representar los intereses de mistress Ed Davenport.

—¿Encontrando aquel sobre?

—Tal vez.

—¿Y qué harás después?

—Esto —dijo Mason—, depende de lo que hallemos después de encontrar el sobre. Busca reservas para el avión, Della.

Diez minutos después, Della Street informó que tomando un avión directo a San Francisco, sería posible alcanzar un aparato de la Southwest Airways que llegaría a Chico a las siete cincuenta.

—Pide dos reservas, Della —dijo Mason—, y partamos cuanto antes.

—¿Dos? —preguntó ella.

El asintió.

—No irás a creer que voy a meterme en esto sin contar con un testigo.

Capítulo 3

El DC-3, después de pasar sobre Marysville, dio una serie de saltos en el aire, volando muy bajo sobre pequeñas aldeas marcadas por grupos de luces, y sobre oscuras extensiones de fértiles campos de arroz, pasó sobre el resplandor que indicaba la localidad de Oroville, y finalmente descendió aún más bajo sobre Chico y el campo de aviación.

Un taxi llevó a Mason y a Della Street hasta el centro de la ciudad, donde Mason tuvo la suerte de poder alquilar un automóvil a tanto la milla. Hallaron la carretera de Paradise y empezaron a remontar la larga cuesta.

La luz de una luna casi llena les permitió ver algo del país, e hizo que Della profiriera sonidos entrecortados ante la abrupta belleza del paisaje, mientras la carretera bordeaba los límites de un promontorio de lava, y ellos miraban las profundidades del cañón en las que los despeñaderos de lava proyectaban sombras de un negro intenso.

Mason pasó ante el grupo de almacenes que estaban situados en el centro del pueblo, halló la carretera por la que tenía que torcer hacia la izquierda, y no tuvo dificultad en localizar la pronunciada curva que era la señal para otro viraje a la izquierda.

A cada lado de la carretera había casas modernas y confortables, entre altos pinos y rodeadas de verdes prados. A aquella altura, todo el humo y la niebla del valle de abajo se habían desvanecido, y a pesar de la luz de la luna, las estrellas más luminosas brillaban con tranquilo resplandor.

Della Street aspiró profundamente.

—Fíjate en este aire, jefe —dijo—, puro y con aroma de pino, claro como el cristal. ¿Y no resultan preciosas estas cosas?

Mason asintió.

—¿Crees que la casa de Ed Davenport es como éstas?

—Dentro de un minuto lo sabremos —contestó Mason, haciendo girar el volante hacia la izquierda.

Llegaron al final de la parte pavimentada, y haciendo crujir la gravilla pasaron ante una casa primorosa con una verja pintada de verde, y entonces, al terminar la carretera, viraron a la derecha por un sendero cubierto de grava que cruzaba un bosquecillo de pinos, unas espesas matas de manzanilla y unos pocos manzanos y perales, hasta llevarles bruscamente ante el porche de una casa, que a pesar de la oscuridad que reinaba en su interior, parecía poseer un aire amistoso y acogedor.

Mason apagó las luces, cerró el contacto, dio la vuelta alrededor del coche y siguió a Della Street hacia el porche.

—Supongo que será mejor que llamemos, por si acaso —consultó Della Street.

Mason asintió.

El enguantado dedo de Della Street oprimió el botón del timbre. Unas campanas musicales sonaron en el interior de la casa.

—Llama otra vez —dijo Mason al cabo de un rato—, y después probaremos la llave.

Della Street llamó por segunda vez. Pasados unos diez segundos, Mason introdujo la llave en la cerradura. El pasador se deslizó suavemente hacia atrás. Mason dio vuelta al tirador y la puerta se abrió.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Della Street—. ¿Usamos una linterna o...?

—Encenderemos las luces —respondió Mason—. El uso de una linterna indicaría una visita sospechosa. Una visita sospechosa significaría una conciencia culpable. Después de todo, Della, estamos jugando a un juego en el que sabemos muy poco, de los demás jugadores, y maldita sea si sé cual es la apuesta.

—¿Pero estamos jugando puestas altas? —preguntó Della Street.

—Decididamente —respondió Mason, buscando un interruptor de la luz.

El vestíbulo se iluminó, mostrando un perchero hecho con cuernos de ante y madera de boj. Una manta de Navajo y dos sillas rústicas daban al lugar un aire de vigorosa sencillez. Un gran espejo antiguo, de forma ovalada, colgaba de la pared. El aroma de tabaco

fuerte y de buena calidad se adhería al lugar, como si alguien que viviera allí pasara mucho tiempo fumando en pipa.

Mason se dirigió a la puerta de la izquierda, y encendió las luces de una gran sala de estar. Della Street le siguió a través de la casa, habitación por habitación, encendiendo las luces, hasta que el largo y complicado edificio de un solo piso quedó completamente iluminado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Della.

—Aparentemente —dijo Mason—, nos estamos haciendo cargo de todo en nombre de mistress Davenport. En realidad, estamos buscando una carta que debe estar escondida en alguna parte de la casa. Lo que me pregunto es dónde.

—Parece una estupidez —dijo Della Street.

—¿El qué?

—Escribir una carta que ha de ser entregada a las autoridades en caso de muerte, y después dejar la carta en cualquier sitio, sin tomar ninguna disposición para que sea remitida.

Mason asintió.

—*Debe* haber tomado alguna disposición para que la carta sea entregada —dijo Della Street.

—Evidentemente —contestó Mason— y por ello vamos a empezar nuestra búsqueda en el escritorio de la oficina de la secretaria.

—Todavía no caigo —dijo Della Street.

—Estamos siguiendo los deseos, o mejor dicho, las instrucciones de nuestra cliente —dijole Mason—, y lo menos que podemos hacer es descubrir qué hay en todo esto.

Mason abrió los cajones de la mesa metálica, descubriendo papeles de varias clases, papel carbón, y en el cajón inferior una repleta carpeta de correspondencia con una etiqueta que rezaba: «Para archivar».

Mason miró las fechas de algunas de las cartas, y dijo:

—Al parecer, la secretaria de Ed Davenport es de la opinión de que no hay ninguna urgencia en tener al día los archivos.

—Quizá esperaba a que se reuniera bastante correspondencia para que valiera la pena el archivarla toda a la vez.

Mason intentó abrir el lado derecho de la mesa y observó que todos los cajones estaban cerrados.

—¿Tienes una lima para las uñas, Della?

—¿Vas a probar de abrir la cerradura?

Mason asintió.

—Jefe, ¿tenemos derecho a mirar ahí?

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. Andamos en busca de documentos para la viuda.

—Parece algo así como..., bueno, como si nos estuviéramos entremetiendo en propiedad ajena.

Mason cogió la lima para uñas que Della le dio, y se puso a trabajar en la cerradura. A los pocos momentos se deslizó el pestillo y los cajones del lado derecho de la mesa quedaron abiertos.

—Son objetos personales —exclamó Della secamente.

—Ya lo sé —dijo Mason—, pero estamos buscando específicamente..., ¿qué es esto?

—Decididamente —dijo Della Street—, esto es una caja metálica de seguridad.

Mason sacudió la caja.

—Parece haber un solo documento en ella —dijo—. Podría ser el que buscamos. A pesar de la expresión de tu rostro, Della, mi curiosidad está venciendo rápidamente a mis escrúpulos. Supongo que no llevarás algo parecido a una horquilla.

Ella denegó con la cabeza.

Mason probó la punta de la lima en la cerradura.

—Voy a necesitar algo más pequeño que esta lima para las uñas. Un trocito de alambre duro serviría.

—¿Dónde aprendiste esta técnica? —preguntó Della Street.

—Me la enseñó un cliente —dijo sonriendo Mason—. Mis únicos honorarios por defenderle de una acusación de robo.

—Supongo que conseguiste que le absolvieran.

—Era inocente.

—Ya lo supongo. Debió aprender a abrir cerraduras en unos cursos por correspondencia.

—Por raro que pueda parecer —dijo Mason—, en realidad *era* inocente. El abrir cerraduras era una reliquia de su oscuro pasado. Ah, aquí hay una pinza sujetapapeles fabricada con un excelente y duro alambre. Ahora sólo tenemos que doblar el alambre así..., insertarlo en la cerradura, hacerlo girar ligeramente, y..., ya es nuestro, Della.

Mason abrió la tapa de la caja y sacó un grueso sobre de papel de manila. En el dorso del sobre había escrito con una letra enérgica: «Para ser abierto en el caso de mi muerte y el contenido entregado a las autoridades», y debajo estaba firmado: «Ed Davenport».

—Ahora, señor letrado —dijo Della Street—, tal vez pueda usted explicarme las reglas técnicas de la ley. ¿Es esto propiedad de la viuda, pertenece a las autoridades, o es propiedad de la secretaria en cuyo escritorio se hallaba?

—Examinaremos su contenido —respondió Mason—, y entonces podremos contestar a algunas de tus preguntas.

—Sería mejor que las contestaras antes.

Mason, sonriendo, denegó con la cabeza.

—Debemos conocer el contenido antes de que podamos determinar nuestras responsabilidades, Della.

Mason se dirigió a la cocina, llenó de agua una tetera, y encendió el hornillo eléctrico.

—Verdaderamente, te estás sintiendo como en tu casa —dijo Della Street.

Mason sonrió.

—Dicen que el pote vigilado nunca hierve. Quizá será mejor que echemos otro vistazo a la oficina.

Mason se dirigió hacia el despacho, curioseó la mesa escritorio de Ed Davenport, consultó los archivos, leyendo cartas y abriendo cajones.

—¿Estás buscando algo en particular? —preguntó Della Street.

—Estoy tratando de hacer un retrato mental de esta gente —respondió Mason—. Es evidente que Davenport depositaba una gran confianza en su secretaria. Por lo que veo, ella extendía y firmaba los cheques. Hay un saldo de mil doscientos noventa y un dólares en el Banco de Paradise. Hay alguna correspondencia en relación con asuntos mineros. Es interesante notar que mientras algunas cartas van dirigidas a mistress Edward Davenport, hay respuestas de míster Davenport indicando definitivamente lo que su esposa hará y lo que dejará de hacer.

—Entonces...

—Por lo que parece, no la consultaba —continuó Mason—. Las copias de las cartas de contestación indican que la mayoría de las

veces éstas eran remitidas el mismo día en que se recibían.

—Quizá estaba en contacto con ella por medio de conferencias telefónicas.

—La factura del último mes, por todo el servicio telefónico, era solamente de treinta y tres dólares con noventa y cinco centavos —dijo Mason—, incluido el impuesto federal.

—Y durante todo este tiempo —dijo Della Street—, tuvo miedo de que su mujer pudiera estar planeando el matarle..., y va y se muere de muerte natural.

Mason enarcó las cejas.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella—. Tú no..., Jefe, ¿tú no supondrás que..., que no fue una muerte natural...?

—¿Por qué no? —inquirió Mason.

—¡Pero, cielo santo! Entonces..., ¿qué estamos haciendo aquí?

—Estamos protegiendo los intereses de mistress Davenport —dijo Mason— pero existen algunas cosas que no podemos hacer. No podemos hacer desaparecer pruebas ni alterar las pruebas, pero realmente no podemos decir si se trata de una prueba hasta que le hayamos echado un vistazo, ¿no es así, Della? Vamos, creo que el agua ya estará hirviendo.

Mason regresó a la cocina. Cuidadosamente, abrió el cerrado sobre por medio del vapor, buscó en su interior, sacó los papeles y los desdobló.

El respingo de Della Street apagó por un instante el ruido de la tetera, en cuyo interior el agua continuaba hirviendo.

—Bueno, ya está —dijo Mason alegremente—. Seis hojas de papel completamente en blanco.

Las inclinaciones domésticas de Della Street se pusieron de manifiesto. Con los ojos aún clavados en las páginas en blanco, apagó el hornillo que había debajo de la tetera.

—Pero, ¿cómo diablos? —preguntó, añadiendo al instante—: ¿Crees que pueda haber en ellos alguna escritura secreta?

Mason apartó a un lado la tetera, y sostuvo una de las hojas de papel sobre el hornillo aún caliente, calentándola concienzudamente, colocando la hoja primero por una cara y después por la otra, de modo que la luz se reflejara en ella desde todos los ángulos posibles.

—Desde luego —dijo—, *podría* haber alguna escritura secreta

que apareciera solamente al ser sometida a los vapores del yodo, pero..., bien, no podemos asegurar que la hay, y, sin embargo, resultaría peligroso asegurar que no la hay.

—¿Por qué demonios puede un hombre tomarse todo el trabajo de dejar un sobre con instrucciones de ser abierto en el caso de su muerte, y después no haber nada en él, salvo unas hojas de papel en blanco?

—Esto —dijo Mason secamente—, es algo para lo que tendremos que encontrar respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—¿Había algún tubo de goma en la oficina, Della?

Ella asintió.

—Bien —dijo Mason—, cerraremos este sobre, y creo que dadas las circunstancias, será muy acertado el procurar no dejar huellas digitales.

Mason secó el revés del sobre colocándolo sobre el hornillo aún caliente, regresó a la oficina, cerró cuidadosamente el sobre, lo colocó en la cajita metálica, puso esta dentro del cajón, y usando la lima de Della Street, cerró de nuevo los cajones del lado derecho de la mesa de la secretaría.

—Jefe, parece tener alguna idea —dijo Della Street—, de que... Se detuvo, vacilante.

—¿De que las cosas han resultado un poquitín demasiado oportunas? —preguntó Mason.

—Pues sí, en cierto modo.

—Han resultado muy oportunas —dijo Mason—. Ed Davenport murió, y...

Se oyó la aguda voz de una mujer:

—¿Qué están haciendo aquí? ¿Quiénes son ustedes?

Mason se volvió.

La mujer alta y bastante bien parecida que había en el umbral dio repentinamente media vuelta sin esperar respuesta. Mason oyó el ruido de sus pasos precipitados, y después, desde la sala de estar, el sonido del marcador del teléfono.

Mason dirigió una sonrisa a Della Street, se encaminó a la mesa escritorio y cogió el teléfono.

Pudo oír la voz de la mujer en el otro teléfono, diciendo:

—Telefonista, llame en seguida a la policía. Es urgente. Soy

Mabel Norge, de la casa Davenport, en Crestview Drive. Hay alguien que está saqueando la casa. Mande en seguida a la policía.

Mason volvió a colocar el auricular en su sitio. Oyó como se cerraba estruendosamente la puerta delantera.

Della Street enarcó las cejas.

—¿La policía? —dijo.

Mason asintió.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar?

—Depende —dijo Mason—. Probablemente no mucho.

—¿Intentamos la huida?

—Desde luego que no. Nos quedamos a charlar con ellos.

Mason se acomodó en la silla que había detrás del escritorio de Ed Davenport, y encendió un cigarrillo.

—Jefe —dijo nerviosamente Della Street—, no sé por qué no podemos largarnos.

—Nuestro automóvil de alquiler está ante la casa —dijo Mason—. En estos momentos, la joven tiene sin duda anotado el número de la matrícula. A causa del coche parado aquí enfrente y de las luces encendidas, pudo entrar ella tan sigilosamente. Debe haber andado de puntillas por el corredor. Casualmente oí su nombre cuando telefoneaba. Es Mabel Norge. La secretaria de Ed Davenport. Decididamente, Della, nos quedamos aquí y nos quedamos con pleno derecho. No podemos hacer otra cosa. Si piensas en ello, verás que hemos dejado a nuestras espaldas un rastro demasiado notorio. La huida indicaría, desde luego, un sentimiento de culpabilidad.

—Sin embargo, hay algo en todo esto que no me gusta —dijo Della Street.

—Hasta el momento —dijo Mason—, hemos hecho todo lo que se esperaba de nosotros. Ahora trataremos de ser un poco más independientes.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso tú...?

Oyeron el sonido de una sirena que iba en aumento.

—Esto —dijo Mason— debe ser la policía. Es lo que yo llamo un buen servicio. Conserva la serenidad, Della, porque podría ser que estuvieran algo nerviosos, quizá un poco propensos a apretar el gatillo.

Oyeron de nuevo la puerta delantera, el ruido de voces y

después de pesados pasos. Un hombre con una placa en la solapa de su chaqueta y una pistola en la mano, asomó cautelosamente la cabeza dentro de la habitación, diciendo:

—¡Arriba las manos!

Mason dio media vuelta en la silla giratoria del escritorio, sacó el cigarrillo de su boca, exhaló una bocanada de humo y dijo:

—Buenas tardes, agente. Entre y tome asiento.

El policía permaneció en el umbral, pistola en mano.

—¿Quiénes son ustedes —preguntó—, y qué están haciendo aquí?

—Soy el abogado Perry Mason —dijo Mason—. Permítame que le presente a mi secretaria, miss Street. Estoy ocupado en estos momentos en hacerme cargo de todo esto, en nombre de la viuda de Ed Davenport.

—¿Ha muerto? ¿Ha muerto? —gritó la muchacha.

Mason asintió.

—¡Entonces ha sido asesinado! —dijo ella.

—¡Cuidado! —reprendióla Mason—. Se halla usted sin duda impresionada, pero no debe hacer afirmaciones tan descabelladas.

—¿Representa usted a mistress Davenport? —preguntó el policía.

—Eso es.

—¿Tiene alguna autorización?

—Ella me dio la llave de este lugar —dijo Mason—, y una carta de autorización.

Mason sacó tranquilamente la carta y se la tendió al policía. Este miró a la joven.

—¿Conoce usted a esta gente, miss Norge?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Supongo que es usted la secretaria de míster Davenport, sus iniciales M. N. aparecen en las cartas.

—Soy Mabel Norge —dijo ella—. Soy la secretaria de míster Davenport, y si ha muerto tengo que..., tengo algo para entregar al agente.

—No faltaría más —dijo Mason.

—Míster Davenport había previsto esta situación —dijo Della.

—¿Qué situación?

—Su asesinato.

—¡Asesinato! —exclamó Mason.

—Exactamente —dijo ella con sequedad—. Tengo algo para entregar a este agente, que lo probará.

—Adelante, pues, y entréguelo —dijo Mason.

Ella se dirigió a su mesa de secretaria.

—Oiga, espere un momento —intervino Mason—. ¿Qué va usted a hacer?

—Coger lo que quiero entregar al agente.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—¡No, no! —dijo con aire de reprimenda.

—¿Qué quiere dar a entender?

—No debe tocar usted nada de lo que pertenece a la herencia.

—Usted ha estado aquí tocándolo todo.

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. Yo represento a la esposa. Ella es la propietaria absoluta de una mitad de las propiedades. La otra mitad le pertenecerá por derecho de sucesión.

—Pero, usted... usted...

—Tómelo con calma —dijo Mason.

El policía enfundó su pistola.

—Vamos a aclarar todo esto. ¿Qué sucede?

—Ella le mató —dijo Mabel Norge—. Él sabía que lo intentaría, y dejó un sobre con pruebas que podían ser empleadas contra ella.

—¿Qué quiere decir dejó? —preguntó Mason.

—Me lo dio a mí.

—¿Y le dijo que lo guardara?

—Me dijo que en caso de su muerte, quería que yo abriera la carta y cuidara de que la información llegase a manos de la policía.

—¿La abrió usted, antes de su muerte?

—De ningún modo.

—¿Ignora usted por lo tanto su contenido?

—Bueno..., sólo sé lo que él me contó.

—¿Le dijo él lo qué había en el sobre?

—Me dijo que..., bueno, me dijo lo suficiente como para que yo supiera que temía morir de un momento a otro.

—Ciertamente —dijo Mason—. El hombre sufría de hipertensión, arteriosclerosis, y creo que había alguna complicación renal. Los médicos le habían dicho que podía fallecer en cualquier momento. Creo que es perfectamente natural que un hombre

prepare...

—Pero no era esta clase de carta. Quiero decir, que no era esto lo que pretendía...

—¿Cómo lo sabe?

—Por lo que decía él.

—¿Qué decía él?

—Me dijo que en caso de que muriera, yo tenía que abrir aquel sobre y asegurarme de que la policía se hiciera cargo de los papeles, pero que si alguien trataba de apoderarse de la carta mientras el viviera, yo tenía que destruirla.

—En otras palabras, él mantenía un control sobre la carta.

—Mientras vivió, sí.

—Y si él hubiera querido en cualquier momento que le devolviera la carta, ¿lo habría hecho usted?

—Claro que sí. Era su carta.

—¿Dónde está? —preguntó Mason.

Ella estuvo a punto de decírselo, pero después, pensándolo mejor, exclamó:

—La cogeré cuando la necesite.

Mason bostezó.

—Apuesto a que lo haría —dijo—. Bien, agente, vamos a cerrar esto, y dadas las circunstancias, en vista del hecho de que miss Norge dice que hay una carta aquí conteniendo posiblemente algo en materia de acusación, presumo que será acertado vigilar que nadie saque nada del lugar.

—Sacaremos la carta —dijo Mabel Norge con determinación—. Voy a abrirla ahora mismo y a entregar su contenido al agente.

—¡Oh no, usted no lo hará! —dijo sonriendo Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Su empleo ha terminado en el momento del fallecimiento de míster Davenport. Usted era su agente, su empleada, su representante personal. Su muerte marca la terminación de su empleo, aparte, desde luego, de los derechos que pueda usted tener a una compensación. Pero no tiene derecho alguno a tocar nada de aquí.

—Un momento, vamos a ver —dijo el agente de policía—. No sé gran cosa de leyes, pero no quiero que desaparezca ninguna prueba.

—Claro está que no —dijo Mason—. Yo sugeriría que cerrase

usted todas las puertas, y ya que miss Norge se halla evidentemente en posesión de una llave...

—¿Cómo han entrado ustedes? —preguntó ella.

—Ya le dije que tenía una llave —explicó Mason—. Tengo la llave de mistress Davenport.

—Ella no le habría dado la llave a usted. Me consta que no se la habría dado.

Mason sonrió.

—En tal caso, agente, mistress Davenport no me ha dado una llave, porque esta muchacha lo niega. Por lo tanto, no puedo haberla usado para entrar. De donde se infiere que no estoy aquí. No haga usted caso de mí.

El agente dijo:

—Si hay una carta dejada por él para ser abierta en la eventualidad de su muerte, una carta que indica alguna pista acerca de las causas de su muerte, será mejor que cojamos esta carta y la pongamos en manos del fiscal del distrito.

—La cuestión —dijo Mason—, es que nadie sabe si esta carta contiene acusación alguna contra cualquier persona, ni si puede dar pista alguna. Por lo que sabemos, el sobre puede contener un testamento.

—Bien, vamos a echarle un vistazo —dijo el agente—. Usted representa a la esposa. La secretaria se halla presente. Yo represento a la ley. Vamos a echarle un vistazo.

—Nadie abrirá esta carta hasta que la esposa lo ordene —dijo Mason.

—Espere un momento. Es usted duro de pelar —le dijo el agente.

—No tan duro mientras haga usted las cosas de acuerdo con la ley. ¿Cuál es su nombre?

—Soy Sidney Boom, agente de la oficina del *sheriff*. Este territorio no está agregado. Es territorio del condado.

—Magnífico —dijo Mason—. ¿Desea usted que se hagan las cosas de acuerdo con la ley, o no lo desea?

—Claro está que deseo hacerlas de acuerdo con la ley.

—Muy bien —dijo Mason—. Todo lo que se refiere a la propiedad personal que existe en este lugar, es propiedad de la comunidad, y la viuda sobreviviente es propietaria de la mitad y

siempre lo ha sido. Es suya. La otra mitad pasará a su poder a través de una administración testamentaria. Técnicamente, ya tiene derecho a ella ahora, pero el título sólo puede ser convalidado cuando la herencia haya pasado por la testamentaria y los derechos hayan sido pagados.

—Bueno, yo no conozco la ley —dijo Boom—, pero quiero que este asunto quede bien claro. Si existe aquí alguna prueba, no quiero que le suceda nada.

—De esto se trata precisamente —dijo Mason—. Por otra parte, si no hay pruebas pero existe alguna propiedad de valor, quiero estar seguro de que la testamentaria no la encuentre a faltar.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo voy a saber si este sobre que debe ser abierto en caso de su muerte, no es un testamento? —dijo Mason—. O quizá se trate de algunos bienes negociables que él quería dar a su secretaria. Por todo lo que sabemos, puede tratarse de dinero en efectivo.

—Bueno, la mejor manera de saber lo que hay es abrir la carta y verlo.

—Por otra parte —dijo Mason—, puede haber algo que sea de vital importancia para la herencia, algo que deba ser mantenido confidencial.

—Pero él dio la carta a su secretaria.

—Exactamente —dijo Mason—, no se trata de esto. Él le dijo que *guardase* la carta. No se la *dio* a ella. Ella misma ha admitido que en cualquier momento en que él se la pidiera, debía entregársela.

—Bueno, no es esto lo que quería decir —exclamó Mabel Norge—. Quería decir que me la había dado a mí para entregarla a la policía en el momento de su muerte.

—¿Dijo él que se la diera a los agentes? —inquirió Mason.

—Debía ser abierta en caso de su muerte.

—¿No dijo él que se la entregase a los agentes de policía?

—Bien, no recuerdo exactamente lo que él dijo...

—Comprendido —dijo Mason.

—Está tomando notas —dijo Mabel Norge señalando a Della Street—. ¡Está anotando todo lo que yo digo!

—¿Alguna objeción? —preguntó Mason.

—Bueno, no creo que esto sea jugar limpio.

—¿Por qué no? ¿Deseaba usted cambiar algo de lo que nos está contando ahora, después de tener una oportunidad de pensarlo mejor?

—¡Es usted horrible!

—Mucha gente lo cree así —dijo Mason.

—Todo esto nada tiene que ver con la cuestión de la prueba —persistió tenazmente el agente—. Yo no sé lo que aquí ocurre, pero esta joven que está empleada aquí dice que hay un sobre que debe ser abierto en caso de la muerte del propietario, y que en él hay información que puede llevar a..., a...

—A la aprehensión de la persona culpable de su asesinato —concluyó firmemente Mabel Norge.

—¿Está usted afirmando ahora que ha sido asesinado? —preguntó Mason.

—Puede haberlo sido.

—Pero usted no sabe si lo ha sido.

—Sé que esperaba serlo.

—También sabía usted que se hallaba sometido a tratamiento médico, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y que había sido advertido de que con su hipertensión y el estado de sus arterias, podía morir de un momento a otro?

—No me confiaba todos sus asuntos personales.

—Pero confiaba en usted para los asuntos de su esposa.

—Bueno, no exactamente...

—Entonces, ¿todo lo que sabe usted del contenido de aquella carta es solamente suposición suya?

—Bueno, yo supongo lo que hay en ella. Pronto podremos saberlo.

—¿Dónde está la carta? —dijo Boom.

—En mi escritorio, en una caja metálica.

—Tráigala —dijo Boom.

—Un momento —exclamó Mason—. Este proceder es completamente irregular y altamente ilegal.

—Voy a correr este riesgo —dijo el agente—. Voy a vigilar que esta joven no saque del escritorio nada más que la carta, pero si hay alguna carta aquí, quiero estar completamente seguro de que nada

puede ocurrirle. Ignoro quién es usted, pero por lo que veo, representa a la viuda. Se ha puesto usted muy aprisa manos a la obra.

—Y probablemente, he obrado muy acertadamente —dijo Mason, sonriendo afablemente—. Estoy tratando de salvaguardar la herencia.

—¿Qué quiere decir con esto?

Mason señaló con la cabeza a Mabel Norge, que estaba abriendo la cerradura del lado derecho de la mesa.

—¿Qué estaba haciendo aquí *ella*, a estas horas de la noche?

—Trabaja aquí.

—¿Por la noche? —preguntó Mason.

El agente frunció el ceño.

—Oiga —dijo—, ¿qué *estaba* usted haciendo aquí?

—Yo..., yo pasaba por aquí y vi luces —dijo ella.

—¿Adónde se dirigía usted? —puntualizó Mason.

—Pasaba por aquí.

—Este es un camino que no conduce a ninguna parte —indicó Mason.

—Bueno, yo..., muy bien, yo pasaba por aquí. Yo...

—¿Venía usted hacia aquí?

—¡Esto a usted no le importa! —estalló ella.

—Comprendido —dijo Mason—. Ella estaba aquí. Ella no tenía nada que hacer aquí. No tiene ningún trabajo a estas horas. ¿Qué estaba haciendo?

—Miren —dijo el agente—, esto se está complicando. No quiero que acabe mal.

—Ya está acabando mal. En el mismo instante en que usted use su autoridad para tocar cualquier objeto de esta habitación, habrá usted dado un paso en falso.

El agente se situó ante Mabel Norge.

—No quiero que toque nada, excepto esta carta —dijo—. Vamos a ver, ¿dónde está?

—En una caja metálica, en este cajón.

—Muy bien. Ahora vamos a sacar la carta.

—La caja está cerrada —dijo ella, abriendo el cajón.

—No está cerrada —dijo Boom, cogiendo la caja.

—Pues creí que lo estaba. Tenía que haberlo estado.

Boom abrió la caja y miró el sobre.

—Le recomiendo que no toque este sobre —dijo Mason.

Boom contempló el sobre que había en la caja, después cerró lentamente la tapa.

—¿Qué cree usted que debe hacerse con él?

—Entregarlo a los tribunales, como parte de la herencia.

—Supongamos que le ocurriera algo.

—Trate de que no sea así.

—¿Quiere usted decir que yo debo...?

—Exactamente —interrumpió Mason—. Círrelo. Llévelo al tribunal. Haga que el juez del tribunal de la testamentaría lo abra en presencia de los tasadores de impuestos sobre la herencia.

Mabel Norge dio una patada en el suelo. Había lágrimas de rabia en sus ojos.

—¡Ábralo, tonto!

Mason sostuvo su mirada fija en la del agente.

—Vamos a suponer que esté lleno de dinero, tal vez billetes de mil dólares que deseara dar a su secretaria en caso de morir. ¿Quiere usted ser responsable de rasgar el sobre, y pedir a un tribunal de testamentaría y a un tasador del impuesto sobre herencias que acepten su palabra sobre la cantidad de dinero que contenía? Suponga que afirman que usted se quedó con un par de billetes de mil dólares. Ya sabe usted como las gasta la ley en cuestiones de cajas fuertes. No debería usted atreverse a abrirlo. Ni si quiera un Banco se atrevería a abrirlo. Debe ser sellado hasta que se abra en presencia de un aforador del impuesto sobre herencias.

—Esto es cierto —dijo Boom, volviéndose hacia Mabel Norge.

—¡Necio! —exclamó ella.

Enrojecióse el rostro de Boom.

—Le digo —atacó Mabel Norge— que su mujer estaba proyectando asesinarle. Él lo sabía. Hay pruebas aquí, que la relacionan a ella con otro asesinato.

Mason se encogió de hombros, y dijo:

—Bajo su responsabilidad, agente. Supongo que sabe cuál es su obligación.

El agente de policía vacilaba.

—Decídase y ábralo —dijo Mabel Norge—. ¿No ve que todo lo que hace es hablar y tratar de evitar que usted se apodere

precisamente de la prueba que míster Davenport quería que le fuera entregada?

El agente cogió el sobre.

—Espere un momento —dijo Mason—. No siga usted mi consejo legal. No siga el de esta joven. Disponen ustedes aquí de un fiscal de distrito. Llámelo. Pregúntele lo que debe hacer.

—Es una buena idea —dijo Boom.

Se dirigió hacia el teléfono. Mason dijo:

—Sugiero que este sobre sólo puede ser abierto en presencia de un tasador del impuesto sobre herencias. También sugiero que si existe alguna duda por su parte sobre lo que puede suceder, el contenido de esta prueba sea depositado.

—¿Qué quiere decir depositado?

—Se halla en una caja metálica —dijo Mason—. Cójala y póngala en una caja fuerte. Pero debe usted tener mucho, muchísimo cuidado, en que nadie altere el contenido de este sobre.

—No permita que le indique cuál es su deber —dijo Mabel Norge—. Ábrala. Apodérese de la prueba.

Mason bostezó.

—Esto resulta verdaderamente muy pesado. No me gusta disputar. Por lo que a mí se refiere, estoy conforme en permitir que lleve usted el sobre al fiscal del distrito, siempre y cuando se adopten precauciones adecuadas para evitar que el sobre sea abierto por personas no autorizadas.

—Bueno, déjeme hablar con el fiscal del distrito —dijo Boom.

Cogió el teléfono, marcó el número, y al cabo de un momento habló con el fiscal del distrito.

—Soy el agente Boom. Me encuentro en Paradise. Siento tener que molestarle a estas horas de la noche, pero me encuentro ante un dilema. Estoy discutiendo aquí con un abogado que dice representar una herencia..., Ed Davenport ha muerto. Hay una carta en su despacho que debe ser abierta en caso de su muerte. El abogado que representa a la viuda dice que nadie tiene autoridad para abrirla, excepto ante la presencia de un tasador del impuesto sobre herencias... No, no está dirigida a la policía. Solamente indica en el sobre: «Para ser abierta en caso de mi muerte y entregado su contenido a las autoridades».

—Dígale que me la dio a mí —dijo Mabel Norge—, que estaba

en mi poder...

—No estaba en su poder —dijo Mason—. Estaba en su escritorio. Su empleo aquí ha terminado.

—¿Quiere usted callarse? ¡Le odio! —enfurecióse ella.

—Es muy probable —repuso Mason.

—Y dígame al fiscal del distrito que esta mujer está tomando nota de todo lo que se dice aquí —continuó Mabel Norge.

—¡Chitón! —dijole Boom—. Déjeme escuchar.

Boom escuchó durante un rato, y después dijo:

—El abogado Perry Mason... Ah, ¿ha oído usted hablar de él?... Sí, el nombre resulta bastante conocido... Está bien... Él dice que no se opone a que el sobre quede encerrado dentro de la caja, y que ésta obre en su poder hasta que sea abierta ante el tribunal o ante un tasador. Cree que hay dinero en el sobre... Muy bien.

Boom colgó el teléfono.

—Desde luego, vamos a considerar a usted personal y oficialmente responsable, Mr. Boom —dijo Mason.

—Está bien. Soy responsable.

—Llevará usted esta caja al fiscal del distrito.

—Cuidaré de que llegue al fiscal del distrito.

—¿Va a llevársela en seguida?

—No. Tengo que realizar otra tarea por aquí. Se la llevaré mañana. Él dijo que se la podía llevar mañana. Pero me ocuparé de ella y tomaré medidas para que entretanto no le suceda nada.

—Magnífico —dijo Mason—. Tengo que objetar a que usted se la lleve, pero si insiste en llevársela, espero que comprobará que el sobre está cerrado.

—Bien, voy a llevármelo conmigo —dijo Boom—. Ahora, y puestos a hacer las cosas conforme, quiero que me dé su tarjeta, y en el caso de que resultase que usted no representa a la viuda... Bien, usted es abogado. No necesito enseñarle su oficio.

—De acuerdo, no es necesario —dijo Mason con buen humor—. Aquí tiene usted una de mis tarjetas.

El agente Boom, con la caja metálica bajo el brazo, se dirigió hacia el automóvil.

—Me marcho con usted —dijo Mabel Norge.

Della Street esperó hasta oír el ruido de la puerta al cerrarse, y después miró a Mason.

—Saca en seguida aquella tetera del hornillo —dijo Mason—. Al mismo tiempo, puedes pasar un trapo por ella para estar seguros de que no queden huellas digitales, y pulimenta también las manijas del hornillo. Pueden acordarse de esto antes de que estén muy lejos.

Della Street se precipitó hacia la cocina. Pocos momentos después estaba de regreso.

—Todo va bien —dijo.

—Estupendo —exclamó Mason—, apagaremos las luces y nos largaremos de aquí.

—Jefe, aquella secretaria va a decirle a Boom que abra la carta.

—De momento, no —repuso Mason—. Nuestro principal problema, Della, es que esta carta se halle intacta hasta que la goma haya tenido tiempo de secarse por completo. Si empieza a manosearla antes de que ello ocurra, se darán cuenta de que el sobre ha sido abierto al vapor y cerrado otra vez.

—Pues bien, ella le dirá que lo abra.

—No hasta que haya ido al fiscal del distrito.

—¿Quieres apostar? —preguntó Della Street.

De pronto, el timbre del teléfono rompió el silencio. Mason miró a Della Street. El timbre llamó de nuevo.

—¿Contestamos? —preguntó Della Street.

Mason asintió.

—Cógelo tú, Della. Procura mostrarte indiferente. Averigua quién es antes de que tú digas nada.

—Diga —preguntó Della, cogiendo el teléfono.

Guardó silencio durante un momento, después dijo «Sí», y tapando con su mano la embocadura, le dijo a Perry Mason:

—Conferencia desde Bakersfield. Es una cabina pública, están metiendo monedas.

—¿Ningún nombre? —preguntó Mason.

—Solamente Bakersfield, llamando de central a central.

De pronto, Della Street quitó su mano de la embocadura, exclamó:

—¿Diga?

Por un instante pareció perpleja, después cogió su lápiz y tomó unos rápidos apuntes sobre una hoja de papel. Miraba hacia Perry Mason, con sus ojos llenos de extrañeza.

—Diga —insistió— diga..., diga..., diga... Telefonista, creo que

en el otro lado han colgado. Hablaba con Bakersfield... ¿Está usted segura...?

Della Street colgó suavemente el teléfono.

—¿De qué se trataba? —preguntó Mason.

—Tan pronto como contesté, habló una voz de hombre —dijo—. Era una llamada de central a central, desde una cabina pública situada también en Bakersfield. El hombre dijo: «Pacific Palisades Motel, San Bernardino, unidad trece», y entonces se interrumpió la conferencia. Creí que nos habían cortado, pero la telefonista dice que colgaron el aparato.

—¡Maldición! —exclamó Mason—. ¿No dio ningún nombre?

—No, sólo era una voz de hombre.

—¿Y una llamada de central a central?

—Eso es.

Mason se levantó de la silla y empezó a pasearse. Della Street le miraba con ansiedad.

—¿Qué sucederá si Mabel Norge logra que Boom abra aquel sobre? —preguntó.

—Entonces —contestó Mason—, se armará un jaleo de mil diablos. Cuandoquiera que sea abierto este sobre, la conclusión será que yo me apoderé de las páginas que contenían pruebas, declaraciones, sospechas en conexión, conclusiones y acusaciones, las destruí y las substituí por hojas de papel en blanco.

—¿Puede alguien asegurar que el sobre fue abierto al vapor? —preguntó ella.

—Desde luego. Un análisis de la materia adhesiva que hay en el sobre, demostrará que procede de este tubo de goma y que no es la substancia, ya preparada, que se usa en los sobres para ser humedecida y pegada.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Una vez hecha la acusación —dijo Mason—, nos hallaremos en un distrito en el que no tenemos amigos, donde nos miran con sospecha, y donde las autoridades pueden muy bien proceder basándose en la sospecha.

Ella sonrió.

—¿Es ésta una manera velada de decir que podemos ser arrestados?

—Puede ser.

—Entonces, ¿no sería aconsejable que...?

De nuevo sonó el teléfono. Mason hizo un gesto a Della Street, y ella cogió el aparato, diciendo:

—¿Diga?... Sí... —Cubrió la embocadura con la mano y dijo—: ¿Quieres hablar con Fresno, jefe?

—Pregunta quién está hablando.

—¿Quién llama? —preguntó Della Street. Miró hacia él—: mistress Davenport.

Mason asintió y Della le tendió el teléfono.

—¿Diga? —preguntó Mason.

—¿Hablo con el abogado Perry Mason?

—El mismo.

—Un momento, por favor. Hablaré con mistress Davenport.

Un momento después, Mason oyó la voz baja y monótona de Myrna Davenport.

—Míster Mason, ha habido una terrible equivocación. Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—Mi marido.

—Ya me lo dijo Sara Ansel. Falleció esta tarde y... un momento: ¿es esto lo que quería decirme?

—No. Quiero decir que se ha marchado. Se ha ido *de veras*.

—¿Pretende decirme que no está muerto?

—Sí, míster Mason, esto es lo que quiero decir. No está muerto. No estaba muerto. No podía haberlo estado. Se ha ido.

—¿Adonde? —preguntó Mason.

—No lo sé.

—¿Cuándo se marchó?

—Ni siquiera lo sé. Cogió un automóvil y desapareció.

Luchando con su indignación, Mason dijo:

—¿Qué significa todo este lío? ¿Qué está intentando contarme? Sara Ansel me dijo claramente que Ed Davenport había muerto. Eran aproximadamente las tres de la tarde. Dijo que había fallecido hacía unos quince minutos.

—Esto es lo que creímos. Esto es lo que el doctor nos dijo. Todos creímos que había fallecido, pero indudablemente sólo se hallaba inconsciente. No sabíamos dónde encontrarle antes de que usted llegara aquí, y en aquellos momentos estábamos completamente aturridas porque...

—¿Dónde están ahora?

—Ahora estamos en una farmacia, pero nos disponemos a marcharnos. Vamos a regresar a Los Angeles.

—No regresen a Los Angeles —dijo Mason—. Tomen el primer avión, tren o autobús que puedan hallar para San Francisco, el primer medio de transporte que encuentren, sea cual fuere. Vayan al aeropuerto de San Francisco. Entren en la sala de espera del entresuelo, siéntense allí y esperen. ¿Ha entendido mis instrucciones?

—Sí.

—¿Hará lo que le digo?

—Tengo que preguntárselo a tía Sara.

—¿Dónde está ella?

—Está aquí.

—Está bien, pregúnteselo —dijo impacientemente Mason.

Esperó al aparato unos instantes consciente de los ansiosos ojos de Della Street; después oyó la voz de Myrna Davenport:

—Muy bien. Seguiremos sus instrucciones.

—No hablen con nadie. Si alguien les hace preguntas, no respondan. *Sea quien sea*. ¿Me entienden? No hablen con nadie.

—Comprendo lo que me dice, pero no comprendo el por qué.

—No importa que no comprenda el porqué. Hagan lo que les digo.

Mason colgó el teléfono, y se dirigió furioso hacia el interruptor de la luz.

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosamente Della Street.

—Por lo que parece —dijo Mason—, hemos sido víctimas de un hermoso engaño.

—¿Y Ed Davenport no ha muerto? —preguntó ella.

—Según las últimas noticias, está vivo y coleando, y ha desaparecido..., tal vez se dirige hacia aquí, o quizá es el hombre que telefoneó desde Bakersfield dejando el mensaje en clave.

—¿Cuál es, pues, tu posición legal ahora?

—La de haberme arrogado la representación de una herencia antes de que hubiera herencia alguna, y la de haber robado la propiedad de un *difunto*, mientras éste se hallaba todavía vivo.

Della Street reflexionó unos instantes, después se fue a la cocina, asegurándose de que todo estaba tal como lo habían encontrado,

limpiando huellas dactilares y apagando las luces.

Mason la encontró ante la puerta de entrada.

—Vámonos, Della.

—¿Adonde?

—Regresemos a Chico, donde devolveremos el automóvil y cogeremos el primer medio de transporte que nos saque de allí. Nos detendremos con el tiempo justo para llamar a la Agencia de Detectives Drake, y decirle a Paul Drake que mande a un par de hombres para que cubran el Pacific Palisades Motel Court de San Bernardino, que no pierdan de vista la unidad número trece, que le informen tan pronto sea ocupada la unidad, indicándole por quién, y que mantenga la vigilancia sobre el lugar. También le diremos a Paul que obtenga un informe de Ed Davenport. Vamos, Della, salgamos de aquí.

Capítulo 4

Eran las dos y cuarenta y cinco de la madrugada cuando, Perry Mason y Della Street llegaron al aeropuerto de San Francisco.

—Ve tú primero —dijo Mason, indicando el entresuelo—. Da un vistazo alrededor. Si están ahí, llámame por señas. Si hay alguien que te parece que las está vigilando, no hagas ninguna seña y baja a decírmelo. Limítate a echar un buen vistazo.

—¿Cómo sabré si alguien las está siguiendo?

—Si ves a alguien sentado, leyendo un periódico o una revista, o en apariencia completamente absorto en cualquier otra cosa, comunícamelo. No vayamos a caer en otra trampa.

Della Street subió por las escaleras, y a los pocos momentos volvió a bajar, diciendo:

—Hay un hombre sentado allí y leyendo el periódico jefe.

—¿Las dos mujeres están allí?

—Están allí arriba, profundamente dormidas por lo que parece. Están las dos con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Mason dijo:

—Della, hay un avión a las tres y cinco para Los Angeles. Compra cuatro billetes. Aún podemos tomarlo. Yo subiré y recogeré a las dos mujeres. Si las están siguiendo, nada podemos hacer por evitarlo.

Mason subió las escaleras. El hombre que se hallaba absorto en el periódico volvió casualmente una página, la dobló, y continuó su lectura.

Mason recorrió parte del entresuelo, regresó, se desperezó, bostezó y se acomodó junto a Sara Ansel, que estaba roncando suavemente. La cabeza de Myrna Davenport descansaba en el hombro de Sara Ansel. Dormía tranquilamente.

Mason tocó el brazo de Sara Ansel.

Ella se agitó intranquila.

Mason miró al hombre que estaba leyendo el periódico, después la tocó otra vez.

Sara Ansel se despertó sobresaltada.

—Ruego que me perdone —dijo Mason como por casualidad, colocando un cigarrillo entre sus labios—. ¿Tiene usted una cerilla?

Ella empezó a mirarle ceñudamente, después le reconoció y dijo:

—¡Cómo! Yo..., yo...

—¿Puedo ofrecerle un cigarrillo? —preguntó Mason.

El hombre del periódico parecía estar aun completamente absorto en su lectura.

Myrna Davenport se despertó al oír las voces.

—¿Cómo está usted? —exclamó—. Yo...

Mason le hizo un gesto para que guardase silencio.

—¿Tienen ustedes una cerilla?

Myrna Davenport le ofreció un encendedor. Mason encendió su cigarrillo.

—Muchas gracias —dijo.

Se desperezó bostezando, se arrellanó en la silla y le dijo en voz baja a Sara Ansel:

—Hay un avión para Los Angeles a las tres y cinco. Della Street, mi secretaria, está comprando los billetes. Ella se encontrará con ustedes en la puerta de entrada, con los billetes y los pases de entrada. Se los entregará disimuladamente. Suban al avión. Hablaremos allí.

Mason bostezó de nuevo, consultó su reloj, se dirigió al balcón, miró hacia abajo y advirtió la seña de Della Street indicando que los billetes obraban en su poder.

El abogado caminó casualmente hasta el extremo más lejano de la galería, consultó de nuevo su reloj de pulsera, se acomodó en su sillón, se echó hacia atrás y fumó pensativamente, mientras observaba como Sara Ansel y Myrna Davenport descendían las escaleras.

El hombre que había estado leyendo el periódico, recorrió la barandilla que había alrededor del entresuelo, y como por casualidad, levantó la mano derecha. Después regresó a su sillón.

Mason se levantó, dirigiéndose a la escalera y bajó a la planta, moviéndose lentamente, pero calculando cuidadosamente el tiempo.

Llegó a la verja donde el avión de las tres y cinco estaba cargando, dos minutos antes de su salida.

Della Street estaba esperando con un billete de avión y el pase de entrada.

—¿Han subido ya las dos mujeres? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—Vamos, pues —dijo Mason.

Subieron al avión y pudieron procurarse asientos exactamente detrás de los de Sara Ansel y Myrna Davenport.

Sara Ansel se volvió para decirle algo a Mason, pero él hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y se echó hacia atrás en su asiento.

Se colocaron los cinturones de seguridad. Los motores se pusieron en marcha y el enorme avión empezó a moverse lentamente por la larga pista, se colocó en posición y esperó a que los motores aceleraran, uno por uno. Después los cuatro motores rugieron simultáneamente con poderosa cadencia. El enorme aparato se deslizó por la pista y empezó a volar. Pocos momentos después, las luces de San Francisco brillaban debajo, mientras el avión describía una amplia curva, adquiriendo después su rumbo.

Sara Ansel se volvió enojada y exclamó:

—¡Necesitó usted mucho tiempo para llegar allí!

—En este país —dijo Mason— abren las tiendas a las nueve. Tenemos, pues, tiempo suficiente.

—¿Qué pretende? Estamos huyendo como si fuéramos dos criminales.

—¿Tienen su equipaje?

—No.

—¿Dónde está?

—Lo mandamos por avión. No sabíamos lo que usted quería hacer.

—Es una buena idea —dijo Mason—. Si no van cargadas de equipaje, pueden ir de un sitio a otro con mucha mayor facilidad. Ahora, cuéntenme lo que ha sucedido. Será mejor que cambiemos de asientos. Della, siéntate junto a mistress Davenport. Mistress Ansel, venga aquí detrás conmigo.

Cambiaron de asientos sin llamar al parecer la atención de ninguno de los demás pasajeros, la mayoría de los cuales se habían

recostado en sus asientos tratando de conciliar el sueño.

—Acerque su boca a mi oreja —dijo Mason—. Hable en voz baja y cuénteme lo que ha pasado.

—¿Le cuento los hechos más destacados, o...? —preguntó ella.

—Primero los hechos más importantes —dijo Mason—, después yo le haré preguntas para poner en claro los detalles que me interesen.

—Bien —dijo ella— parece que Ed Davenport salió el domingo al mediodía de su oficina de Paradise. Telefonó a Myrna que se marchaba en automóvil, y que pasaría la noche en algún punto del camino.

»Probablemente se quedó por la noche en Fresno. De allí salió llegando a la pequeña ciudad de Crampton, que está a treinta o cuarenta millas de Fresno, y allí se puso enfermo. Sospecho que en realidad enfermó antes de llegar allí, pero cuando llegó a Crampton no tenía ya fuerzas para continuar.

—¿Qué clase de enfermedad? —preguntó Mason.

—Esto, desde luego, no puede asegurarse. Ya le hablaré en seguida de ello. Era un bebedor empedernido. Sufría de hipertensión y la bebida le resultaba fatal, pero evidentemente bebió y comió algo que debió sentarle mal. De todas formas, se puso muy enfermo. Se detuvo en este hotel de Crampton y preguntó si había algún médico en la ciudad. La encargada le dijo que había tres y le dio sus nombres. Telefonó a uno de ellos, el doctor Renault. El doctor Renault acudió en seguida y dictaminó que Ed estaba seriamente enfermo. Esto sucedía entre las ocho y las nueve de la mañana.

»Pero yo tengo la convicción de que Ed había pasado la noche anterior en Fresno y se había metido en algún jaleo, probablemente con alguna mujer. Personalmente aseguraba que ella le debió administrar algunas gotas de *knockout*^[1]. Sea como fuere, le habían robado.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason.

—Ya se lo diré —continuó ella—, pero antes quiero explicarle lo que sucedió. Después de llegar allí el doctor Renault, él se sumió en un profundo sopor. El doctor Renault nos llamó y nos dijo que sería mejor que fuéramos inmediatamente, pues Ed estaba muy grave. Tan enfermo estaba, que el doctor ni siquiera se atrevía a intentar

trasladarle al hospital. El más cercano estaba en Fresno. Dijo que procuraría agenciarse una enfermera, pero había muy pocas de ellas, y creía que sería una buena idea que Myrna fuese allí inmediatamente y ayudara a cuidarle.

—Prosiga —dijo Mason.

—Después de verle a usted, tomamos un avión para Fresno, después alquilamos un automóvil sin chófer y nos dirigimos al hotel de Crampton.

»Desde luego. Ed estaba gravé. Inferí que había estado vomitando y estaba muy próximo a un colapso. El doctor habló con nosotras, y nos dijo que le llamáramos si sobrevenía algún cambio. Dijo que regresaría al cabo de una hora.

»Nos quedamos un rato junto a Ed; después él pareció quedarse dormido. Parecía que descansara más tranquilamente, pero su estado seguía siendo grave.

»Mientras dormía, yo me fui a mi habitación. Myrna se quedó con Ed. Después de lavarme, regresé para quedarme allí.

»Casi en el mismo momento, Ed sufrió una especie de ataque. Empezó a ahogarse y a sufrir náuseas, dando boqueadas en busca de aire.

»Salí corriendo y telefoneé al doctor, quien acudió casi enseguida. Dijo que la cosa era seria y me envió a telefonear a una farmacia para que mandaran un medicamento.

»Myrna estaba tomando una ducha, pero dijo que se echaría encima una bata e iría allí inmediatamente. Cuando llegó allí, ya era demasiado tarde. Ed había fallecido.

»Entonces, el doctor dio a entender que Ed debió haberle contado algo que despertó sus sospechas. Nos miró ceñudamente, cerró el departamento donde se hallaba el cuerpo de Ed, y nos dijo que teníamos que esperar la llegada del *sheriff*, del forense y del fiscal del distrito. Dijo que existían circunstancias relacionadas con lo que había sucedido, que no le permitían firmar un certificado de defunción, y que tendría que realizarse una autopsia. Insinuó incluso que creía que Ed había sido asesinado.

—¿Qué hicieron ustedes entonces?

—Pues no presté mucha atención a todo esto —dijo ella—. Tan pronto como pude escabullirme sin llamar demasiado la atención, crucé la calle y me metí en la cabina telefónica de una estación de

servicio, para llamarle a usted. Después regresé y traté de consolar a Myrna. No es que estuviera transida de dolor. Estaban a punto de divorciarse, o mejor dicho, lo habían estado. Ed ya no significaba emotivamente nada para ella. Pero todo el asunto había sido una sacudida y yo quería darle ánimos. Había sido una terrible experiencia para la pobre muchacha.

—Prosiga —dijo Mason.

—Como decía, el doctor cerró la habitación. Dijo que iba a sellar el lugar, y nos llevó a nuestra habitación para hacernos unas preguntas. Después fue a llamar al forense.

»Creo que había pasado ya una hora cuando llegó por fin el forense, acompañado por el delegado del fiscal del distrito y un representante de la oficina del *sheriff*. Insistieron mucho en interrogar al doctor, pidiendo detalles de las gotas *knockout*. El doctor les entregó la llave de la habitación. El delegado del *sheriff* abrió la puerta, entró y descubrió que Ed debió haber recobrado el conocimiento, saltando por la ventana y huido.

Mason dejó escapar un leve silbido.

—Tal como le cuento —dijo ella—, y los funcionarios se mostraron muy indignados ante lo que había ocurrido. Parece que ya habían tenido antes algún lío con este doctor Renault. Esta vez estaban furiosos de veras.

—¿Qué dijo el doctor Renault?

—El doctor Renault se mantuvo en sus trece. Dijo que, Ed estaba muerto, que le constaba que estaba muerto. Incluso insinuó que nosotras debíamos haber hecho desaparecer el cuerpo de una forma u otra, para que no se pudiera efectuar ninguna autopsia. Puso de manifiesto su creencia de que a nosotras nos atemorizaba la posibilidad de una autopsia.

—Prosiga —dijo Mason, mientras ella se detenía—. Cuénteme lo restante.

—Bien, desde luego el doctor Renault siguió insistiendo en que el cuerpo había sido trasladado a otro sitio, pero finalmente, el delegado del *sheriff*, interrogando a la gente de las otras habitaciones, halló a alguien que había visto a Ed saltar por la ventana, meterse en un coche y alejarse de allí.

—¡Diantre! —exclamó Mason.

—Tal como lo oye. Debió haber mejorado mucho. El hombre

dijo que Ed llevaba pijama y que saltó por la ventana posterior. Había un coche aparcado detrás del departamento. Ed lo puso en marcha y se largó. Cualquiera que fuera el coche, Ed debió haberlo robado, pues el suyo se encontraba todavía allí.

—¿Iba en pijama?

—Así lo dijo el hombre. Como es lógico, se preguntó la razón. Creyó entonces que quizá se trataba de alguien que trataba de escapar de alguna batida de la policía, o algo por el estilo, y...

—¿Estuvo lo bastante cerca para reconocer al hombre que vio —preguntó Mason—, para identificarle en fotografía o...?

—¡Cielos, no! Se hallaba a cien pies de distancia. Sólo vio la figura de un hombre, y se mostraba seguro de que la figura iba en pijama. Dijo que este tenía lunares rojos. Era desde luego el pijama de Ed.

»Entonces traté de telefonarle a usted, pero por aquel entonces ya había salido usted hacia Paradise y no sabíamos dónde encontrarle. Dejamos recado, en el aeropuerto de San Francisco por si acaso paraba allí, pero por lo que veo, no recibió usted el mensaje. Esperamos por lo tanto hasta que creímos que estaría en Paradise, llamamos al número de Ed, y usted contestó.

—Un momento —dijo Mason—, explíqueme otra cosa. ¿Cómo sabía usted que a Ed le habían robado?

—Sí, ahora iba a contárselo. El dinero que había en su traje eran exactamente cuarenta y cinco dólares, y había pagado el departamento del hotel con un billete de cincuenta dólares, que tenía el aspecto de haber sido alisado. Ed era un empedernido bebedor. Sabía que se exponía a ser desvalijado, y siempre llevaba un billete de cincuenta dólares bajo el forro de cuero de la suela de su zapato derecho, para que si alguien le robaba, tuviera este dinero para poder regresar a casa.

»No había ni siquiera una moneda de níquel en sus bolsillos..., solamente estos cuarenta y cinco dólares. Estos eran el cambio que le habían devuelto después de pagar cinco dólares por el departamento.

—Pero, ¿porqué salió por la ventana? —preguntó Mason—. ¿Y cómo pudo haberlo hecho, si estaba tan enfermo como decía el doctor?

—Francamente —dijo ella—, no creo que el doctor desee contar

lo que realmente sucedió. Ya sabe usted que cuando muere un hombre un médico le administra una inyección de algún poderoso estimulante directamente en el corazón. Creo que el doctor Renault hizo esto con Ed y no esperó lo bastante para ver si surtía efecto. Sentía demasiados deseos de salir e interrogarnos. Algo de lo que Ed debió haber dicho en el último momento, debió haber convencido al doctor de que Ed atribuía de algún modo su enfermedad a Myrna.

»Desde luego, el doctor cree que nosotras escondimos el cuerpo y dispusimos de él, que incluso pudo haber sido Myrna la que entró por la ventana, se puso un pijama y volvió a salir por ella.

»Si usted me lo pregunta, yo creo que este médico vio que el corazón de Ed se había parado, y le dio la inyección de adrenalina o cualquier otra cosa, y entonces se marchó.

»Ed recobró el conocimiento, aquel poderoso estimulante le dio fuerzas para levantarse, y se dirigió hacia la puerta. Cuando descubrió que estaba encerrado desde fuera, se sintió presa del pánico, se descolgó por la ventana, subió al primer automóvil que encontró y huyó.

»Es absurdo pensar que una persona débil como Myrna pudiera haber cambiado de sitio el cuerpo. Y de todos modos, ¿por qué teníamos *nosotras* que estar asustadas de una autopsia? Había estado gravemente enfermo mucho antes de llegar nosotras allí.

—¿Dónde están sus cosas? —preguntó Mason—. ¿Sus trajes, su equipaje?

—La oficina del *sheriff* se hizo cargo de todo. El *sheriff* delegado estaba haciendo todavía una investigación oficial cuando nos marchamos. Tenía la llave del lugar y éste estaba cerrado. Llegamos en coche hasta San Francisco y le llamamos desde allí. Usted nos dijo que fuéramos a San Francisco y lo hicimos. Habíamos dicho antes al *sheriff* delegado dónde podía enviar las pertenencias de Ed, cuando hubieran terminado con ellas.

—¿Dónde supone usted que se encuentra Ed Davenport?

Ella se encogió de hombros.

—Desde luego, no puede ir conduciendo por ahí en pijama, sin dinero, sin carnet de conducción...

—Hacen cosas muy raras los que han estado bebiendo —dijo ella—. Myrna me ha dicho que ha visto a Ed volverse loco como una cabra, al recobrase de una de sus borracheras.

—Le detendrán en algún sitio —insistió Mason.

—Desde luego. La oficina del *sheriff* dio la alarma a la patrulla de carreteras. Tienen instrucciones de buscar a un hombre que conduce un automóvil en pijama. En la carretera no puede ocultarse.

—¿Cree el doctor que sufrirá un colapso, o...?

—El doctor —dijo con firmeza mistress Ansel—, cree que está muerto.

—¿Y Ed Davenport hizo alguna declaración al doctor, que inclinara a éste a sentir sospechas de Myrna?

—Es evidente que sí. El doctor interrogó a Myrna acerca de los dulces.

—¿Qué dulces?

—Bueno, Myrna me ha contado que Ed tenía estos accesos de alcoholismo. Normalmente no siente ninguna atracción por los dulces, pero descubrió que cuando le entran las ansias de beber, si puede comer una cantidad de dulces logra vencer esta atroz ansia de licor.

»Ahora, tal y como puedo creer que ocurrieron las cosas, antes de llegar a Fresno, sintió que le venían las ansias de beber y empezó a comer dulces. Llevaba los dulces en su maleta para el caso de que se apoderaran de él aquellas ansias.

—¿Qué clase de dulces? —preguntó Mason.

—Bombones, de los que llevan un líquido en su interior, líquido y cerezas. Myrna dice que tomaba unos cuantos de ellos, y a veces las ansias de alcohol le abandonaban. Pero si empezaba a beber, bebía hasta que todo su cuerpo quedaba saturado de alcohol.

—Muy bien —dijo Mason—, voy a hacer una sugerencia. Quedan algunos asientos libres en la parte delantera del avión. Miss Street y yo vamos a trasladarnos allí. Cuando lleguemos a Los Angeles, quiero que usted y mistress Davenport salgan del aparato antes que nosotros. Quiero que tomen un taxi hasta su casa.

—¿Por qué? ¿Por qué no ir en el autocar, y después tomar un taxi?

Mason movió negativamente la cabeza.

—No quiero que sigan el mismo trayecto que sigue el autocar. Quiero que tomen un taxi.

—¿Por qué?

—Porque —explicó Mason—, quiero ver si alguien las sigue.

—Pero, ¿por qué *nos* tendrían que seguir?

—Porque pueden haber sido localizadas en San Francisco, y porque la oficina del *sheriff* de Fresno puede haber decidido mantenerlas bajo vigilancia.

—Pero, ¿por qué deberían hacerlo? ¿Qué les importa a ellos? ¡Pero, si resulta absurdo...! Después de todo, si Ed Davenport se metió en algún lío y algún vivalés le administró gotas *knockout*, no pueden hacer responsable de ello a Myrna.

—Puede haber otros puntos de vista —dijo Mason—. Por lo que usted me dice, la salud de este hombre es muy precaria. Por lo que dice el doctor Renault, debe haber estado bajo los efectos de un shock, un estado de shock que indujo al médico a creer que el hombre estaba muerto. Además, supongamos que Ed Davenport empezó a correr por ahí en automóvil y en pijama. Era muy probable que sufriera un colapso y muriera, o podía haber sufrido un accidente. Si resulta herido, con su resistencia reducida a un tan bajo nivel, las heridas pueden resultar mortales.

—Pero yo todavía no comprendo cómo quieren hacernos responsables de su huida por aquella ventana. Esto fue culpa del médico. Ed se hallaba en un estado de shock, o de agotamiento, o de lo que fuera, y aquel necio de doctor inyectó adrenalina o alguna otra cosa directamente en su corazón. Estas cosas son dinamita. Solamente lo hacen a personas muertas, cuando no hay esperanzas. Es una última tentativa desesperada. Una tiene que pensar que aquel imbécil hubiera debido tener el suficiente sentido común para *asegurarse* antes de salir de la habitación.

Mason asintió pensativo.

—Desde luego —continuó ella—, se armó un magnífico barullo. Y usted en Paradise creyendo que Ed había muerto. Piense solamente en lo que habría ocurrido si él se hubiera dirigido a Paradise y le hubiera encontrado revolviendo sus cosas. Hubiera sido capaz, loco como estaba, de hacer cualquier disparate. Teníamos un miedo terrible de que se encontrara usted en apuros allí.

—Así fue —dijo Mason.

—¿Qué ocurrió?

—Nada grave —dijo Mason—. Ya se lo contaré a las dos, cuando

hayamos visto lo que sucede al llegar al aeródromo de Los Angeles. Entretanto no se preocupe, y trate de dar ánimos a mistress Davenport.

—Oh, ella se encuentra bien ahora. Pero, míster Mason, vamos a tener que hacer algo por ella. Estoy completamente convencida de que Ed Davenport ha estado dilapidando el dinero de ella, con tanta rapidez como ha podido. A ella no le importa un comino el dinero, mientras pueda dedicarse a sus flores, y...

—¿Cuánto ha sido repartido de la herencia de Delano? —interrumpió Mason.

—Bueno, hubo un reparto parcial y sumó algo más de cien mil, según creo, y sigue llegando más dinero sin cesar. Además, Ed Davenport reunió más dinero con un pagaré que firmó conjuntamente con ella. Él dijo que se trataba solamente de un formulismo, pero que no me vengan a mí con estas historias. No soy ninguna niña. ¡Creo que conozco un poco a los hombres!

—Supongo que sí —dijo Mason—, pero entretanto descansaremos un poco hasta llegar a Los Angeles. Entonces toman un taxi y se van a casa; y si no hay ninguna novedad, las espero en mi despacho a las dos y media.

Mason se levantó, dio un golpecito en el hombro de Della y se encaminaron los dos hacia los dos asientos libres de la parte delantera del avión.

—¿Y bien? —preguntó Della Street cuando Mason la hubo acomodado junto a la ventana y se dejó caer en el asiento de su lado.

—¿Pescaste la historia? —preguntó Mason.

—La mayor parte de ella —dijo Della—. Por lo que parece, Ed Davenport corría una de sus juergas y le desvalijaron. Enfermó y murió. El doctor le dio una inyección. Davenport volvió en sí y se encontró con la puerta cerrada, lo que le hizo pensar que alguien trataba de mantenerle prisionero. Salió por la ventana, se apoderó del coche de otro y tomó las de Villadiego.

—¿Hacia dónde? —preguntó Mason.

—Probablemente hacia su casa.

—No con todas las patrullas de carretera alertadas y buscando a un hombre que conducía un coche, vestido solamente con un pijama.

—Pues entonces —dijo ella—, ¿qué crees tú?

Mason sonrió.

—Un poco depende de lo que Paul Drake haya descubierto en aquel motel de San Bernardino, y mucho depende de lo que suceda cuando lleguemos a Los Angeles.

—¿Crees que las siguieron hasta San Francisco?

Mason asintió.

—¿Crees que aquel hombre que leía el periódico las vigilaba?

—Estoy seguro de que todo en él llevaba la etiqueta de policía —dijo Mason—. No obstante, podemos disfrutar de unos minutos de descanso antes de que aterricemos.

Diciendo esto, Mason oprimió el botón que echaba hacia atrás el asiento, poniéndolo en posición de descanso.

—Ahora —lamentóse Della Street— has logrado que me sienta completamente despierta.

—¿Qué piensas hacer?

—Pensar en todo lo que ha ocurrido.

—Espera una hora y media, y tendrás mucho más en que pensar —dijo Mason somnoliento.

Capítulo 5

El aeroplano planeó y aterrizó, deslizándose después por el suelo hasta llegar al aeropuerto.

Mason y Della Street observaron como Sara Ansel y Myrna Davenport se dirigían a la estación terminal y allí entraban en un taxi. El vehículo se sumió en el tráfico.

Un automóvil de aspecto comercial con una alta antena en su parte posterior, se puso en marcha y se lanzó en seguimiento del taxi.

—Bueno, esto aclara las cosas —dijo Mason.

—¿Policía? —preguntó Della Street.

Mason asintió.

—¿Qué están esperando? ¿Por qué no se adelantan y las arrestan? —preguntó Della Street.

—Están tratando de establecer una norma de acción.

—¿Y qué hacemos nosotros?

—Tomaremos dos taxis.

—¿Dos?

Mason asintió.

—¿No resultaría más barato tomar uno hasta llegar a la ciudad?

—Desde luego —contestó Mason—, pero de esta forma complicaremos las cosas.

—¿Debo tratar de observar a alguien?

—Ni pensarlo —dijo Mason—. Tú eres la viva imagen de la inocencia. Te arrellanas en tu asiento. Has tenido una jornada muy larga y fatigosa, y te estás marchando a tu casa para tomar un baño y dormir unas pocas horas hasta que te sientas con ánimos para venir a la oficina, o hasta que yo te llame.

—¿Qué harás tú entretanto?

—Me bañaré, me afeitaré, cambiaré mis ropas y veré qué sucede

—dijo Mason.

—¿Crees que sucederá algo?

—No me sorprendería.

—¿Qué puede ocurrir?

—Pues quizá, solamente quizá, tenga que irme al Pacific Palisades Motel Court de San Bernardino.

—¿Por qué?

—Puede resultar que el hombre de la unidad número trece sepa algo de Ed Davenport —dijo Mason.

—¡Oh! —exclamó ella, añadiendo al cabo de un momento—: Suponte que sí. ¿Qué sucedería?

—Podría hablar con él. Me gustaría también trazarme una norma de acción —dijo Mason.

—¿No dormirás un poco?

—Desde luego que no, si me marchó allí, pero no iré a menos que Paul Drake informe que la cabina está ocupada.

—¿Por qué no me llevas contigo?

Mason movió la cabeza enérgicamente.

—Tú, jovencita, te irás a dormir un rato. A partir de este momento, la fiesta puede agriarse un poco.

—¿No crees que puede haber una sencilla explicación a todo esto, por ejemplo que Ed Davenport quedase arruinado... y...?

—Puede haber una explicación sencilla —dijo Mason— pero existen factores que la complican. Ahí tienes un taxi, Della. Tómalo. ¿Tienes bastante dinero?

—De sobra.

—Perfectamente. Te veré más tarde.

Mason saludó con la mano, y se quedó allí, desperezándose y bostezando, contemplando el resplandor procedente de la ciudad.

Otro coche de aspecto comercial con una antena detrás, se puso en movimiento y siguió al taxi de Della.

Mason tomó otro taxi y reprimiendo un impulso casi irresistible, mantuvo con determinación sus ojos fijos al frente, y ni una sola vez se volvió para mirar si le seguía o no un coche de la policía.

Ante su casa, Mason pagó al taxista, entró y se tomó una ducha. Después, envuelto en su albornoz, llamó a la Agencia de Detectives Drake.

La telefonista del servicio nocturno atendió su llamada.

—Aquí Perry Mason —dijo él—. Supongo que Paul Drake se hallará en los brazos de Morfeo.

—Estuvo aquí hasta más tarde de la medianoche —dijo la telefonista—. Dijo que si usted llamaba, debíamos facilitarle los informes que ya han llegado sobre este asunto de San Bernardino.

—Oigámoslos —dijo Mason.

—La unidad número trece —dijo la telefonista—, de acuerdo con los datos facilitados por nuestros agentes en un informe telefónico, fue reservada por teléfono desde Fresno el domingo por la noche, por un hombre que dijo llamarse Frank L. Stanton. Dijo que llegaría el lunes ya muy tarde, que deseaba una unidad y especificó que la unidad debía ser dejada desierta, para que no tuviera que molestarse en despertar al gerente y pedirle la llave. Dijo que no llegaría quizá hasta las dos o las tres de la madrugada del martes, y que deseaba la unidad para dos días consecutivos. Consultó el precio, se le informó de que era seis dólares diarios, y dijo que iría a la oficina de telégrafos y mandaría un giro telegráfico de doce dólares por los dos días.

—¿Lo hizo? —preguntó Mason.

—Lo hizo.

—¿Y qué hay de Stanton?

—Hasta hace unos treinta minutos, cuando llamó el agente para dar su informe, no se sabía nada de Stanton, pero ha surgido algo que a usted probablemente le interesará.

—¿Qué es ello?

—Otra agencia de detectives se ocupa del asunto.

—¿Vigilando a Stanton?

—Aparentemente, sí.

—¿Quiénes son?

—Aún no estamos seguros, pero creemos que se trata de Jason L. Beckemeyer, un detective particular de Bakersfield.

—¿Cómo le han podido identificar? —preguntó Mason.

—Por el número de la matrícula de su automóvil. Ello dio a nuestros hombres la primera pista. Después yo telefoneé una descripción de Beckemeyer y coincide con el aspecto del conductor. Cincuenta y dos años, cinco pies siete pulgadas, ciento ochenta libras de peso. Un individuo bajo, rechoncho, de aspecto robusto.

—¿Algún indicio de lo que viene buscando?

—Por lo que parece, tratando de seguir una pista que conduce a la unidad número trece.

—¿Creen que está siguiendo al mismo hombre?

—No pueden estar seguros, pero creen que sí. Las otras unidades están todas ocupadas.

—Prosigan su investigación sin cesar —dijo Mason—. Manden también a otro agente para que se pegue a los talones de Beckemeyer. Cuando éste salga, irá probablemente a informar por teléfono. Me interesaría mucho saber a qué número llama. Será desde alguna cabina pública, y su hombre quizá pueda hacer algo por averiguarlo.

—Resulta muy difícil averiguar estos números de teléfono, pero lo intentaremos.

—Inténtenlo por todos los medios —dijo Mason—. Voy a indicarles ahora algo más. Estoy trabajando en un caso referente a un hombre llamado Ed Davenport. Se suponía que falleció ayer en Crampton. La única pega con esta teoría es que el cadáver saltó por una ventana y se largó.

»Resulta importante saber quién era él, y lo que hizo la noche anterior a su muerte. Se hallaba probablemente en Fresno. La policía estará husmeando este asunto, con cierto disimulo. Estarán buscando una inscripción a nombre de Edward Davenport. Con toda probabilidad no encontrarán nada, porque habrá estado usando un nombre falso.

»El motel de San Bernardino nos da una pista sobre su nombre falso. Era probablemente el de Frank L. Stanton.

»Ello puede permitirnos adelantarnos a la policía. Hagan que su corresponsal en Fresno inicie la búsqueda de Frank L. Stanton. Pongan en este trabajo una docena de hombres, si ello es necesario. Quiero resultados y quiero que el asunto sea considerado como absolutamente confidencial. ¿Podrá ser?

—Por supuesto —dijo ella—. Tenemos un buen equipo en Fresno.

—Magnífico —dijo Mason—. Estaré en mi despacho alrededor de las diez, pero llame a mi piso si ocurre algo importante.

Mason se afeitó, bebió un vaso de la leche caliente, se acomodó en una butaca con el periódico de la mañana, se cubrió con una manta, leyó durante diez o quince minutos, y después dormitó hasta

que fue despertado por el agudo e insistente timbre del teléfono.

Puesto que solamente Paul Drake y Della Street tenían el número del teléfono particular de su piso, Mason se apoderó del auricular y contestó a la llamada.

La voz de Paul Drake era incisiva y mordaz.

—Acostumbras a sacarme a menudo del más profundo sueño, Perry. Ahora te toca a ti.

—Desembucha —dijo Mason— pero espero que sea importante.

—Lo es, en caso de que representes a Myrna Davenport. Mi telefonista de noche dijo que te ocupabas del caso Ed Davenport.

—¿Qué hay de ello?

—Myrna Davenport ha sido arrestada y la están interrogando acerca de un asesinato.

—¿El asesinato de quién?

—Dos asesinatos. Ed Davenport, su marido, y Hortense Paxton, su prima.

—¿Cómo ha sido?

—Anteayer se cursó una orden secreta de exhumación. El cuerpo de Hortense Paxton fue desenterrado. Era la sobrina de William C. Delano. Murió poco antes que él, y...

—Sí, sí —dijo Mason—, ya estoy enterado de todo esto. Continúa, ¿qué más?

—Hallaron en el cuerpo arsénico bastante para matar a un caballo. Parece no haber dudas de que murió por envenenamiento con arsénico, aunque un médico firmó el certificado como muerte natural.

—¿Y qué hay de mistress Davenport?

—Detenida para ser interrogada sobre este asesinato, y también por orden de Fresno por el asesinato de su marido.

—¿Han encontrado su cuerpo?

—¿El del marido?

—Sí.

—Todavía no, pero parece que han encontrado allí nuevas pruebas. Primero creyeron que un médico se había equivocado. Le armaron una bronca, pero él se mantuvo en sus trece, y ahora parece que les ha convencido plenamente de que el hombre fue asesinado.

—Entonces el cuerpo saltó por la ventana y tomó las de

Villadiego —dijo Mason—. Debe admitirse que se trata de un cadáver muy activo.

—Bueno, yo no conozco todos los detalles. Sólo te cuento lo que yo sé.

—¿Dónde está mistress Davenport?

—Detenida por la policía local, pero pueden haberla enviado a Fresno para ser interrogada allí.

—¿Has descubierto algo acerca de la última noche de Davenport en Fresno, donde pernoctó, probablemente bajo el nombre de Stanton?

—Todavía no, Perry, pero estamos trabajando en ello. Pero aquí se presenta el problema, Perry. Aquí es donde todo empieza a relacionarse muy estrechamente contigo. Hay algo que te puede meter en un aprieto.

—Desembucha —dijo Mason.

—Davenport, como sabes, tenía la oficina de negocios de su compañía minera en Paradise. Por consiguiente, la policía telefoneó al *sheriff* del condado de Butte en Oroville, y el *sheriff* se marchó a Paradise para practicar una investigación.

»Descubrieron entonces que tú habías estado allí durante la última noche, que habías estado en aquella casa, aparentemente tomando posesión de las cosas en nombre de la viuda. Había un sobre que Davenport había dejado para ser abierto en caso de su muerte.

»En la oficina del *sheriff* abrieron el sobre. Hallaron en él seis hojas de papel en blanco. Entregaron el sobre a un experto que ha dictaminado que el sobre había sido abierto al vapor dentro de las últimas veinticuatro horas, y vuelto a pegar con goma.

»Ya podrás figurarte cuál es tu situación. He creído que sería mejor despertarte y ponerte al corriente, pues puedes encontrarte en una posición en la que tendrás que contestar a varias preguntas embarazosas.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como te localicen. La cosa está que arde. Green que hallaste acusaciones en las que se tildaba de envenenadora a tu cliente, y destruiste la carta original, substituyéndola por hojas de papel en blanco.

—¿Ha sido oficialmente arrestada mistress Davenport?

—Desde luego.

—¿Qué se sabe de Sara Ansel?

—Ningún cargo contra ella. Della Street quería que te dijera que ha estado rondando por la oficina, pero Della la ha mantenido a raya.

—¿Della? —exclamó Mason—. ¿Está en el despacho?

—Fresca y pimpante —dijo Drake—. Abrió a las nueve en punto.

—¡Demonios! —gritó Mason—. Le dije que durmiera unas cuantas horas. ¿Qué hora es?

—Las diez. Della creyó que tú querías dormir, por lo tanto cuidó de abrir el despacho y ocuparse de todo, para que nadie la molestara, excepto en un caso de urgencia.

—¿Está enterada de todo esto?

—De todo, no —dijo Drake—. Primero te he llamado a ti. Voy a contárselo ahora, apenas cuelgue el teléfono.

—Dile que estaré en el despacho dentro de veinte o veinticinco minutos —dijo Mason.

—Siempre y cuando no te pesquen las autoridades para interrogarte —le recordó Drake.

—Dile que estaré allí dentro de veinte o veinticinco minutos —repitió Mason, y colgó.

Mason se vistió apresuradamente, salió de su casa por la puerta posterior y se dirigió rápidamente a su despacho. Vaciló un momento ante la puerta de la Agencia de Detectives Drake, después decidió ver primero a Della Street y recorrió velozmente el pasillo. Introdujo el llavín en la puerta de su despacho particular y entró.

Della Street le vio entrar y le puso en guardia poniendo el dedo sobre sus labios. Cerró apresuradamente las puertas del cuarto biblioteca y de la oficina anexa, y después, bajando la voz, dijo:

—Jefe, hemos cogido un toro por los cuernos.

—¿Por qué?

—Espera a oír la historia de Sara Ansel.

—¿Qué le pasa?

—Está como para que le pongan la camisa de fuerza.

—¿Por qué?

—Ha descubierto de repente que Myrna Davenport no era la personita dulce y pasiva que ella creía.

—¿Cómo lo descubrió?

—Está deseando contártelo. Jefe, no tienes ninguna obligación en realidad de representar a mistress Davenport un este caso. Se trata de un caso de asesinato. Tu acuerdo con ella era de representarla en el asunto de la herencia y...

Mason la interrumpió moviendo la cabeza.

—¿No? —preguntó Della.

—No —dijo Mason—. Cuando me comprometo con un cliente, permanezco siempre a su lado.

—Ya lo sé —dijo ella—, pero... bien, espera a hablar con Sara Ansel.

—¿Has hablado tú con ella?

—En términos generales.

—¿Qué impresión sacaste?

—Mala.

—Muy bien —dijo Mason—, supongamos culpable a Myrna. Tiene por lo menos derecho a ser justamente representada. Tiene derecho a ser debidamente juzgada. Tiene derecho a sus privilegios constitucionales. Tiene derecho a ser careada con los testigos que declaren contra ella y a que éstos sean repreguntados. Pero, por alguna razón, no veo este caso tan negro como parece.

—Puede que no —dijo Della Street—. ¿Quieres hablar ahora con mistress Ansel?

—Hazla entrar —dijo Mason—. ¿Por qué no has dormido un poco, Della?

—Porque quería ocuparme del trabajo para que tú pudieras descansar un rato. Puedo echar una siesta después de la comida. Si te ves envuelto en este asunto, entonces será cuando se te echará el trabajo encima. Hay además varias conferencias telefónicas. Entre ellas una del fiscal del distrito de Butte County.

—Me pregunto qué querrá —dijo Mason, y luego sonrió.

—Sí —observó modestamente Della Street—. Yo también.

—Bueno, cada cosa a su tiempo —dijo Mason—. Estoy ahora en una conferencia. No puedo ser molestado por ninguna llamada. Estaré disponible dentro de treinta minutos. Veamos ahora lo que nos cuenta mistress Ansel.

Della Street asintió, cogió el teléfono y Gertie contestó desde la centralita.

—Ha llegado míster Mason, Gertie. Diga a mistress Ansel que la

recibirá en seguida. Salgo ahora para acompañarla.

Della Street salió del despacho y volvió con Sara Ansel, quien presentaba signos inequívocos de haber prescindido de su aseo personal. Su rostro aparecía macilento y cansado. Debajo de sus ojos se habían formado hinchadas bolsas. El maquillaje que llevaba había sido aplicado con precipitación, y saltaba a la vista que no había dormido.

—Míster Mason —dijo atravesando el despacho en su dirección, y agarrando literalmente su mano—, usted deba hacer algo. Tenemos que librarnos de este asunto. Es terrible.

—Síntese —dijo Mason—. Cálmesese. Cuénteme exactamente lo que ha sucedido.

—¡Han sucedido tantas cosas!

—Bueno —dijo Mason—, cuéntemelas.

—Nunca me lo perdonaré. Nunca me perdonaré haber sido tan tonta. Permití que esta mozuela descarada echase una venda sobre mis ojos..., y le mezclé a usted en ello. Pensaba saber algo sobre la naturaleza humana, y en el tiempo relativamente corto desde que la conozco, esta mujer se ha convertido casi en una hija para mí. Parecía tan indefensa, tan fácil de engañar, tan espantosamente inepta para afrontar la situación... ¡Y pensar ahora en lo que ha pasado!

—Continúe —dijo Mason—. Cuéntemelo. Ya sabe que no dispone de mucho tiempo.

—Pues que esta mujer es una verdadera Lucrecia Borgia. Es una mujerzuela, una envenenadora, una asesina.

—*Por favor*, expóngame los hechos —dijo Mason sentándose y observando atentamente a Sara Ansel.

—Pues bien —dijo ella—, para empezar, el forense exhumó el cuerpo de Hortense Paxton. Descubrió que había sido envenenada. Myrna Davenport lo hizo.

—¿Cuándo se enteró usted de todo esto?

—Bueno, todo empezó cuando llegamos a casa. Había un aviso de telegrama bajo la puerta. Myrna llamó a la oficina de telégrafos, y parece que algún amigo suyo había enviado un telegrama diciendo que llamara inmediatamente, no importa cual fuera la hora del día o de la noche.

—Prosiga —dijo Mason.

—Entonces Myrna telefoneó, y su amigo le dijo que el forense había exhumado el cuerpo y se había llevado el estómago y las vísceras para analizarlos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Créame, míster Mason —dijo ella—, nunca he tenido un disgusto como éste en toda mi vida. Myrna se quedó allí, tan modosa y tan tranquila como siempre, y después dijo: «Tía Sara, antes de irme a dormir, me gustaría trabajar un ratito en el jardín».

Mason enarcó las cejas.

—Es muy entendida en jardinería —explicó Sara Ansel—. Era su único pasatiempo. Bueno..., pero espere a oír *lo que* estaba haciendo aquella mujer.

—Estoy esperando —aseguró Mason.

—Yo estaba completamente rendida —continuó mistress Ansel—. Ya no soy lo bastante joven y resistente como para zarandearme con estos viajes, sufriendo tanta excitación y haciendo todos estos vuelos de noche. Estaba casi a punto de desplomarme, pero decidí tomar una ducha caliente, e irme después a la cama. Subí a mi habitación, me duché, y... bueno, será mejor que explique que la habitación se halla en el segundo piso y da a la parte posterior del patio, y ¿qué cree usted que vi que Myrna Davenport estaba haciendo?

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Mason impaciente.

—Estaba cavando calmosamente un agujero, un profundo agujero. No hacía ningún trabajo de jardinería. Tenía una azada y estaba cavando un agujero.

—Continúe —dijo Mason.

—Y mientras la estaba mirando, cogió varios paquetes, paquetes pequeños envueltos en papel, y los metió en el hoyo, procediendo después a cubrirlos con tierra. Cuando hubo llenado el agujero, cogió césped que había cortado y lo colocó de nuevo cuidadosamente en su sitio, efectuando un trabajito perfecto.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Bueno, yo había estado todo el rato en la ventana observándola. No soy una entremetida, míster Mason, pero poseo una normal, saludable y humana curiosidad.

—¿Qué hizo usted?

—Bajé las escaleras y atrapé a aquella tímida hipocritilla antes

de que tuviera tiempo de esconder la azada.

—¿Qué sucedió?

—Pregunté qué había estado haciendo y dijo que cuando se sentía nerviosa siempre le gustaba andar entre sus flores, que había estado cavando alrededor de algunas de las plantas, esponjando la tierra y preparándola para que pudieran remozarse durante un tiempo, y que ahora se sentía profundamente relajada y podían entrar, irse a la cama y dormir durante doce horas.

—¿Y qué dijo usted?

—Pedí que me enseñara dónde había estado cavando, y ella dijo que no era nada importante y que además convenía entrar e irnos a dormir un buen rato.

—¿Y después?

—Insistí en que quería ver dónde había estado cavando. Dije que quería ver cómo lo hizo.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Ella siempre me había dado la impresión, míster Mason, de ser una persona tímida, una mujercita sumisa, a quien cualquiera podía someter, pero hubiera tenido que verla entonces. Se mostró tan obstinada como un muro de ladrillo. No se atrevía a mirarme, pero no cedió ni un ápice. Dijo con aquella voz baja tan suya, que en realidad carecía de importancia y que yo estaba trastornada y nerviosa a causa de mi viaje por la noche, y que debía regresar a la casa.

—¿Y después?

—Entonces, dejé aparte todo disimulo y la pregunté por qué me estaba mintiendo. Le pregunté por qué había cavado aquel hoyo, y ella dijo que no había cavado ningún hoyo.

—¿Qué hizo usted?

—Al oír esto, arranqué la pala de sus manos y me encaminé a través del patio hacia el césped, en dirección al lugar exacto donde ella había estado cavando.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

—Entonces, por primera vez, se sintió dispuesta a admitir lo que había estado haciendo, pero no daba muestra alguna de vergüenza, y ni siquiera levantó la voz. Dijo: «Tía Sara, no lo hagas», y cuando pregunté por qué, dijo: «Porque he tenido mucho cuidado al volver a colocar el césped sobre aquel agujero, para que nadie lo

advirtiera. Sí lo tocas, va a quedar al descubierto que aquí se ha enterrado algo».

—¿Y después?

—Entonces, pregunté qué era lo que había enterrado, y ¿qué diría usted que me contestó?

—¿Qué?

—Paquetitos de arsénico y de cianuro de potasio. ¿Qué le parece?

—Prosiga —dijo Mason.

—Pues bien, aquella mujerzuela tuvo la desfachatez de quedarse allí y contarme que había experimentado con distintas clases de productos contra las plagas de las plantas, que disponía de algunos *ingredientes activos*, como los llamaba ella, que eran muy venenosos. Había comprado el arsénico, y una parte del cianuro potásico lo había cogido del laboratorio, durante las investigaciones mineras de su marido. Había estado experimentando con distintos tipos de productos para las plantas, destinados a acabar con varios tipos de plagas, y temía ahora que su acto de reunir aquellos venenos, pudiera ser motivo de preguntas, en caso de que alguien empezara a buscar por allí con la idea del veneno en la mente. Dijo que, dadas las circunstancias, creyó que sería mejor librarse de todo aquello.

—¿Qué hizo usted, por lo tanto? —preguntó Mason.

—Supongo que debo estar mal de la cabeza. La creí. Ella nunca levantó su voz y se mostró dulce y tímida, y tan perfectamente tranquila, que permití que me convenciera. Incluso volví a sentir compasión hacia ella. Hablé cariñosamente con ella y le dije que no podía comprender cómo podía soportar tantas cosas sin caer en la histeria.

»Pues bien, la rodeé con mi brazo y entramos en la casa, yo me fui arriba y me metí en la cama, y estaba precisamente empezando a dormirme cuando llamaron a la puerta, y el ama de llaves subió para decirnos que había un agente de policía, quien tenía que vernos inmediatamente para un asunto de la mayor importancia.

—¿Y cuál era el asunto de la mayor importancia?

—Parece que el químico del forense había encontrado arsénico en el cuerpo de Hortie, y el fiscal de distrito quería interrogar a Myrna.

—¿Y entonces?

—Pues entonces se llevaron a Myrna a la oficina del fiscal de distrito.

—¿Y usted?

—A mí nada me hicieron —dijo ella—. Me preguntaron durante cuánto tiempo había estado allí, y se lo dije. Me hicieron unas cuantas preguntas, y después se llevaron a Myrna a la oficina del fiscal de distrito.

—¿Cómo lo tomó Myrna? —preguntó Mason.

—Cómo lo toma todo siempre —dijo Sara—. Estaba tranquila, parecía un ratoncito. Su voz no se levantó en lo más mínimo. Dijo que no tenía inconveniente en ir a la oficina del fiscal, pero que pensaba que le convenía dormir un poco, pues había estado levantada durante toda la noche, a causa de la enfermedad de su esposo.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Es todo lo que yo sé. Se la llevaron. Pero yo empecé a atar cabos, y se me ocurrió entonces pensar en los dulces que Ed Davenport llevaba en su maleta. Ya sabe usted, míster Mason, que ella me dijo que hacía la maleta de él cada vez que salía de viaje. Dijo que él era incapaz de hacerlo..., no sabía cómo tenía que doblar sus trajes y todo lo demás.

—No es un hecho insólito —dijo Mason—. La mayor parte de mujeres hacen esto para sus maridos.

—Ya lo sé, pero ello significa que debía haber envuelto los dulces; por lo tanto empecé a echar un vistazo alrededor cuando ella se marchó. Sólo empecé a mirar un poco unas cuantas cosas y...

—¿Qué andaba usted buscando? —preguntó Mason.

—Oh, sólo algo que pudiera ayudar...

—¿Entró usted en la habitación de ella?

—Pues, sí.

—¿Y qué encontró?

—Encontré una caja de bombones en su escritorio, parecida a la clase que Ed Davenport suele llevar cuando viaja..., aquellas cerezas bañadas en jarabe dulce y revestidas de chocolate. Ella también es muy golosa. Me acuerdo de que un par de cajas de esta misma clase de dulces estuvieron durante algún tiempo en la sala de estar, y Myrna *me* había estado instando a que la ayudara a comerlos. Solamente comí un par, porque estoy vigilando mi

silueta. No obstante, ya ve usted lo que ello significa..., el significado de todo.

»¡Cielos santos, imagine usted que hubiera estado tratando de envenenarme! ¡Suponga que uno de los bombones que me ofreció hubiera estado envenenado! El hado debió guiar mi mano hacia los bombones inofensivos.

»Y aún insistía en que comiera más. No comí ninguno por guardar la línea, pero ya puede usted comprender sus intenciones. En aquel momento ya noté que su insistencia era exagerada.

»Recapitulando ahora, puedo ver que la pequeña sinvergüenza ha mantenido durante todo el tiempo una venda ante mis ojos.

»Puedo pensar ahora en un montón de pequeños detalles que entonces me parecieron triviales, pero que ahora empiezan a encajar en el rompecabezas. Es una asesina, una envenenadora, una verdadera Lucrecia Borgia.

Mason meditó durante unos instantes, después dijo:

—Permítame que le haga unas cuantas preguntas. Tengo entendido que ustedes dos estuvieron juntas durante todo el tiempo que se hallaron en Crampton. Usted...

—¡Oh, no! Esto no es cierto. Estuvo sola con Ed mientras yo me estaba duchando. Después, al poco rato que el doctor hubo comunicado que Ed había fallecido y hubo cerrado el departamento, yo fui a telefonearle a usted. Ahora me acuerdo haberla visto a ella hablando con un hombre, cuando yo regresaba. Entonces, ella y el hombre se separaron. No le di ninguna importancia en aquel momento, pues creí que quizá se trataba solamente de algún otro huésped que le estaba expresando su condolencia, pero ahora sé qué podía haber sido un cómplice masculino. Probablemente entró en la habitación por la ventana. Una vez allí fue lo suficiente astuto como para ponerse un pijama. Debí haber descolgado el cuerpo de Ed por la ventana, y haberlo metido en su automóvil. Esperé entonces a tener la certeza de que alguien estuviera mirando, saltó de nuevo por la ventana, se metió en su coche y se marchó.

—Parece que sus sentimientos han cambiado súbitamente —observó Mason.

—Pues es verdad que han cambiado. ¿Y por qué no? Ha caído la venda de mis ojos, míster Mason.

—Muchas gracias por decírmelo.

—¿Qué va a usted a hacer? —preguntó Sara Ansel.

—Todavía no lo sé.

—Pues yo sí sé lo que voy a hacer. Voy a poner los puntos sobre las íes. Voy a defender mi buen nombre y mi reputación.

—Ya veo —dijo Mason—. Supongo que esto incluirá acudir a la policía.

—No voy a acudir a la policía, pero ciertamente, no he de esquivarlos cuando ellos acudan a mí.

—¿Y qué va usted a contarles acerca de mí?

—¿Se refiere usted a aquel viaje a Paradise para coger la carta?

Mason asintió. Los ojos de ella le contemplaron, ceñudos e inflexibles.

—Les contaré la verdad.

—Ya lo suponía —exclamó secamente Mason.

—No creo que su actitud sea cooperante, míster Mason.

—Soy un abogado y sólo coopero con mis clientes.

—¡Sus clientes! ¿Quiere usted decir que todavía representará a aquella mujer, después de lo que ella le hizo, después de la situación en que le ha puesto, después de las mentiras que le contó, después...?

—Voy a representarla —dijo Mason—. Voy a procurar por lo menos que comparezca ante un tribunal, y que no sea convicta más que a través del debido procedimiento legal.

—¡Bueno, de todos los necios que he conocido...! —estalló Sara Ansel. Se levantó de la silla, y permaneció un momento fulminando con la mirada a Mason, añadiendo después—: ¡Debiera haber adivinado que estaba perdiendo el tiempo!

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió a la puerta que daba a la salida. La abrió de par en par, miró por encima del hombro y exclamó:

—¡Y pensar que yo trataba de ayudarle!

Mason observó cómo se cerraba la puerta.

—Esto —dijo— es lo que sucede cuando un abogado acepta lo que resulta evidente.

—¿Qué quieres decir?

—La declaración de un cliente a un abogado es una comunicación confidencial —explicó Mason—. Un pasante o un

secretario del abogado puede estar presente en el curso de la conversación, y ésta sigue en tono confidencial. La ley concede esta protección. Pero cuando se halla presente una tercera persona, la comunicación deja de ser confidencial.

—Pero por Dios, Jefe, esta mujer vino con ella, era una mujer que ella traía consigo y...

—Ya lo sé —dijo Mason—. En aquellos momentos, mistress Davenport creyó obrar de acuerdo con sus intereses teniendo a Sara Ansel junto a ella. Yo era el abogado. Yo debí haber insistido en que la conversación sobre aquella carta se tuviera en privado.

—Y ya que no fue así, ¿qué puede ocurrir?

—Ya que no fue así —dijo Mason— deja de ser una comunicación confidencial con todos sus privilegios.

—¿Quieres decir que no puedes negarte a contestar preguntas sobre ella?

—No, si las preguntas son hechas por las personas adecuadas, en el foro adecuado y con la adecuada autorización —contestó Mason.

—¿Y si no?

—Si no —dijo Mason—, no tengo que contestar ni a los buenos días.

—¿Qué hacemos pues con el fiscal de distrito del Condado de Butte? —preguntó Della Street.

—Oh, hablaremos desde luego con él. Dile a la telefonista que puede efectuar esta llamada ahora mismo.

Della Street se precipitó al teléfono y un momento después hizo una seña a Perry Mason, quien cogiendo el auricular, dijo con su voz más formal:

—*Perry Mason* al habla.

La voz que se oyó al otro extremo del hilo sonaba como ligeramente forzada, como si perteneciera a un hombre que tratase de ocultar una cierta dosis de timidez con un excesivo vigor.

—Soy Jonathan Halder, míster Mason. Soy el fiscal de distrito del Condado de Butte, y quiero interrogarle a usted y a su secretaria sobre una visita que efectuaron ustedes aquí en Paradise.

—Ciertamente —dijo cordialmente Mason—. Me alegra mucho conocerle, míster Halder, aunque sólo sea por teléfono, pero no comprendo por qué desea usted interrogarnos sobre lo que yo considero como un mero formulismo del negocio.

—Es que quizá no se trate de un mero formulismo —dijo Halder—. Podemos enfocar el asunto desde el punto de vista amistoso, o podemos enfocarlo por las malas.

—¿Por las malas? —preguntó Mason.

Halder se esforzó por conservar el fingido vigor de su voz.

—Tengo desde luego el derecho de llevar el asunto ante el gran jurado de acusación, y...

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto que les llevó a ustedes allí y lo que hicieron.

—¡Por el amor del cielo, hombre! —interrumpió Mason, con toda la exuberancia de alguien que se estuviera dirigiendo a un viejo amigo—. Si, por cualquier razón, tiene usted algún interés oficial en algo que miss Street y yo hicimos en su condado, nos sentiremos satisfechos de contestar a sus preguntas. No tiene usted que molestarse con grandes jurados, ni citaciones, ni tratando de recurrir a ninguna formalidad legal...

—Me siento muy contento de oírle decir esto —interrumpió Halder bajando su voz a un tono más normal—. Sospecho que tal vez le he juzgado mal. La gente de por aquí me había dicho que era usted un hombre repleto de recursos y extraordinariamente ingenioso y que si usted se negaba a ser interrogado, yo tendría que forzar las cosas hasta el límite, hasta el extremo incluso de conseguir un mandato judicial.

Mason echó su cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas.

—¡Bien, bien, bien! —dijo—. La reputación de uno puede ciertamente ser deformada por la distancia, como ocurre con los espejismos. ¿Tan importante es esto, míster Halder? ¿Cuándo querría verme?

—Temo que sea *muy* importante, y desearía verle lo antes posible.

—En estos momentos estoy bastante ocupado —dijo Mason.

De nuevo se deslizó una nota forzada en la voz de Halder.

—Es *muy* importante, míster Mason; no sólo por lo que aquí sucedió, sino porque estoy cooperando con otros agentes ejecutivos de la ley, y es opinión general que nosotros tenemos que...

—Cierto, cierto, ya comprendo —dijo Mason, riendo de nuevo—. Uno ocupa un cargo público, y la gente empieza a presionarle, supongamos entonces que alguien va con el cuento a los periódicos,

y antes de que uno se entere, se encuentra metido en un lío. Usted no tiene más remedio que traerme aquí para interrogarme, o verse expuesto a la crítica general.

Halder, con voz nuevamente tranquila y campechana, dijo:

—Debe de ser usted adivino, míster Mason, o bien ha sido usted fiscal de distrito en alguna pequeña comunidad.

—Realmente —dijo Mason—, estoy bastante ocupado, pero miss Street y yo podemos perfectamente dejarnos caer por aquí. Vamos a ver. Tomaré el avión hasta San Francisco, y entonces...

—Nuestro servicio de avión deja algo que desear —dijo Halder.

—No importa —le dijo Mason—. Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo en espera de aviones sujetos a horario. Le diré lo que voy a hacer, Halder. Llegaré hasta San Francisco o quizá hasta Sacramento, y entonces alquilaré una avioneta. ¿Tienen ustedes campo de aviación en Oroville?

—Sí, claro.

—Perfectamente —dijo Mason—. Estaré en este campo a las cinco y media en punto.

—Oiga, no necesita romperse usted la crisma tratando de llegar aquí a una hora determinada —dijo Halder—. Yo quiero hablar con usted, y desde luego preferiría que fuera lo antes posible, pero...

—Está muy bien —dijo Mason—. Usted es un hombre ocupado. Usted tiene sus quehaceres. Yo soy un hombre ocupado. Tengo mis quehaceres. Será mejor que concretemos la cita a una hora determinada para que usted sepa la hora en que yo llegaré, y yo sepa que cuando llegue, no tendremos que perder tiempo en buscarnos el uno al otro. ¿Las cinco y media está bien, no?

—Perfectamente —dijo Halder, añadiendo después como disculpándose—. Me desagrada mucho tener que molestar a un hombre tan ocupado como usted y para quien, el tiempo es oro. Después de todo, solamente se trata de un asunto relativamente de menor cuantía, o sea, que indudablemente podrá usted justificarse, pero... comprendalo, me he visto muy presionado, y...

—Ya entiendo —dijo Mason cordialmente—. No se preocupe, Halder. Para mí es un placer. Miss Street y yo llegaremos a las cinco y media.

Mason colgó el teléfono y guiñó un ojo a Della Street.

—Jefe —dijo ella— ésta vez te has rendido sin luchar.

—Seamos prácticos, Della —dijo Mason.

—¿Es esto ser prácticos?

El asintió.

—No caigo.

—Las cosas están que arden para nosotros en este momento —dijo Mason—. Me gustaría evitar el interrogatorio durante el mayor tiempo posible.

—Bien —dijo ella.

—Y esto significa —dijole Mason— que no quiero quedar a merced de la prensa local, de la policía local o del fiscal de distrito local. Quiero disponer de algún tiempo para poner en orden mis ideas y, sobre todo, quiero disponer de algún tiempo para que algunas de las semillas que hemos plantado empiecen a germinar. Quiero enterarme de lo que descubre Paul Drake.

—Y por lo tanto —dijo ella—, tú mismo te dejas caer en los brazos del fiscal de distrito, precisamente en el Condado de Butte, donde no puedes contestar a ciertas preguntas sin meter tu propio cuello en la soga.

—Cuantas más preguntas conteste ahora, más estrechará la soga en mi cuello —dijo Mason—. Pero deja de pensar en la dura realidad, y la belleza de esta situación se te pondrá de manifiesto, Della.

»En primer lugar, podemos marcharnos inmediatamente y sin entretenernos. No tenemos tiempo de contestar a las preguntas de nadie. Tenemos prisa en alcanzar el avión, para llegar a tiempo a una cita con el fiscal de distrito del condado de Butte. Esto nos rodeará de una publicidad que nos resultará favorable, puesto que significa que tan pronto como nos enteramos de que el fiscal de distrito quería interrogarnos, lo abandonamos todo y salimos hacia su condado, sin forzarle a adoptar medidas desesperadas.

»Hemos fijado una hora de llegada, escogida con tal acierto que nuestra precipitación nos resulta ventajosa. Nos hemos largado de la oficina. No tenemos por qué dejar saber a nadie nuestro paradero. Nadie puede llamar a esto huida, ya que nos hallamos en camino para conferenciar con las autoridades del condado de Butte, a instancias de éstas.

»Además, Della, por tener una hora fija de llegada, y puesto que los periódicos del condado de Butte se hallan hambrientos de

noticias, aparecemos nosotros y ya tienen noticias. De momento que hemos fijado una hora de llegada, la prensa puede encontrarse allí con los fotógrafos.

—Me doy cuenta de la belleza de todo ello —dijo Della Street—. Es un maravilloso respiro de cinco o seis horas. ¿Pero qué sucederá cuando lleguemos al Condado de Butte?

—Esta es una pregunta —dijo Mason— que me gustaría poder contestar.

—¿Vas a contestar preguntas, refiriendo lo que hicimos en aquella casa de Paradise?

—Dios no lo quiera.

—¿Cómo vas a evitar el contestarlas?

—Me gustaría saberlo —dijole Mason—. Vamos, Della, en marcha. Necesito unos minutos para echar una ojeada a unas cuantas leyes, y después nos pondremos en camino. Reserva las plazas para el avión, mientras yo hago una rápida búsqueda.

Capítulo 6

El avión que habían alquilado en Sacramento dejó a su izquierda las colinas de Marysville, y la peculiar e inconfundible formación montañosa de Oroville apareció plenamente. Mesetas de casi un millar de pies de altura destacaban sobre las tierras que las rodeaban, con su cima llana como una mesa. Alguna inmensa corriente prehistórica de lava había cubierto toda la región; después, gradualmente, gracias al drenaje que efectuaban algunas pequeñas grietas, un proceso de interminable erosión había convertido las pequeñas hendiduras en valles. La erosión había hecho bajar centenares de pies el nivel de las tierras circundantes, transformando aquellos lugares en que la capa de lava había protegido el subsuelo, en verdaderas mesetas.

Della Street miró su reloj de pulsera.

—Llegaremos a la hora exacta —dijo.

Mason asintió.

—De todos modos, no ha sido ninguna carrera desesperada.

—Y no hemos sido interrogados —puntualizó Mason—. Hasta el momento, nadie ha descubierto dónde nos encontramos.

—¿Insinuará la prensa de Los Angeles que hemos huido para evitar interrogatorios? —preguntó ella.

—No. Descubrirán que hemos salido con dirección a Oroville. Pedirán a los reporteros locales que cuiden de obtener la información y la envíen por telégrafo. Afirmarán que de momento no se nos puede localizar, pero se verán obligados a explicar que nos hallamos en contacto con las autoridades de la región del norte.

El avión picó y empiezo a perder altura.

—Tendrás que inventar rápidamente el modo de evitar respuesta —dijo Della Street.

Mason asintió.

—¿Cómo te las arreglarás?

—No puedo saberlo hasta oír las preguntas.

—Menos mal —dijo ella— que has podido dormir un poco en el avión.

—¿Cómo te encuentras, Della?

—Perfectamente, pero estoy demasiado preocupada para poder dormir.

Mason dijo:

—Dejemos que me interroguen a mí el primero. Si trataran de interrogarte separadamente, diles que por ser mi secretaria crees que todas las preguntas deben ser contestadas antes por mí, que tú contestarás aquellas preguntas referentes a cuestiones sobre las cuales ya haya dado yo mis respuestas, pero que no quieres hallarte en la posición de contestar sobre asuntos que yo haya podido considerar como confidenciales. Y que, puesto que tú no eres abogado y por lo tanto no comprendes las distinciones legales, prefieres que sea yo quien tome las decisiones.

—¿Qué debe ser considerado como confidencial de lo que hicimos, lo que sabemos, lo que dijimos y lo que nos dijeron? —preguntó ella.

Mason se encogió de hombros y sacó una agenda de su bolsillo.

—Esta es, desde luego, una pregunta pertinente. Las autoridades no están de acuerdo sobre este punto. En el caso de Gallagher contra Williamson, 23 Cal. 331, se defendió en general que las manifestaciones hechas por un cliente en presencia de otras personas, no deben ser consideradas como privilegiadas, y el abogado está obligado a darlas a conocer. Más tarde, en el caso de la Nación contra Rittenhouse, 56 C. A. 541, se obtuvo que una tercera persona que no entre en la clasificación de relación confidencial, y que oiga la conversación entre un abogado y su cliente, puede revelar lo que ha oído. De nuevo, en la Nación contra White, 102 C. A. 647, se afirmó que las conversaciones entre abogado y cliente en presencia de terceras personas, no eran comunicaciones privilegiadas. Sin embargo, surgió en este caso la cuestión de si las comunicaciones podían considerarse como confidenciales. El tribunal dictaminó en general, que un abogado podía ser obligado a atestiguar sobre conversaciones sostenidas con

sus defendidos, en presencia de terceras personas.

»Un caso mucho más reciente fue el de la Nación contra Hall 55 C. A. 2d 343, en el que se declaró que las comunicaciones entre un abogado y su cliente en presencia de una tercera persona, no eran privilegiadas. Me daría de puntapiés por haber permitido la presencia de Sara Ansel en aquella conversación.

—Pero Jefe, tú no podrías prever un enredo como este.

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. Se supone que un abogado debe prever no solamente las cosas que han de suceder, sino también las cosas que pueden suceder. No es del todo descabellado pensar que dos mujeres pueden acabar peleándose, y cuando no hay razón que justifique la presencia de una tercera persona, un abogado no debería...

—Pero, por el amor del cielo, Jefe, fue *ella* quien llevó todo el peso de la conversación. Myrna Davenport nunca le habría contado la historia.

—Sabía hablar en inglés —dijo Mason—. No necesitaba ningún intérprete. Desde luego, Sara Ansel representó el papel principal.

El avión voló sobre la ciudad de Oroville, pasando tan bajo que se podían ver las casas, grandes y espaciosas, situadas estratégicamente bajo la sombra de los frondosos árboles.

—¡Qué árboles tan hermosos! —exclamó Della Street—. Volando por encima de ellos, te haces cargo de lo inmensos que son.

—Hace mucho calor aquí en verano —dijo Mason—. La naturaleza lo compensa creando un paraíso para los árboles umbrosos. Las higueras alcanzan enormes alturas y dan una sombra impenetrable. Bien, ya hemos llegado, Della. Amarra tu cinturón.

El avión tocó tierra bruscamente, describió un círculo y enfiló después el aeropuerto.

Un grupo de hombres vino corriendo al encuentro del avión. En primera fila había fotógrafos de prensa con sus cámaras y focos a punto. Detrás de ellos, avanzando con paso algo más digno, pero también vivo, acudía un grupo de hombres resueltos.

Al bajar del avión, Mason y Della Street se mostraron muy considerados en sus poses ante las cámaras, dando oportunidad a los fotógrafos para que recogieran copioso material.

Los reporteros de prensa empuñaron sus libretas de apuntes y sus lápices, dispuestos a transcribir la entrevista.

Uno de los periodistas se adelantó.

—¿Puede darme su nombre, por favor? —dijo.

—Perry Mason —dijo sonriendo, Mason.

—¿Su nombre completo?

—Perry Mason.

—¿Y usted? —dijo, dirigiéndose a Della Street.

—Miss Della Street.

—¿Es usted la secretaria particular de míster Mason?

—Sí.

—Gracias —dijo el periodista, estrechando la mano de Mason.

—No hay de qué —dijo Mason, y de pronto la sonrisa se heló durante un instante en su rostro, al darse cuenta de que el reportero había deslizado un papel doblado en su mano.

Mason se apresuró a meter la mano en el bolsillo de su americana y sonrió al juvenil y corpulento individuo que se adelantaba hacia él.

—¿Míster Halder? —preguntó Mason.

—El mismo. Soy el fiscal de distrito, y éste es el *sheriff* del condado. También está aquí uno de mis delegados. Me gustaría que nos dirigiéramos en seguida a mi despacho si no le importa, míster Mason.

—Estoy dispuesto a hacer todo lo posible por complacerle —contestó Mason.

—Tenemos aquí un coche del condado y le llevaremos a la oficina y terminaremos el interrogatorio tan rápidamente como podamos.

—Perfectamente —dijo Mason—. Mi piloto tiene autorización para vuelos de noche, y me ha dicho que podemos regresar a la hora que sea.

—Lamento que haya tenido que costearse los gastos de alquilar un avión, míster Mason, pero..., bueno, no podía evitarlo. Estamos tratando de efectuar un mínimo de gastos en la administración de la oficina.

—Lo comprendo perfectamente —murmuró Mason—. No tiene importancia.

Halder se dirigió a los reporteros de prensa.

—Lamento tener que decepcionaros, muchachos, pero no quiero que andéis por aquí haciendo preguntas a míster Mason. Quiero

llevar la encuesta a mi modo. Después haré una declaración a la prensa, o se invitará a entrar a los reporteros, a menos que míster Mason tenga que objetar a ello.

—Nunca hago ninguna objeción a la prensa —dijo Mason, sonriendo afablemente—. Comparto con ella todas mis informaciones..., exceptuando como es natural lo que sea confidencial, o lo que por razones de estrategia, considero que no puede ser divulgado.

—Esto es magnífico —dijo Halder—, y apreciamos de veras su cooperación, míster Mason. No tiene usted idea de *cuánto* la apreciamos. Ahora, si usted y miss Street quisieran subir al automóvil... Y por favor, muchachos, nada de preguntas hasta después de la entrevista en mi despacho...

—Un momento —dijo Mason—. Tal vez tenga que mandar un telegrama.

Sacó un portadocumentos del bolsillo interior, lo abrió, estudió unos momentos su contenido, después metió su mano en el bolsillo lateral, extrajo el papel doblado que el periodista había metido en su mano, y se las arregló para desdoblar el papel en el interior del portadocumentos, de modo que pudiera leer el mensaje que figuraba escrito a máquina en el papel. Decía:

Soy Pete Ingram, reportero del The Oroville Mercury. Mabel Norge, secretaria de Ed Davenport, ha desaparecido. No he podido encontrarla en todo el día. Nadie sabe dónde está. Ayer por la tarde retiró casi todo el dinero de la cuenta corriente de Ed Davenport en el banco de Paradise. No me pregunte cómo lo he averiguado, pues se trata de un aviso confidencial. Se lo paso a usted, porque espero que la información le pueda servir de algo. Puede usted corresponder facilitándome alguna noticia.

Mason plegó el portadocumentos, con el mensaje dentro, lo volvió a colocar en su bolsillo, y miró por encima de las cabezas del grupo de hombres, hasta hallar los ojos interrogadores de Pete Ingram.

Mason le dirigió un imperceptible signo de asentimiento.

—Si desea usted mandar un telegrama —dijo Halder—, podemos...

—Oh, supongo que puede esperar —le dijo Mason—. Después de todo, espero que no estaremos mucho tiempo aquí.

—Espero que no —dijo fervientemente Halder.

Mason y Della Street entraron en el automóvil. El *sheriff* se sentó delante, junto a Halder que conducía. El delegado del fiscal de distrito, cuyo nombre era Oscar Glencoe, un hombre de más edad que Halder, se sentó silencioso y huraño en el extremo de la izquierda del asiento posterior. Della ocupó el centro, y Mason se sentó a la derecha.

El coche del condado aceleró su velocidad y Halder lo guió directamente hacia la audiencia.

—Si no le importa —dijole a Mason—, celebraremos la entrevista en el despacho particular del *sheriff*.

—Cualquier sitio es bueno para mí —respondió alegremente Mason.

Se apearon y el *sheriff* les condujo a su despacho particular, en el que se veían unas cuantas sillas cuidadosamente dispuestas alrededor de la mesa escritorio. Mason, examinando el lugar, se sintió seguro de que había ocultos un micrófono y un registrador de cinta magnetofónica.

—Bien, siéntense —invitó el *sheriff*—. Jon, ¿quieres sentarte ante la mesa y proceder al interrogatorio?

—Gracias —dijo Jonathan Halder, sentándose en la silla giratoria que había ante la mesa.

Los demás se sentaron y Halder esperó cuidadosamente a que cesara el ruido de sillas, antes de efectuar la primera pregunta, detalle que corroboraba que la entrevista estaba siendo grabada en cinta.

Halder aclaró su garganta, sacó un documento que llevaba doblado en el bolsillo, lo extendió en la mesa ante sí, y dijo:

—Míster Mason, ¿usted y su secretaria se hallaban en Paradise ayer por la tarde?

—Vamos a ver —dijo Mason, reflexionando—. ¿Fue ayer? Supongo que sí, Consejero. Hay tantas cosas que parece que han ocurrido el día antes... No, supongo que fue ayer. Era el día doce, el lunes. Está bien.

—¿Y entró usted en la casa de Edward Davenport en Crestview Drive?

—Ahora me doy cuenta —dijo Mason, sonriendo afablemente— de que está usted leyendo estas preguntas, mister Halder. Doy, pues, por sentado, que esto tiene algo de interrogatorio formal.

—¿Representa ello alguna diferencia? —preguntó cordialmente Halder.

—Oh, sí, mucha diferencia —dijo Mason—. Si sólo estamos charlando amistosamente, es una cosa, pero si me hace usted preguntas formales procedentes de una lista que ha preparado cuidadosamente, tendré que mostrarme muy precavido al pensar mis respuestas.

—¿Por qué? —preguntó Halder, instantáneamente suspicaz—. ¿Acaso no será la verdad la misma en cualquiera de los dos casos?

—Desde luego que sí —respondió Mason—, pero tomemos, por ejemplo, esta última pregunta suya. Usted me pregunta si entré en la casa de Edward Davenport.

—Pregunta que forzosamente debe contestarse con un sí o un no —dijo Halder, con cierta cautela.

—No —dijo Mason—. No es tan fácil.

—¿Por qué no?

—Me explicaré. Si éste ha de ser un interrogatorio formal, tendré que procurar con mucho cuidado que mis declaraciones sean exactas en cien por ciento.

—Bueno, esto es lo que yo deseo, y creo que es lo que también usted debe querer.

—Por lo tanto —continuó Mason—, tendré que declarar que entré en una casa que pertenecía a *mistress* Davenport.

—Espere un momento —dijo Halder—. En aquella casa es donde Ed Davenport llevaba su negocio y...

—Exactamente —interrumpió Mason—. Este es el punto que yo deseaba aclarar.

—No lo comprendo.

—¿No lo ve? Si estuviera usted hablando amistosamente y me preguntase si entré en casa de Ed Davenport, yo contestaría llana y sencillamente: «Seguro que sí», pero si ésta es una entrevista formal y me pregunta usted si entré en la casa que pertenecía a Ed Davenport, entonces tengo que pararme a pensar. Tengo que tomar en consideración muchas cosas. Tengo que decirme a mí mismo: «Estoy representando ahora a Myrna Davenport, que es la viuda de

Ed Davenport. Si la casa era de propiedad común, adquirió completo derecho a ella en el momento en que murió Ed Davenport. Si la casa era de propiedad por separado, pero un testamento lo dejaba todo a Myrna Davenport, entonces mi cliente adquiriría derecho sobre ella instantáneamente a la muerte de Ed Davenport, dependiendo ello solamente de una administración de los bienes. Por lo tanto, si yo dijera en un interrogatorio *formal* que yo había entrado en una casa perteneciente a Ed Davenport, podría ser considerado como una admisión de que yo conocía el contenido de un testamento, pero que dudaba de su validez, o bien que yo estaba dispuesto a conceder, como abogado de mistress Davenport, que no se trataba de una propiedad en común». ¿Comprende usted mi punto de vista, Consejero?

Halder parecía estar perplejo.

—Comprendo su punto de vista, míster Mason, pero, cielo santo, está usted interpretando la ley con pelos y señales.

—Bueno, si piensa usted trazar una línea de conducta, tratándose de un interrogatorio formal —dijo Mason—, no veo que yo pueda hacer otra cosa que agarrarme a estos pelos y señales siempre que pueda.

La sonrisa de Mason era capaz de desarmar a cualquiera.

—Me gustaría, pues, que contestara usted las preguntas de un modo informal, míster Mason —dijo Halder.

—Bueno —dijo Mason— ello plantea un problema. Después de todo, soy el abogado de mistress Davenport. Aún no sé si se entablará contra ella una causa criminal. Tengo entendido que es muy probable. En este caso, yo sería el abogado que la representa a ella en una causa criminal. Soy también el abogado que representa sus intereses en lo referente a la herencia de su marido. Es de presumir que ésta comprende propiedad en común, y quizá alguna propiedad por separado. Una cosa es la relación entre marido y mujer, y otra la relación bajo las cláusulas del testamento. Es muy posible que si usted me hace ahora preguntas sacadas de una relación escrita, para que sus preguntas puedan ser citadas en cualquier fecha posterior y repetidas con su fraseología exacta, algunas de mis respuestas puedan perjudicar los intereses de mi cliente. Yo podría, por ejemplo, oponerme a la pregunta de si ella mató a su marido, Ed Davenport. Supongo que, dadas las

circunstancias, ello es perfectamente concebible, ¿no es así, Consejero?

—No lo sé —dijo brevemente Halder—. Me niego a hacer predicción alguna sobre la postura que adoptarán las autoridades en otras jurisdicciones.

—Creo recordar que afirmó usted por teléfono que estaba siendo sometido a determinada presión —dijo Mason.

—Exactamente.

—Presión, supongo, de las autoridades ejecutivas de la ley de otros distritos.

—Sí.

—Y resulta obvio que esta presión no se ejerce sobre usted, simplemente por la posibilidad de una entrada ilegal o desautorizada en la propiedad de Edward Davenport en Paradise, California. Esta presión se ha ejercido sobre usted porque alguien cree que Ed Davenport está muerto y que existe la posibilidad —observe, Consejero, que me refiero ahora únicamente a las intenciones de la persona o personas que están haciendo presión sobre usted—, que existe la posibilidad de que mistress Davenport tenga algo que ver con la muerte de Edward Davenport. ¿No es así?

—Mucho me temo que no pueda contestar con franqueza a esta pregunta, míster Mason.

Mason dijo suavemente:

—Ahora bien, según mi interpretación de la ley, si una persona mata a otra persona, aquella persona no puede heredar ninguna clase de propiedad de la persona fallecida. ¿No es ésta su opinión, Consejero?

—Exactamente.

—Por lo tanto —dijo Mason—, supongamos que me hace usted una pregunta que implicara posesión de unos bienes determinados o sea la cuestión del estado del título actual a dichos bienes, y supongamos además que se tratara de la propiedad de Ed Davenport disfrutó durante su vida, la que dejó a su esposa según las cláusulas de un testamento, perfectamente válido en apariencia, y que, en circunstancias normales hubiera conferido título de propiedad a su viuda. Supongamos entonces que yo, por inadvertencia, claro está, indicase en mi respuesta que los bienes no pertenecen en este momento a mistress Davenport; entonces sería

muy posible que alguien —usted no, Consejero, desde luego, pues me consta que es usted demasiado ético para tomar ventaja de un mero lapsus de este tipo—, pero alguien con una mentalidad más técnica, usara esta declaración como una indicación del hecho de que yo había admitido que mistress Davenport era culpable del asesinato, y por lo tanto se hallaba incapacitada para tomar posesión y no había tomado posesión alguna.

Mason se reclinó en su asiento, sonrió a los tres perplejos interrogadores, y sacó una pitillera de su bolsillo.

—¿Alguno de ustedes quiere fumar? —preguntó.

Reinó el silencio.

Mason sacó un cigarrillo y lo golpeó contra la pitillera, lo encendió, exhaló una bocanada de humo y miró con expresión de honradez a sus interlocutores.

—Espere un momento —dijo Halder—. He comenzado a interrogarle y parece que todo lo que estoy haciendo yo, es contestar preguntas.

—Desde luego —dijo Mason—. Quiero que la naturaleza de esta entrevista quede perfectamente determinada. Ahora yo le pregunto a usted, Consejero, de abogado a abogado, ¿cuál es su opinión? ¿Debo yo decir algo que de un modo u otro insinúe que yo no creía a mi cliente apta para heredar los bienes del fallecido marido?

—Claro está que no. Nadie se lo exige.

—Perfectamente —dijo Mason—. Por consiguiente, cuando usted me hace una pregunta relativa a la cuestión de título de propiedad, yo debo tener mucho cuidado mi respuesta. ¿No lo cree usted así?

—Yo no soy el más indicado para aconsejarle a *usted* —dijo Halder.

—Exacto —admitió Mason—. Yo aprecio su franqueza, Consejero. Y ya que no se halla usted en situación de poder aconsejarme, debo aconsejarme yo mismo. Vamos, a ver ha formulado usted una pregunta muy interesante. Dadas las circunstancias, no sé si estoy en libertad de comentar lo que se refiere a títulos. Sin embargo, prosiga con su interrogatorio, y veremos lo que se pueda hacer.

Halder contempló el papel.

—Mientras se hallaba usted en aquella casa —dijo—, la casa

perteneciente a Ed Davenport, en Paradise, ¿forzó usted con una ganzúa la cerradura del escritorio, abrió una caja metálica, y se apoderó de un sobre en el que, con letra de Davenport, había escrito: «Para entregar a las autoridades en el caso de mi muerte»?

Mason reflexionó durante un buen rato.

—¿No puede usted contestar a esta pregunta? —inquirió Halder.

Mason frunció los labios.

—Hay muchos factores implicados en esta pregunta, estoy tratando de clasificarlos en mi interior.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—En primer lugar —dijo Mason—, una vez más pone usted sobre el tapete la cuestión de la propiedad de la casa.

—Bien, podemos dejar por sentado —dijo Halder— que siempre que me refiera a la casa como casa de Ed Davenport, estoy hablando en el sentido general y popular de la palabra, y no tratamos de adjudicar ahora y aquí el título de propiedad.

—¡Oh, no! —dijo Mason—. Esto representaría una estipulación verbal de que yo no me vería ligado por mis propias declaraciones. Esto estaría muy bien entre usted y yo, Consejero, pero no estaría conforme ante algún... bueno, digamos algún abogado frío, calculador y despiadado que pudiera representar a algún otro heredero de los bienes.

—¿Qué otro heredero?

—Bien —dijo Mason—, todavía no estoy seguro, pero tenemos, por ejemplo, a Sara Ansel. La hermana de Sara Ansel estaba casada con el hermano de William Delano. Vamos a suponer, para reforzar el argumento, que los bienes de Delano no fueran a parar a Myrna Davenport.

—¿Por qué no?

—Pues a causa de varias razones de tipo legal, tales, por ejemplo, como la cuestión, —observe que se trata tan sólo de una cuestión hipotética—, de que Myrna Davenport pudiera estar acusada del asesinato de William Delano.

—Es imposible —dijo Halder—. Está acusada del asesinato de Hortense Paxton, pero Delano no fue asesinado. Se estaba muriendo.

—¿Me da, pues, la seguridad de que no se la acusará del asesinato de William Delano? ¿Y la de que William Delano no fue

asesinado?

—No estoy en situación de poder asegurarle nada.

—¿Lo ve usted? —dijo Mason—. Otra vez nos hallamos como antes. Me encuentro en una posición muy peculiar, Consejero. Tengo las más vivas ganas de cooperar con usted, pero...

—¿Qué pretende usted decir? ¿Qué Sara Ansel puede ser heredera de los bienes?

—Bien —dijo Mason—, supongamos que Myrna resultara incapaz de heredar de William Delano según el testamento que dejó Delano, a causa del hecho de que la acusación de haberle matado. Esto dejaría quizá a mistress Ansel en posición de heredar la propiedad que hubiera ido a parar al fallecido hermano de Delano, ¿sí o no? Debo confesar francamente, Consejero, que no he repasado detalladamente la ley de sucesión.

—Tampoco yo —dijo Halder.

—Pues quizá sería mejor que le diéramos un vistazo ahora —dijo Mason.

—No, no —exclamó Halder—. Este asunto se está convirtiendo en un jaleo interminable. Quiero que mis preguntas resulten sencillas, y me gustaría que se me dieran respuestas sencillas y concretas.

—Este es mi ferviente deseo —dijo Mason—, pero el hecho de que esto se haya convertido en una audiencia formal, complica enormemente la situación.

—Estoy tratando de hacerla informal.

—Pero usted ha dicho que era formal.

—Depende de lo que entienda usted por formal.

—Leer en una lista escrita.

—Bien, estoy tratando de coordinar anticipadamente mil ideas.

Mason le miró con reproche.

—¿Y esta fue la única razón para preparar la lista, Consejero? ¿La *única* razón?

—Bien, desde luego —dijo Halder, súbitamente nervioso—, yo había conferenciado con otros funcionarios, quienes sugirieron preguntas específicas, cuyas respuestas les interesaba saber.

—¿Y por qué usted adoptó sus sugerencias en cuanto a las preguntas que debían ser contestadas, tuvo usted que escribirlas?

—En cierto modo.

—¿Lo ve usted? —dijo Mason—. Esta pregunta que acaba usted de formularme, puede haber sido pensada por el fiscal de distrito de Los Angeles, puramente como una tentativa para elaborar alguna teoría sobre el caso de que se ocupa. Y puede interpretar mi respuesta del modo más técnico que le sea posible.

—Pero su cliente no está acusada de la muerte de su tío William Delano. Está acusada del asesinato de Hortense Paxton.

—¿Y este pretendido asesinato no la incapacita para disfrutar de la mayor parte de la herencia de William Delano?

—Esta es mi opinión.

—¿Y el cuerpo de William Delano no ha sido exhumado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque falleció de muerte natural.

—¿Cómo lo sabe usted?

—El hombre se estaba muriendo. Había estado muriéndose desde hacía meses.

—¿Es inmune al veneno un hombre moribundo?

—¿Está usted tratando de insinuar que su cliente envenenó a William Delano?

—¡Cielo santo, no! —exclamó Mason—. Yo sé que no lo hizo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me consta que ella no ha envenenado a nadie.

—Envenenó a Hortense Paxton —dijo Halder—, y puede haber envenenado a Edward Davenport.

—Vamos, vamos —dijo Mason—. Está usted haciendo una llana acusación.

—Bien, yo dispongo de información, míster Mason, que apoya tal acusación.

—¿Información que yo no poseo?

—Ciertamente.

—Esto, desde luego —dijo Mason—, vuelve a complicar la situación.

—Yo le estoy haciendo sencillas preguntas —exclamó Halder exasperado—, y usted está jugando al gato y al ratón.

—Yo no estoy jugando al gato y al ratón —dijo Mason—. Le estoy pidiendo a usted que se ponga en mi lugar. ¿Contestaría usted preguntas referentes al título de propiedad?

—Yo no puedo ponerme en su lugar. Yo no le puedo aconsejar. Ya tengo mis problemas de los que preocuparme.

—Claro está —dijo Mason—. Por lo tanto, ya que no puedo contar con sus consejos, ya que le asusta a usted asumir la responsabilidad...

—¿Quién está asustado? —increpóle Halder.

—Usted, desde luego —dijo Mason.

—Yo no estoy asustado de nada —dijo Halder con el semblante purpúreo—, y no me gusta nada su actitud.

—Vamos, vamos —dijo afablemente Mason—. No vayamos a permitir que las diferencias entre nuestras posiciones *oficiales* se inmiscuyan en nuestras relaciones *personales*, Consejero. He comentado simplemente que usted, en su posición, estaba asustado de asumir la responsabilidad de aconsejarme a mí...

—Yo no estoy asustado de asumir la responsabilidad.

—¿Desea usted aconsejarme, pues?

—Desde luego que no. No me incumbe a mí el aconsejarle. Estoy representando a los habitantes del Estado de California. Estoy representando a este distrito. Usted está representando a un cliente. Es usted quien tiene que decidir cuáles son sus propias responsabilidades.

—Consejero —dijo Mason—, tengo la impresión de que con esta respuesta está usted evadiendo la pregunta.

—¿Yo evadiendo la pregunta? —gritó Halder.

—Precisamente —dijo Mason—. Usted no me contesta de un modo categórico, sí, en mi posición como abogado que representa a mistress Davenport, debo o no contestar a sus preguntas.

—No estoy en situación de poderle aconsejar en nada.

—Muy bien —dijo Mason, con su cara iluminándose de pronto con una sonrisa, como si hubiera hallado la solución perfecta—, ¿quiere usted entonces asegurarme que, si yo prosigo y discuto cuestiones referentes al título con usted, mis respuestas no afectarán en ningún momento a mi cliente, en lo referente a este punto?

Halder vaciló y dijo:

—Bueno, yo creo que... no veo cómo podrían hacerlo...

—¿Pero puede usted darme su completa seguridad? —inquirió Mason—. ¿Asumirá usted la responsabilidad? ¿Lo garantiza usted?

—Desde luego que no.

—Ya lo ve usted —concluyó Mason.

El abogado se reclinó en su asiento y fumó pensativo, como si estuviera realizando una tentativa llena de buena fe para hallar una salida a la situación.

Halder miró al *sheriff*, después a su delegado. De pronto dijo:

—Míster Mason, ¿pueden disculparnos usted y miss Street por unos minutos? Pueden esperar aquí. Quiero conferenciar con mis colegas. ¿Le importará, *sheriff*, y a usted, Oscar, pasar a esta otra oficina conmigo?

Los tres arrastraron sus sillas y se precipitaron hacia la puerta de la otra oficina.

Della Street se volvió hacia Perry Mason.

—Bien —dijo—, parece que tu...

Mason colocó un dedo ante sus labios en señal de advertencia, y sus ojos recorrieron toda la habitación, diciendo después:

—Parece que me encuentro ante un endiablado dilema, ¿no es así, Della? Me gustaría ayudar a míster Halder y me gustaría poder expresarme con franqueza. Pero por mi vida que no veo la manera de poder pasar por alto el hecho de que me hallo en una situación de responsabilidad, en lo que concierne a mi cliente. Si tratamos ahora de esta cuestión de título, la cosa puede complicarse en gran manera.

—Sí —dijo Della Street—, solamente con estas pocas preguntas preliminares ya puedo ver que va a resultar complicada, y el fiscal de distrito tiene una lista que comprende varias páginas escritas a máquina.

—Desde luego —dijo Mason—, es mi deseo cooperar con él, Della, pero tenemos otras cosas que hacer. No nos podemos quedar aquí indefinidamente. Espero que facilitará las cosas.

Della Street sonrió. Mason le dirigió un guiño.

—¿Quieres un cigarrillo, Della?

—No, jefe. Gracias.

Mason continuó fumando.

—Espero que su conferencia no les exija mucho tiempo —dijo después de un momento—. Después de todo, Della, nos espera aquí un avión alquilado, y tengo muy serias responsabilidades en mi despacho.

Después de un momento, Mason volvió a guiñarle el ojo a Della

Street, y dijo:

—Eso es, Della. Reclina tu cabeza y trata de dormir un poco. Al fin y al cabo, has tenido un buen trajín, y has estado toda la noche levantada.

—¿Se cerraron mis ojos? —preguntó Della Street con toda inocencia.

—Sí —dijo Mason—. Si puedes echar un sueñecito, por el amor del cielo, trata de hacerlo.

Y Mason, con un dedo ante los labios, le indicó que guardara silencio.

—Bueno, gracias —dijo Della Street, bostezando sin disimular.

Hubo un intervalo de varios minutos, durante el cual reinó completo silencio en la habitación. Della Street apoyaba su cabeza en el respaldo del sillón, con los ojos cerrados. Mason fumaba meditabundo, sosteniendo de cuando en cuando ante él su cigarrillo, observando los remolinos del humo.

Por fin se abrió la puerta de la habitación de al lado. Los tres hombres entraron en el aposento. Les seguía un cuarto personaje.

Mason miró al hombre y exclamó:

—¡Bien, bien, nada menos que Sidney Boom! ¿Cómo está usted, míster Boom? Me alegro de verle de nuevo.

Se levantó y se estrecharon la mano. Boom sonrió.

—¿Cómo está usted, míster Mason? ¿Cómo está usted, miss Street?

Della Street tendió su mano al agente.

—Encantada de verle otra vez.

—Gracias.

Nuevamente hubo un ruido de sillas.

Parecía que Halder había decidido intentar una nueva línea de ataque. Se volvió hacia Boom para interrogarle.

—¿Es usted un agente de policía de Paradise?

—Sí.

—¿Un delegado, dependiente de la oficina del *sheriff* de aquí?

—Sí, señor.

—¿Era usted tal delegado durante la noche última?

—Sí, señor.

—¿Fue usted llamado a la residencia de Ed Davenport durante la última noche?

—¿Se refiere usted a aquel lugar en Crestview Drive?

—No me pregunte donde está situada. Le he hecho una pregunta.

—Pues no estoy seguro de quien es el propietario de la casa, exceptuando que..., sí, también lo estoy. La mujer me lo dijo.

—¿Qué mujer? —preguntó Mason.

—La secretaria, Mabel Norge.

—Espere un momento —dijo Mason—. No puedo permanecer sentado aquí, sin efectuar una cierta protesta sobre este método de probar un título de propiedad.

—Yo no estoy probando ningún título —exclamó Halder enojado—. Estoy tratando sencillamente de confrontarle con algunas de las pruebas de que disponemos *nosotros*.

—Pero usted le ha preguntado claramente a quién pertenecía la propiedad —dijo Mason— y él le ha contestado que su única fuente de información era una declaración hecha por Mabel Norge. Ahora yo afirmo que Mabel Norge no es ningún experto en títulos de bienes inmuebles, y por lo tanto cualquier declaración que le haya hecho a él, fue meramente de oídas y...

—Muy bien, muy bien —dijo Halder—. No estamos ante un tribunal. No estamos juzgando el derecho a la propiedad.

—Pero usted fue quien suscitó la cuestión de título.

—Estoy describiendo meramente la casa.

—Entonces, ¿por qué no describirla con la referencia del número en el barrio de Crestview Drive?

—Muy bien —dijo Halder—. Lo haremos de este modo, Boom. Fue usted llamado a un lugar de Crestview Drive. ¿Dónde está situado?

—Yendo hacia Crestview Drive, y llegando al final de la calle, es la última casa a la derecha..., una casa grande y espaciosa, rodeada de árboles frondosos y algunos árboles frutales.

—¿Aprecia usted alguna diferencia entre un árbol frutal y un árbol frondoso? —preguntó Mason.

—Sí —contestó Boom.

—Bien. De todos modos, míster Boom, un árbol frutal puede ser frondoso. Si nos fijamos en estas higueras, supongo que se les puede llamar frondosas, y...

—Un momento —interrumpió Halder, con la voz llena de

indignación—. Soy yo quien dirijo esta encuesta, mister Mason. En estos momentos estoy interrogando a mister Boom, y tengo que pedirle que guarde usted silencio.

—¿A pesar de algunas inexactitudes en la declaración de mister Boom?

—A pesar de todo —dijo Halder—. Tengo que rogarle que guarde usted silencio.

—Muy bien —dijo Mason—. Confío en que todos los presentes han oído como se me obligaba a guardar silencio a pesar de cualquier inexactitud en las declaraciones de mister Boom. Lo siento, Consejero. No volveré a interrumpir más. Prosiga usted.

—¿Fue usted a dicha casa? —preguntó Halder.

—Ciertamente.

—¿A petición de quién?

—De Mabel Norge.

—¿Quién es?

—Tengo entendido que es la secretaria de Ed Davenport. La he visto algunas veces en Paradise.

—¿Conoció usted a Ed Davenport cuando vivía?

—Sí, he hablado con él unas cuantas veces.

—¿Y fue usted a su casa, a requerimiento de Mabel Norge?

—Eso es. Ella llamó a la policía.

—¿Y qué encontró usted?

—Encontré la puerta sin cerrar, las luces encendidas, y a mister Mason y miss Street que daban la impresión de considerarse como en su casa.

—¿Qué más?

—Yo tenía órdenes de Mabel Norge de encontrar una carta que había sido escrita por mister Davenport y entregada a ella, con instrucciones de ser abierta en el caso de su muerte.

—¿Y qué hizo usted?

—Encontré la carta, mejor dicho, encontré una caja metálica que contenía un sobre sellado. En el sobre, con letra de mister Davenport, había unas instrucciones diciendo que tenía que ser entregado a los agentes de policía en caso de su muerte.

—¿Y qué hizo usted con él?

—Lo tomé bajo mi custodia.

—¿Tiene usted este sobre aquí?

—Lo tiene usted.

—Pero usted me lo entregó a mí. ¿No es así?

—Desde luego.

—¿Reconocería usted el sobre si lo viera?

—Ciertamente.

—¿Cómo lo reconocería?

—Porque escribí mi nombre en él.

—¿Y la fecha?

—Y la fecha.

—¿Y qué hizo usted entonces con él?

—Se lo entregué a usted.

—¿No es cierto que sostuvimos alguna discusión acerca de lo que debía hacerse con el sobre?

—Es cierto.

—¿Y yo lo metí en la caja fuerte?

—Creo que sí. Usted me dijo haberlo colocado en la caja.

—¿Y entonces, esta mañana, nos hemos reunido otra vez?

—Así es.

—¿Y decidido que sería mejor examinar el contenido del sobre?

—Así es.

—¿Y lo abrimos?

—Sí.

—¿Y no había nada en él, excepto varias hojas de papel blanco?

—Eso es.

—¿Empezamos por consiguiente a examinar el sobre, y decidimos que su aspecto era el de haberse realizado alguna manipulación con él?

—Sí, señor.

—¿Llamamos por lo tanto a un hombre, que es experto en esta materia y nos dijo que la goma arábica, o cualquiera que fuera la que originalmente había en la solapa del sobre para pegar ésta, había sido completamente eliminada humedeciéndola, y que el sobre había sido abierto con ayuda del vapor, y cerrado después con cola, y que todo esto había sido probablemente realizado dentro de las últimas veinticuatro horas?

—Eso es.

—Muy bien —dijo Halder, volviéndose hacia Mason—, ¿qué tiene usted que decir a todo esto?

—Diré que pregunta usted con mucha rapidez —dijo Mason—, y que Boom contesta sin la menor vacilación.

—¡No, no, no es esto lo que quiero decir! Quiero saber que tiene usted que decir sobre la exactitud de sus declaraciones.

—¡Oh, cielos santos! —exclamó Mason—. Me ha cogido usted completamente por sorpresa. Usted me indicó expresamente que yo no debía decir nada cuando sus afirmaciones fueran inexactas.

—Me refería a que no deseaba que usted interrumpiera.

—No se expresó usted en este sentido, estoy seguro de ello. Usted me dijo textualmente que guardara silencio.

—Bueno, pues ahora le pido que hable.

—¿En qué sentido?

—Le estoy pidiendo su comentario sobre las declaraciones de Boom.

—Estoy completamente seguro de que no son exactas —dijo Mason—. Permítame un instante, míster Boom, no se me enfade usted. Estoy seguro de que usted las *cree* exactas, pero yo sé que no son exactas.

—¿En qué aspecto fallan? —preguntó Halder.

—¡Oh, en muchos aspectos! Por ejemplo, creo que usted dijo que Davenport había escrito el sobre de su puño y letra y que en el caso de su muerte debía éste ser entregado a los agentes de policía.

—Eso es.

Mason se volvió hacia Boom.

—¿Había visto usted a Davenport mientras vivía?

—Ciertamente.

—¿No sabía usted que había muerto?

—Incluso ahora *ignoro* si ha muerto. Me han dicho que ha muerto.

—Ahora —dijo Mason, sonriendo—, está usted contestando a las preguntas de la manera que yo creo pertinente, míster Boom. Está usted limitando sus declaraciones en sus propios conocimientos. Pero usted ha afirmado que era la escritura de míster Davenport la que había en el sobre. Usted ignora si era la escritura de míster Davenport, ¿no es así?

—Mabel Norge me dijo que lo era.

—Lo sé, lo sé —dijo Mason—. Pero esto es lo que le dijeron. Usted no *sabe* si estaba escrito con letra de Davenport.

—Es verdad que no.

—Espere un momento —dijo Halder—. No traje a Boom aquí para que fuera sometido a preguntas.

Por primera vez, Mason se mostró enojado.

—¿Qué está tratando de hacer conmigo? —preguntó—. ¿Está usted intentando colocarme en una situación falsa, en la que se puedan citar erróneamente mis afirmaciones?

Halder dio un brinco en su silla.

—¿Qué está usted insinuando? —exclamó.

—No estoy insinuando —dijo Mason—. Estoy preguntando. Primero me manda que no diga nada si las declaraciones de Boom son inexactas. Después me reta a indicar donde radican sus incorrecciones. Empiezo a hacer preguntas a Boom, para indicar, por medio de las propias manifestaciones de Boom, la inexactitud de sus respuestas anteriores, y usted se enfurece y me echa en cara que no tengo derecho a repreguntar a Boom.

—Pues no lo tiene usted.

—Yo no le estoy repreguntando.

—Bien, a mí me suena como algo muy parecido.

—Estoy tratando simplemente de hacer lo que usted me dijo, señalar donde radica la inexactitud en sus declaraciones.

—Bueno, esto es lo que yo llamo repreguntar. Indique algún punto en el que haya hecho una falsa declaración. Le desafío a que me muestre algún punto en que su declaración no sea cierta.

—Pues, en muchos puntos —replicó Mason.

—Diga uno —desafió Halder.

—Por ejemplo —dijo Mason—, más de una vez ha dicho usted que el sobre contenía la indicación escrita con letra de Davenport de que debía ser entregada a las autoridades en caso de muerte.

—Bien, acabo de decir que solamente sabía que era su letra, por lo que me contó Mabel Norge —explicó Boom.

—Por lo tanto, ¿no sabe usted si era su letra?

—¡No lo sé, no! —gritó Boom.

—Pues entonces —dijo Mason— ¿cómo sabe usted que el sobre contenía la indicación de que debía, en caso de su muerte, ser entregado a los agentes?

—¡Yo lo vi! —chilló Boom. ¡Lo vi con mis propios ojos!

—Un instante —dijo Mason—, no permita que los nervios se

apoderen de usted, Boom. Es usted un buen agente y un hombre observador. Usted no quiere dar a entender lo que dice.

—¡Quiero darlo a entender, palabra por palabra!

—No era esto lo que había escrito en el sobre —dijo Mason.

—Bueno, viene a ser lo mismo... Y me acuerdo de que esto era lo que Mabel Norge me dijo que había en él sobre.

—Exactamente —dijo Mason—. Ahora, si el fiscal de distrito es tan amable de enseñarle a usted el sobre, míster Boom, descubrirá usted que esto no era de ningún modo lo que ponía el sobre. Las únicas palabras del sobre son: «Para ser abierto en el caso de mi muerte, y su contenido entregado a las autoridades», ello seguido por la que parece ser la firma de Ed Davenport.

—Bien, ¿y no es acaso lo mismo? —preguntó Halder.

—Claro está que no —negó Mason—. En un caso las instrucciones serían de que el sobre habría quedado como en depósito, para ser entregado sin abrir a las autoridades. Pero según las instrucciones que verdaderamente figuran en el revés del sobre, míster Davenport ordenaba a sus representantes legales —suponiendo, desde luego, que las palabras fueran escritas por él— abrir en primer lugar el sobre, y después, y solamente después, entregar el contenido a las autoridades.

Hubo un silencio absoluto y opresivo en el despacho.

—Ya ve, por lo tanto —dijo Mason con un gesto hacia Boom—, que Mabel Norge describió un sobre distinto. No se trata, pues, únicamente de que hayan sido substituidas las páginas del *interior* del sobre, sino que pudo haber sido todo el sobre. El sobre que contiene el mensaje que Mabel Norge le describió, no pudo ser hallado. El sobre que ella entregó, era un sobre enteramente distinto del que ella decía, porque llevaba un mensaje diferente.

—Espere un momento —dijo Halder—. Todo esto es un completo disparate. Está usted tratando de confundir los términos.

Mason respondió.

—Señor, considero esto como un insulto. Mi propósito es precisamente el de poner en claro los términos. Le desafío a usted a que analicé cualquiera de mis declaraciones hechas aquí, y encuentre algo en ellas que tienda a sembrar confusión. He venido aquí con un espíritu de cooperación. Habría podido mandarle al diablo. Podría haberle dicho que consiguiera una citación o

extendiera un mandato judicial, o que intentara hacerme comparecer ante un gran jurado..., y si hubiera aparecido ante el gran jurado, yo podría haber insistido en que sus preguntas fueran técnicamente exactas.

»Tal como están las cosas, he alquilado un avión, con grandes gastos por mi parte. He cerrado mi oficina durante un día, en un momento en que mis servicios son requeridos con la mayor urgencia. Le he explicado mi posición. Le he pedido que se pusiera en mi lugar y me asesorase sobre si yo podía obrar de distinto modo.

»Usted mismo, como abogado, no se atreve a aconsejarme nada diferente, y ahora me está acusando de confundir los resultados. Esto no me gusta. Yo..., maldita sea, señor, puede considerar como retirada mi cooperación. No tengo nada más que declarar.

—Va usted a tener que declarar mucho más —dijo Halder—. Se halla usted ahora en mi distrito. No va usted a marcharse de él sin mi permiso.

—¿Qué significan sus palabras?

—Significan que puedo entregarle una citación. Puedo..., puedo arrestarle.

—¿Por qué?

—Por actuar como encubridor antes..., después del hecho.

—¿Encubridor de qué?

—Del asesinato.

—¿El asesinato de quién?

—El asesinato de Ed Davenport.

—¿En qué quedamos —preguntó Mason—, encubridor antes, o encubridor después del hecho?

—No lo sé. Sí, también lo sé. Es después del hecho.

—¿Cuáles son los elementos del asesinato? —inquirió Mason.

—Lo sabe usted tan bien como yo.

—Entonces, será mejor que los pruebe —dijo Mason—. Uno de los primeros elementos del asesinato es una muerte, un homicidio, un cadáver.

—Bueno, aún no hemos encontrado el cuerpo, pero lo encontraremos.

—¡Qué diablos encontrarán! —exclamó Mason—. ¿Por qué no despierta de una vez?

—¿Despertarme?

—Despertar a la consideración de la probabilidad de que Ed Davenport saltó por la ventana de su departamento, y escapó con su guapa secretaria Mabel Norge. ¿Dónde está Mabel Norge? Búsquenla, tráiganla aquí. Ella me ha acusado de haber manipulado el sobre. Dejemos que haga esta acusación ante mí.

—Yo..., yo todavía no he podido localizar a miss Norge...

—Su *todavía* va a convertirse en algo muy largo —dijo Mason.

—La había trastornado mucho lo sucedido.

—Supongo que sí —dijo Mason con indignación—. Soy doctor en leyes. No voy a quedarme aquí sentado, y acusado por Mabel Norge de haber cometido ningún crimen. Exijo que Mabel Norge comparezca y se la enfrente a ella y sus acusaciones conmigo. Quiero interrogarla sobre el asunto.

—Yo le estoy interrogando a usted, por lo menos es lo que intento.

—Lo que hace usted es lanzarme acusaciones —dijo Mason—, inventadas por míster Boom y Mabel Norge, y usted se niega a enfrentarme con mis acusadores.

—Míster Boom se halla presente.

—Sus acusaciones son meramente de oídas.

—No algunas de ellas.

—Lo son todas —dijo Mason, volviéndose hacia Boom—. ¿Qué le contó Mabel Norge de sus motivos para hallarse en la casa a aquellas horas de la noche?

—Dijo que pasaba por allí.

—A usted le consta que ello no podía ser verdad —dijo Mason—. No tenía que pasar por allí por ningún motivo.

—Podía haber dado un rodeo en la carretera y salido de ella...

—Seguro —dijo Mason—. Esto no habría sido pasar por allí. La carretera termina allí. Ella no dijo que fuera a la casa para ver si todo estaba conforme. Dijo que pasaba casualmente por allí, y entonces, cuando la interrogué sobre ello, admitió que era una falsa aseveración, ¿no es así?

—Bueno, no estoy seguro de lo que hizo.

—¿Y no le dijo ella que ya había estado allí a primera hora de la tarde?

—Bien, ella trabajaba allí. Supongo que...

—¿Que había estado allí unos treinta minutos antes de que llegase yo?

—¡Treinta minutos antes de que usted llegase! ¿Estaba entonces allí? —preguntó Boom.

—¿No le contó nada de esto? —preguntó Mason.

—No.

—¿No le contó cómo abrió el escritorio y sacó la caja metálica, que contenía el sobre, substituyéndolo por otro sobre?

—No, claro está que no. Usted estaba allí. Usted oyó la conversación.

—Ella se marchó con usted —dijo Mason—. ¿No le contó nada de todo esto?

—No.

—¿Y no le contó ella cómo fue al Banco aquella tarde y retiró virtualmente hasta el último céntimo de la cuenta corriente de Ed Davenport, con un cheque que él le había entregado previamente, firmado en blanco, y que se preludia que fuera usado en tales circunstancias?

—No me *contó* nada de todo esto —dijo Boom abruptamente—. Descubrí después en un Banco...

—Bien, ¿lo ve usted? —dijo indignado Mason, volviéndose hacia Halder—. ¿Por qué demonios no se mete usted con la gente de su propio distrito? ¿Por qué no aclara este asunto, sin permitir que algún fiscal de distrito en Fresno, o en Los Angeles, trate de contarle que se ha cometido un asesinato y le haga hacer el tonto?

»¿Por qué no detiene usted a la gente de aquí, y aclara de veras este asunto y pone al descubierto los hechos, en vez de hacer venir a un abogado de Los Angeles, con considerable molestia por parte de éste, para responder a una serie de acusaciones formuladas por una mujer que resulta que ha tomado las de Villadiego?

—¿Cómo diablos está *usted* informado de esta retirada de fondos del Banco, y del hecho de que Mabel Norge no aparece? —dijo Halder.

—¿Por qué? —preguntó Mason—. ¿Es que se suponía que yo no lo sabría?

—Nadie lo sabe. Ha constituido un secreto celosamente guardado. Dije en mi oficina que no lo dijeran a nadie.

—¡Cielo santo! —exclamó Mason—. Yo creería que saltaba a la

vista desde el primer instante. Siga el curso de todo el asunto.

—En tal caso, ¿lo que pretende usted decir, o sea, su opinión, es de que no hubo ningún asesinato?

—¿Asesinato? —exclamó Mason—. ¿Quién demonios habló de asesinato?

—El doctor dijo que el hombre estaba muerto.

—Y el testigo afirmó que el cadáver saltó por la ventana.

Halder se mordió el labio.

—Vamos a ver, procuremos aclarar todo esto —dijo Mason—. ¿Estaba usted tratando de ocultarme esta información?

—No quería hacerla pública.

—¿Trataba usted de evitar que yo me enterase de ella?

—Bien, planteada de tal modo la cuestión, sí.

—Ante las circunstancias —dijo Mason—, aunque he estado aquí durante algún tiempo, haciendo todo lo posible para cooperar con usted, creo que, oficialmente, no tengo nada más que decir. He contestado a sus preguntas tan llana y francamente como he podido. Le he concedido casi una hora.

—No ha pasado tanto tiempo.

—De todos modos, ha pasado un buen rato —dijo Mason—. El suficiente para que usted hubiera podido hacerse cargo de la situación ampliamente. Voy a regresar a mi despacho.

—No puede usted abandonar este distrito hasta que yo se lo permita.

—¡Qué diablos no voy a poder! Trate de detenerme.

—Dispongo de muchos medios para detenerle.

—Intente cualquiera de ellos —dijo Mason—, y mañana por la mañana su cara estará tan encarnada como una langosta hervida.

Perry Mason hizo una seña a Della Street y salieron de la oficina, dejando a un grupo de hombres bastante perplejos sumidos en una rápida y confusa conferencia.

Los periodistas se apiñaron alrededor de Mason cuando salió.

—¿Y bien? —preguntaron—. ¿Qué ha ocurrido?

Mason cerró cuidadosamente la puerta, sonrió, y dijo:

—Creo, muchachos, que el fiscal de distrito prometió que después de la entrevista, haría una declaración en la que les daría todas las noticias. Si entran y le entrevistan, creo que se sentirá satisfecho de contestar a sus preguntas y, dadas las circunstancias,

prefiero que se entretenga con esto.

Mason sorprendió la mirada del reportero de *The Oroville Mercury* y le dirigió un guiño.

Los demás reporteros abrieron la puerta y se precipitaron en las oficinas interiores.

Ingram se reunió con Mason.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Llévenos inmediatamente en su coche al aeropuerto —dijo Mason—. Se lo explicaré por el camino.

—Por aquí —dijo Ingram.

Salieron apresuradamente de las oficinas del *sheriff*. El automóvil de Ingram estaba a la vuelta de la esquina.

—Salga pitando —le dijo Mason.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ingram, poniendo el coche en marcha.

—Fue toda una entrevista —dijo Mason—. ¿Oyó usted algo?

—De todo lo que nos enteramos fue que la entrevista se prolongó durante bastante tiempo. Sólo pudimos oír el murmullo de voces que, hacia el final parecieron alzar el tono con cierta indignación. Por lo que parece, la entrevista se inició en buena armonía, pero terminó con unas notas agrias.

—La entrevista quedó registrada en cinta magnetofónica. ¿Por qué no trata usted de...? —dijo Mason.

—Ni pensarlo. Ni siquiera querría admitir que fue registrada.

—Bueno —dijo Mason—, déjeme conducir a mí. Usted pregunta y toma notas, y yo contestaré a las preguntas, porque en el mismo instante en que lleguemos al aeropuerto, nos largaremos.

El reportero detuvo el coche, abrió la puerta y dio corriendo la vuelta, dirigiéndose hacia el otro lado. Mason se deslizó hasta llegar al volante.

—Muy bien —dijo—, empiece a preguntar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ingram.

—Para empezar —dijo Mason—, el fiscal de distrito dijo que iba a tratarse de una entrevista formal, y por lo tanto fue orientada sobre esta base. Cada vez que hacía una pregunta, refiriéndose, por ejemplo, a la casa de Paradise como la casa de Ed Davenport, yo sacaba a relucir la cuestión del título.

—¿Basándose en qué?

Mason describió el punto sujeto a discusión y después continuó su relato, mientras se dirigía hacia el aeropuerto, dando a Ingram un resumen muy completo de la entrevista.

Una vez en el aeródromo, Mason y Della Street se apearon del coche y se encaminaron hacia donde estaba el aviador, que se hallaba escuchando la radio.

—Muy bien —dijo Mason—. Ya podemos emprender la marcha.

—En seguida —dijo el piloto—. Oigan, ¿oyeron ustedes las últimas noticias de la radio?

—¿Qué sucede? —preguntó Mason.

—Creo que se interesan ustedes por este asunto de Fresno —dijo el piloto—. Han encontrado el cuerpo.

—¿El cuerpo de quién?

—El de este Davenport, a quien su mujer asesinó.

—¿Dónde estaba el cuerpo?

—Sepultado en una tumba poco profunda, a dos o tres millas solamente de Crampton. Por lo menos, creen que es el cuerpo de Davenport. Estaba vestido con un pijama de topos o figuras rojas. Hace pocos minutos que acaba de ser descubierto. Todavía están cavando en la tumba. Lo ha dicho el noticiario de la radio.

Mason miró a Ingram. Ingram hizo una mueca.

—Caliente los motores del avión —dijo Mason al piloto—, y caliéntelos aprisa. Recorra el campo tan pronto le sea posible. Caliente sus motores en el extremo más lejano del campo de despegue en seguida. Sea quien sea quien trate de detenerle, despegue. Vamos. Pronto. Hay cien dólares extra para usted si consigue despegar antes de que nadie nos detenga.

Subieron al avión. El aviador puso en marcha los motores y a los pocos momentos se deslizaron lentamente hacia el extremo opuesto del campo, en donde dio media vuelta y calentó los motores.

Mason se inclinó hacia delante y gritó dominando el estruendo de los motores:

—¿Cómo marcha esto? ¿Listos para partir?

—Sólo faltan unos segundos.

—Hay un coche que se dirige hacia aquí —dijo Mason—. Quiero marcharme antes de que llegue. No quiero que se produzca ningún retraso.

—Oh, solamente se detiene aquí para...

—No se detiene —dijo Mason.

—Ni yo tampoco —dijo el piloto, acelerando los motores.

El avión empezó a deslizarse por el campo.

El coche inició un viraje, de modo que sus faros brillaron ante el recorrido del avión. Un foco de roja luz emitió destellos y una sirena de alarma empezó a aullar.

El piloto sonrió mientras las ruedas abandonaban suavemente la tierra firme.

—Estos motores arman tanto barullo —dijo—, que resulta difícil oír nada mientras se está despegando. Por un instante, casi creí oír una sirena.

—Yo no he oído nada —respondióle Mason.

—¿Regresamos a Sacramento? —preguntó el piloto.

—De ningún modo a Sacramento —dijo Mason—. A Fresno. Y si puede usted dejarme allí sin registrar ninguna hoja de vuelo, para que nadie sepa donde hemos aterrizado, me hará usted un favor.

—¿No quiere detenerse en Sacramento?

—Pase por encima de Sacramento —dijo Mason— a la mayor altura que pueda alcanzar esta cafetera.

Capítulo 7

El avión se aproximó a la zona iluminada que marcaba la situación de Fresno.

—¿Puede usted llegar a Los Angeles? —preguntó Mason al piloto.

—Sin duda. Tengo que aprovisionarme de gasolina, eso es todo.

—Aterrice en Fresno —dijo Mason—, como si estuviera usted deteniéndose para cargar rutinariamente gasolina. Llene el depósito y lleve a miss Street a Los Angeles.

—¿Y usted?

—Me quedo aquí.

—Por mi parte, no hay inconveniente.

—Cuando llegue usted a Los Angeles —dijo Mason—, le ruego que se abstenga de hablar con el grupo de periodistas. Si puede aterrizar y arreglárselas para evitar ser entrevistado, se lo estimaré mucho. Miss Street le abonará sus honorarios con un cheque, un momento antes de aterrizar. ¿Conformes?

—Conformes.

—Me mantendré en contacto contigo, Della —dijo Mason—. Trata de dormir un poco, si puedes.

—¿Y qué hay de Paul?

—Me comunicaré con él desde aquí.

Ella cogió su mano, oprimiéndola cariñosamente.

—Buena chica —dijo él.

—¿Cuándo regresarás?

—Mañana por la mañana, tal vez. Tengo trabajo aquí.

—¿Mucho?

—No lo sé.

—Será mejor que se ciñan los cinturones —dijo el piloto—. Estamos llegando.

Describió un amplio círculo y aterrizó en el aeropuerto. Tan pronto como hubo llegado al final de su recorrido y parado el motor, Mason saltó del aparato, corrió hacia el edificio de la administración, metiéndose dentro de una cabina telefónica, apoyando su cabeza sobre la mano derecha, para que su rostro no fuera visible desde el exterior.

Mason efectuó un aviso de conferencia a la oficina de Drake y a los pocos minutos tuvo a Paul Drake al habla.

—¿Qué estás haciendo en Fresno? —preguntó Drake.

—Dando un vistazo por ahí.

—¿No te han pescado?

—¿Quién?

—Las autoridades de Fresno.

—No.

—Te están buscando.

—¿En qué se fundan?

—Las autoridades creen que les has jugado una mala pasada.

—¿De dónde sacan esto?

—De aquel sobre que Davenport dejó para ser abierto cuando muriera.

—¿Qué pasa con él?

—Creen que tú tienes las hojas originales que había en él, y que tú metiste las seis hojas de papel en blanco.

—¿Y en qué me afecta a mí?

—Según el fiscal de distrito de aquí, puedes ser considerado como un encubridor después de los hechos.

—Prosigue —le dijo Mason—. ¿Y qué más? ¿Dónde está mistress Davenport?

—Aparentemente, se halla en Fresno.

—Tengo entendido que hallaron el cuerpo.

—Es cierto.

—¿Ninguna dificultad con la identificación?

—Absolutamente ninguna. Fue enterrado a poca profundidad en un hoyo. Ahora te voy a contar algo chocante, Perry. La tumba llevaba uno o dos días excavada. Ya estaba preparada.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¿Cómo lo saben?

—Unos niños la habían descubierto y habían estado jugando allí, usándola como fuerte. Por esto hallaron tan fácilmente el cuerpo. Los niños dijeron que alguien había llenado su fuerte. Insistieron después y lo describieron a sus padres: un agujero oblongo que había sido relleno. El padre de uno de los pequeños fue a darle un vistazo. Le picó la curiosidad. El suelo resultaba fácil de cavar. Excavó dos o tres pies y dio con la pierna de un cadáver. Regresó y avisó a las autoridades, que descubrieron el cuerpo de Ed Davenport.

—¿Cuánto tiempo llevaba sin vida?

—Desde ayer. Por lo que parece, el doctor Renault estaba en lo cierto, y las autoridades se hallan ahora muy atareadas pidiéndole perdón.

—¿Qué se sabe del hombre que vio al cadáver saltando por la ventana?

—La policía está actuando según la teoría de que un cómplice masculino cargó el cuerpo en un coche y después saltó por la ventana.

—¿En pijama?

—Así lo creen..., como disfraz para el caso de que alguien le viera.

—¿Qué más?

—Tuviste una buena idea con lo del nombre supuesto. Creo que en esto les llevamos la delantera a los polis. Frank L. Stanton fue registrado en el Hotel de Welchburg, aquí en Fresno. Evidentemente se trataba de Davenport. La descripción coincide e incluso dio el número auténtico de la matrícula de su automóvil, pero no había estado bebiendo. Alguien le visitó y hubo una conferencia a altas horas de la noche. Una pareja que estaba en el departamento de al lado, se quejó.

—¿Hombre o mujer?

—¿Quién?

—El de la conferencia.

—Un hombre. No sabemos gran cosa de ello. Hablamos casualmente con mistress Welchburg, pero no lo bastante como para alarmarla. Temíamos que pudiera ir con el cuento a la policía si hacíamos demasiadas preguntas, y esto a ti no te hubiera gustado.

—Desde luego que no.

—Muy bien —díjole Drake—. Ya estás aquí. Todo queda en tus manos. Ahí va otra, Perry. Tu amiga Sara Ansel ha estado merodeando por la oficina. Gertie, la telefonista, le dijo que podía dejarme cualquier mensaje, pues yo me hallaba en contacto contigo.

—¿Qué quiere? —preguntó Mason.

—Se siente ahora muy arrepentida. Su corazón ha sufrido un cambio completo. Dice que actuó impulsivamente al perder la fe en Myrna Davenport. Estaba cansada y su naturaleza suspicaz pudo más que ella. Dice ahora que preferiría haberse cortado la lengua.

—¿Pero antes de tener este cambio de corazón, contó todo lo que sabía a la policía? —preguntó Mason.

—Oh, desde luego. Lo soltó todo. Después la policía se mostró un poco áspera con ella y la hicieron enloquecer. Por lo tanto, empezó a reflexionar de nuevo sobre el asunto y decidió que había condenado a Myrna Davenport, bajo una evidencia circunstancial y sin querer escucharla. Ahora se muestra arrepentida y lacrimosa. Quiere que sepas que puedes contar con ella y que quiere, por tu mediación, hacer llegar algún mensaje a Myrna.

—Muy amable por su parte —dijo Mason.

—¿Verdad que sí? Desembucha todo lo que sabe, y después regresa a pedir perdón..., o tal vez a enterarse de algo más y poder pregonarlo.

—¿Tú crees que la mandó la policía? —preguntó Mason.

—Podría ser —respondió Drake—, pero si se trata de una farsa, es una buena actriz. Las lágrimas que derrama son auténticas. Quiere que la llames tan pronto como hayas hablado conmigo. Dejó un número. ¿Lo quieres?

—¡Demonio, de ningún modo! —exclamó Mason—. La llamaría desde aquí y a los cinco minutos estaría contando a la policía que estoy en Fresno, y me encontraría con todos los agentes del distrito siguiendo mis huellas.

—Esto es lo que yo pensé. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Irme al Welchburg Motel, tomar una habitación, y tratar de sacarle alguna información a mistress Welchburg.

—¿Vas a registrarte bajo un nombre falso?

—No —dijo Mason— ello implicaría huida. Voy a registrar mi propio nombre y dispondré probablemente de veinte a treinta minutos, antes de que la policía me eche el guante. ¿Cuánto tiempo

llevaba cavada esta tumba, Paul?

—Tres días por lo menos. Los pequeños habían estado jugando en ella durante tres días antes de la muerte de Davenport.

—Esto agravará las cosas —dijo Mason—. El fiscal lo utilizará como prueba de premeditación.

—Ya lo ha hecho, en una entrevista concedida a la prensa. Él lo califica de uno de los asesinatos más cobardes, más alevosos y más premeditados, que recuerda.

—Muy bien —dijo Mason—. Ya te veré.

Mason permaneció en la cabina telefónica hasta que estuvo seguro de que no era observado, después se escurrió hacia fuera para llamar a un taxi, y se dirigió en seguida al Welchburg Motel.

La mujer que estaba sentada detrás del mostrador de la recepción rayaba en los cincuenta años, un tipo de matrona con una boca amable, pero unos ojos agudos y penetrantes.

—Hola —dijo Mason—. He llegado sin ningún equipaje, no pensaba tener que quedarme. Lo único que traigo es dinero.

—Esto es precisamente lo que nos interesa —le dijo mistress Welchburg—. Tenemos dos departamentos libres. Puede escoger el que le convenga, por cinco dólares.

Mason le entregó los cinco dólares y al mismo tiempo le dio una de sus tarjetas.

—Soy abogado —dijo—. Estoy tratando de investigar algunos detalles de un caso.

—Claro.

—Deseaba saber algo de un tal Frank L. Stanton —dijo Mason—. Estuvo aquí hace un par de noches.

—Ah, sí. ¡Vaya, es usted la *segunda* persona que ha preguntado por él!

Mason sonrió afablemente y dijo:

—Míster Stanton resulta un personaje bastante interesante.

—¿Qué sucede? ¿Hizo algo? ¿Acaso él...?

—Que yo sepa, no —dijo Mason—. Se trata sencillamente de entregarle algunos papeles.

—¡Oh! —dijo ella secamente, preguntando después de un momento, con los ojos llenos de sospecha—: ¿Divorcio?

Mason negó con la cabeza.

—No puedo facilitar detalles, pero tiene que ver con una opción

a una propiedad minera. El plazo de opción finalizará dentro de un par de días, y en caso de que el comprador quisiera aceptar la opción..., bueno, ya ve usted que resultaría bastante enojoso que míster Stanton no pudiera ser hallado.

—Claro, ya lo comprendo. Bien, sólo estuvo aquí una noche. Dejó su dirección en Los Angeles.

—Ya tengo su dirección —dijo Mason—, pero no se encuentra en casa y..., bueno, aún quedan dos días de tiempo, pero resultaría muy desagradable que tratara de ocultarse. ¿Le recuerda usted bien?

—No mucho —dijo ella—. Ya sé que se ocupaba de negocios de minas. Llevaba consigo dos maletas, maletas bastante pesadas, y dijo que llevaba muestras en ellas.

—¿De mineral?

—Supongo. También llevaba una cartera de mano recién comprada.

—¿Nueva? —preguntó Mason.

—Eso es. La llevaba envuelta, o sea cubierta de papel exceptuando el asa, y por la manera de manejarla sé que estaba vacía, pero las maletas desde luego estaban llenas.

—¿Había dos de ellas?

—Sí.

—Bien, yo me pregunto si iba alguien con él, o estaba solo.

—No, estaba solo. Es lo único que recuerdo con certeza. Tuvo algunas visitas. Alrededor de las once y media me llamó un hombre que ocupaba el departamento de al lado. Dijo que no solía quejarse, pero que los ocupantes del departamento que yo había alquilado a míster Stanton estaban hablando y no le dejaban dormir. Me pidió que les llamara y les pidiera que hicieran menos ruido.

—¿Hablaban en voz muy alta? ¿Alguna discusión? —preguntó Mason.

—No lo creo. Parece que se trataba precisamente de lo contrario. Estaban hablando en voz baja, pero hablaban y era ya muy tarde. Ya sabe lo que ocurre cuando intenta usted dormir, y algún ruido monótono, la gota que cae de un grifo, por ejemplo, o algo por el estilo, va cobrando magnitud hasta ponerle terriblemente nervioso.

—Ya comprendo —dijo Mason—. ¿Sabe usted a qué hora se marchó por la mañana míster Stanton?

—No, no lo sé. Estoy levantada hasta la una o las dos, a veces hasta las tres de la madrugada, y suelo dormir hasta tarde. Las sirvientas se ocupan de los departamentos.

—Tiene usted aquí un sitio de veras magnífico.

—Gracias.

—¿De cuántos departamentos dispone?

—De cincuenta y dos.

—Es mucho —dijo Mason—. Dirigirlo todo debe representar una buena tarea.

—Desde luego, lo es.

—Supongo que no le deben faltar problemas.

—Puede estar seguro.

—¿Qué dijo míster Stanton cuando llamó usted a su habitación y le comunicó que estaba molestando a su vecino?

—Dijo que estaba teniendo una conferencia y que precisamente estaban terminando. Creo que esto también era cierto. Miré desde la puerta y vi que había un coche aparcado frente a su departamento. Se marchó pocos minutos después.

—¿No sabe usted qué clase de coche?

—No, se trataba de un coche corriente. Una de estas marcas populares. No sabría decir cuál de ellas. No sé gran cosa de modelos de coches. Mi marido echa un vistazo a un coche y puede decirle el año, la marca y el modelo en el acto. Yo no sé hacerlo.

—¿No pidió Stanton alguna conferencia telefónica? —preguntó Mason.

—No sabría decírselo. Mire, no podemos controlar muy bien estas cosas desde las habitaciones. Cuando la gente quiere pedir conferencias, preferimos que vayan a las cabinas del vestíbulo. Tenemos allí dos cabinas telefónicas con teléfonos de pago... Desde luego, *podemos* pedir conferencias a larga distancia y pasarlas a las habitaciones para que puedan hablar desde allí. A veces lo hacemos cuando conocemos a los clientes, pero con los extraños procuramos evitarlo.

—¿Y míster Stanton no solicitó ninguna conferencia?

—Mientras yo estaba aquí no, y estoy segura de que no pidió ninguna, porque no figuraba en la factura.

—Pero pudo haber ido a las cabinas del vestíbulo y llamar desde allí.

—Oh, desde luego.

—Lo cual habría pasado inadvertido, ¿no es así?

—Sí, claro está que sí.

—Bien —dijo Mason—, creo que voy a efectuar una llamada yo.

Sonreía alegremente cuando entró en la cabina telefónica, echó la moneda, y pidió comunicación con la oficina del *sheriff*. Cuando tuvo la comunicación, insistió en hablar con la persona de mayor cargo, y cuando tuvo al *sub sheriff* al habla, dijo:

—Soy Perry Mason, abogado. He llegado aquí para consultar con mi cliente, mistress Edward Davenport. La tienen ustedes bajo arresto. Deseo hablar con ella.

—¿Usted..., usted... es Perry Mason?

—Efectivamente.

La voz se suavizó de pronto.

—¿Y dónde se encuentra usted ahora, míster Mason?

—Estoy en el Welchburg Motel —dijo Mason— y me dispongo a tomar un taxi para venir a su despacho. Quiero hablar con mi cliente.

—Pues bien, míster Mason, no necesita usted molestarse —dijo la voz—. Aquí tratamos de ser hospitalarios y nos ocuparemos de sus medios de transporte. Quédese donde está y dentro de cinco minutos dispondrá usted de un coche.

—¿Dentro de cinco minutos?

—Quizá menos —le dijo la voz—. Un instante, por favor, voy a ver lo que puedo hacer. No cuelgue.

Hubo unos treinta segundos de silencio y después volvió a oírse la voz.

—Le mandamos un coche, míster Mason. Le hemos estado buscando.

—¿De veras? —dijo Mason.

—Sí. ¿Fue usted a la casa de míster Davenport en Paradise, no es cierto?

—No.

—¿No fue usted? —preguntó incrédulamente la voz.

—No —dijo Mason—. Yo fui a casa de mistress Davenport, y en caso de que estén ustedes interesados en descubrir el paradero del contenido del sobre, sugiero que interroguen a Mabel Norge, la secretaria de míster Davenport. Incidentalmente, si están ustedes

interesados en saber algo más, míster Davenport pasó aquí la noche anterior a su muerte, en el Welchburg Motel. Estaba registrado con el nombre de Frank L. Stanton.

—¿Está usted seguro? —preguntó el policía.

—La descripción coincide, así como también el número de matrícula del coche.

—¿Por qué nos está facilitando esta información? —preguntó el policía.

—¡Cielos santo! —exclamó sorprendido Mason—. ¿Por qué no tenía que hacerlo?

—Sí, claro. Creímos que podía tenerle a usted sin cuidado el qué nosotros no dispusiéramos de esta información.

—¿Cómo se les pudo ocurrir esta idea? Hay un coche, provisto de una luz roja que se está dirigiendo hacia aquí. Supongo que es mi medio de transporte. Lo han mandado muy aprisa.

—Procuramos trabajar aprisa, míster Mason —dijo el *sub sheriff*—. Ocurrió precisamente que teníamos un coche con radio por estas inmediaciones, y casualmente estaban llevando a cabo una investigación de los distintos moteles, tratando de descubrir dónde había pernoctado míster Davenport.

—Bien, me alegra haberles podido evitar esta tarea —dijo Mason colgando el teléfono, mientras dos corpulentos delegados del *sheriff* hacían su aparición en el vestíbulo.

Capítulo 8

El coche de la policía se detuvo junto a la acera y mientras Mason era escoltado hacia el edificio, un hombre alto con una sonrisa de buen humor, se adelantó y le tendió su mano.

—¿Perry Mason?

—El mismo —respondió Mason, estrechando la mano.

—Soy Talbert Vandling —dijo el hombre—. Soy el fiscal de distrito en Fresno. Tengo la impresión de que voy a ocuparme de un caso de asesinato, con usted al otro lado.

Mason estudió al hombre. La firme mirada, la natural y tranquila afabilidad que emanaba su persona.

—Creo —dijo— que puede usted resultar un peligroso antagonista.

—Trataré de serlo —respondióle Vandling—. ¿Qué es toda esta historia de que usted abrió una carta en Butte County?

—¿Se supone que yo abrí esta carta? —preguntó Mason.

—El fiscal de allí cree que usted lo hizo.

—¿Constituyó un crimen?

—Bien —dijo Vandling—, ello depende de cómo se mire.

Mason le sonrió.

—Supongo que no les faltarán a ustedes quebraderos de cabeza en su propio distrito.

—Puede usted estar seguro.

—Creo entonces que no necesita usted hacerse cargo de los problemas de Butte County, para conservarse confortablemente atareado.

Vandling echó hacia atrás la cabeza y se rió a carcajadas.

—Creo que tienen detenida aquí a mistress Davenport. Es mi cliente. Desearía hablar con ella y ponerla al corriente de sus derechos.

La sonrisa desapareció del rostro de Vandling.

—Hay algunas cosas en este caso que no acierto a comprender, Mason. Pero yo no deseo procesar a nadie que no sea culpable. Según lo que ella ha contado, no sabe nada del crimen. En otras palabras, es inocente.

Mason asintió.

—Desgraciadamente —dijo Vandling—, existen algunas circunstancias que me impiden por completo aceptar su relato en todo su valor.

—¿Y el cadáver que se descolgó por la ventana? —preguntó Mason.

—Es una de las cosas que iba a decir —dijo Vandling—. Voy a poner mis cartas sobre la mesa y me agradecería que usted pusiera también las suyas.

—Bueno —dijo Mason—, no lo hagamos en seguida. Usted coloca una de sus cartas y yo veré si puedo igualarle.

—Perfectamente —dijo Vandling—. La policía cometió un error en su investigación. Le cuento esto con absoluto franqueza.

—¿Cómo fue?

—El hombre que vio a la persona, aparentemente en pijama, que saltaba por la ventana y huía en coche, se ha escurrido de entre sus manos.

—¿Cómo ha podido suceder?

—Dio una dirección falsa y un nombre presumiblemente falso a los agentes.

—¿Y los agentes se dejaron engañar?

—Hágase usted cargo —dijo Vandling—. Estaba registrado en aquel motel. No se hallaba solo. La pareja estaba registrada como marido y mujer. Contó a los policías haber visto a la figura en pijama saltar por la ventana y marcharse en un automóvil. Los agentes le pidieron su nombre y dirección. Les dio el mismo nombre y la misma dirección que figuraban en el registro. Los agentes lo comprobaron. Descubrieron que estaba inscrito desde la noche anterior con el mismo nombre, y quedaron satisfechos. No pidieron ver su carnet de conducción. No comprobaron la matrícula de su automóvil. No exigieron ninguna identificación. La única razón por la que se mostraron tan descuidados, fue que en aquellos momentos estaban seguros de que no existía ningún cadáver, y creían que un

hombre que había sido encerrado, trataba de escapar de su poco atractiva esposa.

La expresión de Mason se endureció.

—Prosiga —dijo.

—Es evidente que aquel hombre empezó a darle vueltas al asunto en su cabeza. Comprendió que si iba a ser llamado como testigo, su identidad real, y quizá la de su acompañante, quedarían al descubierto. Por lo tanto, se largó de allí en seguida.

—¿Y la policía no sabe quién es?

—No tiene ni la menor idea. Tienen el nombre que les dio, pero estoy completamente seguro de que no es su verdadero nombre. La dirección es falsa, y la matrícula del coche que inscribió en el registro del motel, también era falsa.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos buscado al propietario del automóvil que está registrado con esta matrícula. Vive en el sur del estado, está casado, tiene familia, y no hay dudas de que no se trata del hombre que buscamos. Además, ni él ni su automóvil han salido de su casa durante las últimas cuarenta y ocho horas. No ha prestado su coche a nadie, y resulta imposible que se encontrara en esta parte del estado.

—El hombre del motel se ha convertido en el testigo más valioso de la defensa —dijo Mason.

Vandling asintió.

—Si se hubiera tratado de un testigo cuya declaración hubiera sido de valor para la acusación —dijo Mason—, no creo que se hubiera escabullido de las garras de la policía.

—Bueno, hay ciertas insinuaciones en lo que usted dice y en la manera como lo dice, que no me gustan —dijo Vandling.

—Hay cierta insinuación en lo que ha sucedido que no me gusta a mí.

La contagiosa sonrisa de Vandling volvió a aparecer en su rostro.

—¿Va usted a resultar duro de pelar? —preguntó.

Los labios de Mason le sonrieron, pero su mirada permanecía fría y dura.

—Sí —contestó.

—Ya me lo suponía —dijole Vandling—. Desde luego, Mason, pongamos esto en claro. Si el hombre hubiera sido un testigo de la

acusación, su declaración habría indicado que se había cometido un asesinato. ¿Cierto?

—Supongo que sí.

—Por lo tanto, la policía habría sabido que estaba trabajando en un caso de asesinato y que les armaría un jaleo de mil diablos si el testigo se les escapaba de entre sus manos, y naturalmente, habrían adoptado medidas para comprobar su identidad y asegurarse de que disponían de medios para localizarle como testigo.

»Pero tal como ocurrieron las cosas, el relato de este hombre indicaba que no se había cometido ningún asesinato. Por lo tanto, los agentes no adoptaron las precauciones que hubieran adoptado de tratarse del caso contrario..., o por lo menos así lo espero. Fue un desliz en la investigación, y yo lo lamento. De ningún modo me deja tranquilo.

—Se trataba de un testigo importante —dijo Mason—. La policía tenía que procurar que se le pudiera localizar.

—Estoy de acuerdo con usted. Mucho me temo —dijo Vandling— que esto nos pone a usted y a mí en una situación en la que existe un conflicto de intereses. Del modo que ahora se presentan las cosas, voy a tener que extender una acusación de asesinato contra Myrna Davenport. Voy a tener que procesarla por esta acusación. Naturalmente no desearía hacerlo, si es cierto que Ed Davenport saltó por la ventana de aquel motel.

»Sin embargo, incluso si encontráramos a aquel testigo, todo lo que él podría atestiguar sería que vio una figura de persona, que él cree pertenecía al sexo masculino, vestida con un pijama, saltando por la ventana, que advirtió que el hombre iba descalzo, que subió a un coche y se marchó de allí. La figura coincide con la descripción general de Ed Davenport.

—¿Han encontrado el cuerpo? —preguntó Mason.

—Hemos encontrado el cuerpo.

—¿Alguna duda sobre si se trata del cuerpo de Ed Davenport?

—Absolutamente ninguna.

—¿Cómo se hallaba vestido el cuerpo? —preguntó Mason.

—Con pijama. Estaba descalzo y había sido enterrado en una tumba que había sido excavada dos o tres días antes.

—¿Quiere usted decir que estaba enterrado en un hoyo que había estado allí durante algún tiempo?

—Bueno, esta es su manera de presentar la cosa —dijo Vandling—. En lo que a mí concierne, era una tumba que había sido excavada con varios días de anticipación, y excavada con el específico propósito de recibir el cuerpo de Davenport.

—¿Y cómo murió? —preguntó Mason.

—No estamos del todo seguros —dijo Vandling—, pero nuestra más firme suposición es que se empleó veneno.

—¿Arsénico?

—Cianuro de potasio. Todavía no hemos efectuado la autopsia.

—Entonces, la muerte debió haber sido casi instantánea.

Vandling asintió.

—¿Los dulces? —preguntó Mason.

—Los dulces de su maletín estaban rellenos de arsénico y cianuro potásico. En la mayor parte de ellos había arsénico. Algunos contenían cianuro potásico. Era un buen trabajo de envenenamiento. Se había extraído parte del líquido de los bombones, evidentemente con una aguja hipodérmica, y se había introducido el líquido que contenía el veneno.

—¿Por qué diablos pudo alguien haber usado dos clases de veneno? —preguntó Mason.

—Me gustaría conocer también la respuesta —dijo Vandling.

—Particularmente —dijo Mason—, un veneno de acción lenta y otro que produce sus efectos casi instantáneamente.

—Es una cuestión digna de tenerse en cuenta —admitió Vandling—. En realidad, hay cuestiones en este caso a las que yo no sé qué contestar. No me gusta enjuiciar una causa a menos que sepa que se trata de una causa. Si yo le pido a un jurado que dicte la pena de muerte contra esta mujer, quiero estar seguro de que es culpable de un asesinato a sangre fría, premeditado y de primer grado.

Mason asintió.

—He leído mucho acerca de usted —prosiguió Vandling—. Es usted un luchador tenaz y lleno de recursos. Cree usted en los efectos dramáticos. No me gusta mucho enfrentarme con usted en una causa de la que estoy seguro que no se trata de nada sencillo.

—¿Y por lo tanto? —preguntó Mason.

La amistosa sonrisa de Vandling hizo de nuevo su aparición.

—Y por lo tanto —dijo— esto es todo lo que puedo decirle por *el*

momento.

—¿Y qué es?

—Lo repetiré. No me gusta pedir la última pena en una causa a menos de estar seguro de que se trate de asesinato alevoso, deliberado y premeditado; hay algunas cosas en este caso que hasta el momento no puedo explicarme. No creo hallarme en posesión de la explicación de ellas. Hay un testigo de la defensa que se ha escabullido de entre los dedos de la policía.

»Tengo una reputación que conservar como acusador. Usted es pura dinamita. Es usted terriblemente peligroso. Si existen algunos hechos en una causa que la acusación no es capaz de explicar, va usted a dramatizar de una manera u otra estos hechos, hasta hacerlos aparecer como los más importantes factores de todo el caso.

—¿Y por lo tanto? —preguntó Mason.

—Esto es todo lo que puedo decir *por el momento*.

—Bueno, intentemos pensar un poco en lo que sucederá.

—No soy un adivino ni un profeta.

—Exploremos algunas posibilidades de lo que *puede* suceder.

—Si lo somete usted a este punto de vista —dijo Vandling—, un acusador descubre casi siempre que cuando posee pruebas suficientes para probar la culpabilidad de una persona, todavía existen algunos elementos en el caso con los que no puede contar. Cuando ello sucede, algunas veces continúa su camino y a toda costa consigue un fallo de culpabilidad. Otras veces se ofrece llegar a un arreglo.

—¿Qué clase de arreglo?

—Oh, puede ser de muy distintas clases. A veces se compromete a no pedir la pena de muerte si el acusado se declara culpable. A veces permite que el acusado se declare culpable de asesinato en segundo grado. A veces, en casos extremos, si la defensa puede efectuar una buena exhibición, está dispuesto a admitir un alegato de homicidio.

—Pero, ¿y en este caso en particular? —preguntó Mason.

—En este caso en particular —dijo Vandling—, no estoy en condiciones de añadir nada más, *por el momento*.

—Bien, supongo que nos hemos comprendido el uno al otro —dijole Mason.

—Y supongo que debe usted desear ver a la acusada.

Mason asintió.

—He venido personalmente aquí —dijo Vandling—, porque deseaba encontrarme con usted, y porque quería darle la seguridad de que no se le va a poner el más mínimo reparo en que vea a la acusada. En este distrito no hacemos gran uso de la cuestión del tercer grado. No tratamos de mantener a un acusado separado de su asesor. Hallará usted a mistress Davenport esperándole en una salita de consultas, y doy a usted mi palabra de que en tal habitación no hay ninguna clase de trucos. Nada de micrófonos. Lo que tengan que decirse mutuamente, será privado y confidencial. Si mistress Davenport desea hablar conmigo, de vez en cuando le haré algunas preguntas. Si no quiere contestarlas está en su derecho. Es usted su abogado y en este distrito va usted a gozar de toda la cortesía profesional, y vamos a respetar los derechos de la acusada con tanto celo como pudiera hacerlo usted mismo.

—Muchas gracias —dijo Mason.

—Y si las pruebas —continuó Vandling— indican que ella envenenó deliberadamente a su marido, voy a solicitar la pena de muerte.

Mason asintió.

—Y si aquí resulta absuelta —dijo Vandling— el fiscal de distrito de Los Angeles la reclama para que responda del asesinato con veneno de miss Hortense Paxton.

Mason asintió de nuevo.

—Pensé que le gustaría saber todo esto —dijo Vandling—, particularmente en el caso de que usted decidiera que la demandada pleiteara como culpable. En el momento actual, ante el hecho de que un importante testigo de la defensa parece haber burlado a la policía, si deseara usted comparecer ante el tribunal, hacer hincapié en este hecho y hacer que su cliente pleiteara como culpable, yo aconsejaría indudablemente al tribunal que, dadas las circunstancias, la acusación se contentara con pedir cadena perpetua y no la pena capital.

—Y entonces se la llevarían a Los Angeles para juzgarla por el asesinato de Hortense Paxton —dijo Mason—, y cuando se pusiera de pie para negar su culpabilidad, el fiscal de distrito la sometería a la repregunta, y a modo de imputación diría: «¿No es cierto que ha

sido usted convicta de felonía?», a lo que ella tendría que contestar afirmativamente. Entonces diría: «¿No es cierto que ha sido usted convicta de haber envenenado a su esposo en el distrito de Fresno?», y tendría que contestar que sí. Y entonces, el jurado de Los Angeles, dictaminaría que se trataba de una envenenadora habitual, y cerraría sus oídos a todas las pruebas que hubiera en su favor, determinaría que era culpable de envenenar a Hortense Paxton y la condenaría a muerte.

Vandling se llevó la mano a la cara, y frotó su mandíbula con los dedos, asintiendo después lentamente.

—Sí —dijo por último—. Veo que también usted tiene sus problemas, Consejero.

—Por lo tanto —dijo Mason—, iré a hablar con mi cliente. Gracias por poner las cartas sobre la mesa. Me voy haciendo a la idea de que será bastante duro defender una causa, con usted del otro lado.

Los dedos de Vandling se cerraron sobre la mano de Mason.

—Voy a hacer todo lo posible por mostrarme duro —dijo—. ¿Qué hay en lo sucedido en Paradise? ¿Sobre la carta conteniendo hojas de papel en blanco y con el sobre abierto por medio del vapor? ¿Quiere usted hacer alguna declaración sobre todo esto?

Mason movió la cabeza negativamente.

—No pensé que lo hiciera —dijo Vandling—. El fiscal de allí me dijo por teléfono que le había hallado a usted locuaz pero evasivo. Dijo que era usted capaz de hablar por los codos, pero sin decir nada.

—La táctica de un hombre —dijo Mason— varía según la gente, y según las diferentes circunstancias. Creo que resultaría bastante difícil mostrarse locuaz y evasivo con usted.

—Intentaría que fuera así —dijo Vandling—. Bien, vaya y vea a su cliente, Mason, y cualquier cosa que podamos hacer nosotros para que se sienta usted confortable, no tiene más que decirlo. Yo soy Rotario. Me gustaría llevarle al club y presentarle. Si le gusta jugar al golf, podemos anotarle y...

—Gracias —dijo Mason—. Temo que voy a estar muy ocupado.

—Puede estar seguro de que yo *intentaré* tenerle ocupado —respondió Vandling—. Buena suerte. Creo que va a necesitarla. Quizás la necesitemos los dos.

Capítulo 9

Mason halló a mistress Davenport esperándole en una habitación pequeña, con aspecto de oficina, que contenía unas cómodas sillas y una mesita. Aparte de la peculiar atmósfera algo rancia, impregnada del olor dulzón a desinfectante, no había nada que pudiera indicar la proximidad de la cárcel.

Myrna Davenport dirigió una rápida mirada a Mason, después se adelantó hacia él y le estrechó la mano. Parecía como si los dedos se adhirieran a la mano del abogado, como si quisieran extraer fuerzas de ella.

—Me alegra tanto el que haya venido —dijo ella, con su característica voz baja y monótona—. Me dijeron que estaba aquí. El fiscal de distrito es muy amable.

—¿Ha hablado usted con él?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Todo lo que sé de lo sucedido.

—¿Ha firmado usted algo?

—No.

—A partir de este momento, no hable más —dijo Mason—. Deje que lo hagan los demás.

—¿Qué diré si me hacen preguntas?

—Que deben hacérmelas a mí. Diga que ya cuido yo de contestar a todas.

—Pero, míster Mason..., me gustaría aclarar este asunto. Me gustaría...

—Es evidente que le gustaría aclararlo todo —dijo Mason—. ¿Y a quién no? Pero cuando hubiera aclarado esto, la volverían a llevar a Los Angeles y la juzgarían por el asesinato de Hortense Paxton.

—¿Acaso no lo harán de todos modos? ¿Acaso no...?

Mason movió la cabeza.

—Cada estado está esperando que el otro le dé el primer empujón a usted. Si se la declara a usted convicta de algo en cualquiera de los dos estados, obtendrá usted la pena de muerte en el otro. Seamos francos. Pongamos las cartas boca arriba y enfrentémonos con los hechos.

Myrna Davenport se sentó de pronto en una de las sillas como si sus piernas hubieran perdido toda su fuerza.

—¿Es muy dolorosa? —preguntó.

—¿El qué? —preguntó Mason.

—La muerte en la cámara de gas.

Mason la contempló fijamente.

—Dicen que es completamente indolora. Se aspira una bocanada y se deja de existir en una décima de segundo.

—Bueno —dijo ella—, es un consuelo. Me dijeron que se asfixiaban y ahogaban y tosían y sufrían.

—¿Quién se lo dijo?

—Alguien de aquí.

—¿Uno de los agentes?

—No. Un preso.

—¿Mujer?

—Sí.

—Apártese de ella. No hable con nadie. No haga ninguna amistad. Esté alerta. Déjelo todo en mis manos —dijo Mason.

—¿Va a continuar representándome? —preguntó ella.

Mason asintió.

—Tenía miedo de que..., miedo de que se retractara usted.

—Yo no me retracto —le contestó Mason—. Incluso si es usted culpable, tiene usted derecho a un proceso conforme a la ley. Tiene usted opción a todos sus derechos bajo la ley. Mi trabajo consiste en que goce usted de ellos.

—Gracias.

—¿Es usted culpable?

—No.

—¿De envenenar a Hortense Paxton?

—No.

—¿De envenenar a su esposo?

—No.

—Tiene usted que explicar unas cuantas cosas —dijo Mason con gesto de cansancio, acercando una silla y sentándose ante ella.

—Lo sé.

Mason la observó atentamente.

—Su amiga Sara Ansel, se ha puesto en contra suya.

—Ya vuelve a estar a favor mío.

—¿Cómo lo sabe?

—Telefoneó.

—¿Permitieron que hablase usted por teléfono?

—Con ella, sí.

—Estarían escuchando la conversación —dijo Mason malhumoradamente—. ¿Qué dijo ella? ¿Nada?

—Sólo que había dudado de mí, y se había puesto contra mí y había contado a la policía todo lo que sabía, y una serie de cosas que ignoraba, y que después empezó a reflexionar sobre todo ello y que se sentía profundamente avergonzada de sí misma.

—Contó a la policía que la había visto a usted cavando un hoyo y escondiendo venenos en él.

Myrna Davenport alzó los ojos hacia Mason. Por un momento se vio en ellos un destello de pánico.

—¿Contó esto a la policía?

Mason asintió.

Myrna colocó las manos en su regazo, las contempló un rato, y dijo:

—Desde luego, tenía todos los motivos para dudar de mí.

—¿Preparaba usted las maletas de su marido, cuando este se iba de viaje?

—Oh, sí.

—¿Se llevaba dulces?

—Siempre.

—¿Compraba usted los dulces?

—Sí.

—Los bombones que había en su maleta estaban envenenados.

—Ya lo sé. Me lo dijeron.

—¿No los envenenó usted?

—No.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Vivía usted en la casa de Paradise?

—Sí.

—¿Y cuando su tío, William Delano, se puso enfermo, se fue usted a vivir con él?

—Sí.

—¿Y qué hizo su esposo?

—La mayor parte del tiempo, se quedó en Paradise, pero venía a visitarnos.

—¿No le gustaba a su esposo la idea de que usted se trasladase a Los Angeles?

—No.

—¿Por qué?

—Decía que me metía en un trabajo muy penoso y que me convertiría en una especie de niñera, y que cuando tío William muriera no vería ni un céntimo de la herencia.

—¿Por qué decía esto?

—Creía que quedaba todo para Hortense. Incluso cuando ésta murió. Él no quería que yo estuviese aquí. No le gustaba tía Sara. Por alguna razón, Ed pensaba que tía Sara se las arreglaría de un modo u otro para quedarse con la mayor parte de la fortuna.

—Si se declara a usted convicta de asesinar a Hortense Paxton, aún se puede quedar con ella —dijo Mason—. Esta es una peculiar cuestión legal que viene implicada.

—Yo no maté a Hortense. Yo la quería.

—¿Su esposo no se trasladó nunca a la casa de Los Angeles?

—No, hasta que murió tío William. Después, sí. Pero desde luego, conservó muchas cosas en Paradise. Lo convirtió en su oficina. Resultaba más fácil dirigir sus operaciones mineras desde allí.

—Usted preparaba sus maletas —dijo Mason—. ¿Recuerda usted si las preparó cuando salió para Paradise por última vez?

—Sí.

—¿Qué le preparó usted?

—No mucha ropa, pues tenía la mayor parte de sus trajes en Paradise. Le puse algunas camisas, calcetines, pijama...

—¿Recuerda usted el pijama?

—Sí.

—¿Cómo era?

—Blanco, con dibujos rojos.

—¿Qué clase de dibujo?

—Algo parecido a una flor de lis.

—¿Ha visto usted el pijama que llevaba cuando fue descubierto su cuerpo?

—No.

—¿No se lo han enseñado?

—No.

—¿No le han pedido que viera el cuerpo?

—No.

—Probablemente lo harán —dijo Mason—. Debe usted reunir ánimos para aguantar la impresión.

—Sí, ya lo sé.

—¿Cree que podrá resistirlo?

—Sí, desde luego.

—¿Por qué dice *desde luego*?

—No soy muy emotiva.

—Ya veo que no —exclamó Mason enojado—. Parece no darse cuenta del lío en que se halla metida.

—Me doy cuenta.

—Cuando usted preparó la maleta de su marido la última vez que él salió de viaje, ¿metió usted una caja de bombones en ella?

—Sí.

—¿De dónde sacó estos bombones?

—Los compré en una dulcería. Compré dos cajas. Metí una de ellas, y la otra caja la dejé en un cajón del escritorio.

—¿Abrió usted una de estas cajas de bombones?

—No.

—¿Está usted segura?

—Claro está que sí.

—¿No alteró siquiera el envoltorio?

—No. Estaba igual que cuando salió de la tienda, exceptuando el papel de envolver. La caja estaba envuelta en celofán. No toqué para nada el celofán.

—¿Está usted, pues, segura de que no pueden hallar ninguna de sus huellas dactilares en ninguno de estos bombones?

—Desde luego que no.

—Alguien abrió la caja y llenó los bombones con veneno; dos

clases distintas de veneno.

—Así me lo dijeron.

—¿No fue usted?

—No, claro está que no.

—El manejo del chocolate es un asunto muy delicado. Resulta una materia muy apropiada para dejar marcada huellas dactilares.

—Ello me alegra. No serán mías.

—¿Puedo contar con ello?

—Con toda seguridad. Lo prometo..., le doy mi palabra.

—¿Cuántas maletas llevaba su marido, al marcharse?

—Una maleta.

—¿De qué clase?

—Una maleta grande, corriente.

—Espere un momento —dijo Mason—. El compró un maletín en alguna parte, antes de llegar a Fresno.

—No sé por qué tenía que hacerlo.

—Y llevaba consigo dos maletas.

—No sé de dónde saldría la otra. Quiero decir por que razón la llevaría consigo. Tenía la mayor parte de sus cosas en Paradise. Cuando se marchaba de allí, sólo llevaba lo necesario para estancias cortas.

—¿Dejó él alguna maleta en Paradise, cuando usted se trasladó?

—No lo creo. Nos llevamos una serie de cosas en maletas, y las dejamos en Los Angeles. Las maletas se quedaron allí.

—¿Cuántas había?

—Cuatro o cinco.

—¿No sabe usted nada de las dos maletas que llevaba su esposo?

—No.

—¿No sabe usted que ha sido de ellas?

—No.

—¿Sabía usted que él llevaba muestras de mineral en las maletas?

—No. Supongo que ello es posible.

—¿Sabe si tenía intención de ver a alguien durante el viaje?

—No. Me dijo que estaba en tratos para vender una mina. Si se realizaba la operación, iba a hacer un buen negocio.

—¿Le dio algún detalle más acerca de este asunto?

—No.

—¿No habló con usted por teléfono desde Paradise, y le dio alguna información?

—No.

—¿Quiere usted decir que no llamó en absoluto, desde Paradise?

—Una vez. Fue el domingo. Dijo que salía de allí, que llegaría el martes por la noche..., ayer...

—¿Fue ésta la única vez que llamó?

—Sí.

—¿En cuánto tiempo?

—Una semana o diez días.

—¿Por qué no la llamó alguna otra vez?

—No lo sé. Creo que a causa de tía Sara.

—¿Qué pasaba con ella?

—El creía que ella acostumbraba a escuchar por el teléfono. El solía llamar con más frecuencia. Después dijo que alguien estaba escuchando y desde entonces, no llamó más que rara vez. Cuando lo hacía se mostraba muy breve y seco. Tía Sara no le gustaba.

—¿Y a ella no le gustaba él?

—No.

—¿Sabe usted algo de los negocios de su marido?

—Muy poco.

—¿Iba a encontrarse con alguien y a cerrar una transacción minera?

—Esto fue lo que él dijo.

—¿Dónde?

—Supuse que en algún sitio cerca de aquí..., Fresno o Modesto, o algún lugar parecido.

—¿No conoce usted a nadie con quien él quisiera reunirse en San Bernardino?

—No. Él no iba a San Bernardino.

—¿Cómo lo sabe?

—Venía directamente hacia casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Él lo dijo así.

—¿Cuándo?

—Cuando telefoneó.

—¿La primera vez que telefoneó?

—Sólo telefoneó una vez.

—¿Se refiere usted a este último viaje?

—Sí.

—¿Puede usted describir la maleta que usted le preparó? ¿Qué aspecto tenía?

—Era de cuero marrón oscuro, de tacto áspero. Llevaba marcadas en oro sus iniciales.

Mason apartó su silla.

—¿Adónde va usted?

—Afuera, a dar unas cuantas vueltas —dijo Mason—. Puedo enterarme de más cosas fuera que aquí, hablando con usted. No me dice usted nada.

—Porque yo no sé nada.

—Esperemos que pueda convencer de ello al jurado —dijole Mason.

Capítulo 10

Mason tomó uno de los últimos trenes para Los Angeles y entró en su despacho a las once menos diez, encontrando a Della Street que estudiaba una carta con expresión perpleja.

—¿Qué hay? —preguntó Mason.

—Caramba, jefe, no te oí entrar. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Perfectamente. El fiscal de Fresno parece un buen muchacho, pero va a obligarnos a emplearnos a fondo. ¿Cuál es la causa de esta expresión en tu cara, Della?

—¿Se me nota?

—Desde luego —dijo Mason, dirigiéndose hacia ella para coger la carta que ella le tendía—. ¿Qué es esto?

—Es del detective de Bakersfield. Acababa de leerla por encima.

—¿Qué quiere?

—Dinero.

Mason cogió la carta y leyó:

Apreciado míster Mason:

Le escribo con mi máquina portátil desde San Bernardino. Acabo de enterarme por la radio de que Edward Davenport, de Paradise, ha muerto, que su mujer está acusada de su asesinato y de que usted la defiende. Presumo que también usted cuidará de los asuntos de la herencia. Yo trabajaba para Ed Davenport, siguiendo sus instrucciones, cuando me he enterado de su muerte.

No me hallo en situación de esperar que la herencia sea otorgada, antes de percibir mis honorarios, y ya que míster Davenport indicó que el trabajo que yo estaba realizando era de considerable importancia para él, es posible que usted como abogado que se ocupa de la herencia y de mistress Davenport,

sepa algo de él.

Ya que ha fallecido y yo no obtengo ninguna ganancia con mi lealtad hacia él, y si el informe que adjunto tiene valor para usted y la viuda, les ruego recuerden que puedo prestar cualquier servicio dentro de mi profesión en todo lo que pueda servirle.

Considero que mi cooperación me autoriza a esperar un pronto envío de fondos por su parte, y espero que el adjunto informe le resulte útil.

Adjunto incluyo una factura por el importe de \$225, correspondiente a mis honorarios y gastos referentes a mis trabajos encargados por míster Davenport, para vigilar el departamento número trece del Pacific Palisades Motel Court, en San Bernardino.

Para su información, le diré que ya había tenido tratos con míster Davenport, quien me encargó otro asunto comercial hace dos años, relativo a una operación minera. Desde entonces no le he visto, pero supongo que había archivado mi nombre con el fin de emplear mis servicios en alguna otra oportunidad que pudiera presentársele.

*Me alegrará poder serle de utilidad en cualquier otra ocasión.
Muy atentamente suyo,*

*SERVICIO DE DETECTIVES BECKEMEYER
Jason L. Beckemeyer*

—Bien —dijo Mason—, parece que aclaramos una fase del misterio sólo para caer en un nuevo misterio. ¿Por qué demonios desearía Davenport que un detective vigilara la unidad trece, en ese motel de San Bernardino?

—¿Por qué lo hicimos nosotros? —preguntó Della Street.

—Nosotros lo hicimos a causa de aquella llamada telefónica, que, incidentalmente, debió recibirse algún tiempo después de la muerte de Davenport. Echemos un vistazo al informe del detective.

Ella le tendió la hoja mecanografiada.

Siguiendo las instrucciones recibidas por teléfono a las nueve quince aproximadamente de la noche del día once, de Edward Davenport, quien llamó desde Fresno, California, se identificó y dio órdenes para el trabajo a efectuar, me dirigí en coche a San

Bernardino, en la tarde del día doce, para vigilar la unidad número trece del Pacific Palisades Motel Court.

Llegué a San Bernardino a la una de la madrugada aproximadamente del día trece. El Pacific Palisades Motel Court ostentaba una señal anunciando que no había plazas. Aparqué mi automóvil de tal forma que podía vigilar la entrada de la unidad número trece, y seguí vigilando hasta las diez y media aproximadamente de la mañana, durante cuyo tiempo me ocupé personalmente del trabajo, para tener la certeza absoluta de que cualquiera que entrase o saliese de la unidad trece, se hallaría bajo mi vigilancia.

Aproximadamente a las diez y media de la mañana del trece, observé a una camarera entrando en la unidad con sus llaves, después de haber llamado a la puerta. La camarera llevaba un carrito conteniendo sábanas, toallas, etc., y había estado previamente atareada en el arreglo de las unidades que habían quedado vacantes.

Inmediatamente me apeé del automóvil, acercándome a la unidad trece y llamé a la puerta, que había quedado entreabierta. La camarera contestó a la llamada y me introduje en la unidad, manifestando que deseaba hablar con la camarera que acababa de arreglar la unidad número diez. Considerando que yo había visto a la misma camarera salir de la unidad diez, ya sabía que era ella a quien yo buscaba.

Ella pareció algo alarmada y quiso saber quién era yo. Yo me hice pasar por agente de policía, sin decírselo claramente, y le pedí me describiera en qué condiciones había encontrado la unidad diez, cuántas personas la habían ocupado, si allí había algo que indicase que estas personas habían estado haciendo uso de drogas o estuviesen complicadas en dicho tráfico. La camarera se tragó la historia y habló conmigo con ciertas reservas. Pude durante la conversación echar un vistazo a la unidad trece. No había sido ocupada durante la noche. Por medio de discretas preguntas supe que la unidad había sido reservada la noche anterior por medio de una llamada telefónica, y que su importe había sido remitido por giro telegráfico. La muchacha no sabía el nombre de la persona que había reservado la unidad.

Advirtiéndole a la camarera que bajo ningún pretexto debía

mencionar mi visita a nadie —ni a su jefe, ni a sus compañeras, ni a ningún cliente—, regresé a mi automóvil y continué manteniendo bajo mi vigilancia la unidad trece, hasta las seis en punto de la tarde. No tenía instrucciones sobre lo que debía hacer en caso de que la unidad no fuese ocupada, pues míster Davenport parecía tener la certeza de que ésta sería ocupada en la tarde del doce. Mis instrucciones consistían en vigilar quién se dejaba ver por allí hasta primeras horas de la mañana del trece, pero para mayor seguridad decidí continuar en mi puesto hasta la una de la madrugada. Durante este tiempo quedé convencido de que nadie se había introducido en la habitación. Yo me había provisto de bocadillos, y termos conteniendo café, no teniendo que interrumpir mi vigilancia para comer. Una estación de servicio, convenientemente emplazada, me facilitó el ejercer una vigilancia casi continua sobre la unidad, y durante los breves períodos en que no estuvo bajo mi observación, me aseguré cada vez de que nadie había entrado en el local.

Alrededor de las seis de la tarde del trece, mientras escuchaba las noticias de la radio, me enteré de que Ed Davenport había muerto el día anterior, que su viuda se hallaba bajo sospecha de asesinato, y de que míster Perry Mason era su abogado.

Dadas las circunstancias, y puesto que la unidad estaba desocupada, determiné intentar otra táctica. Me dirigí a la oficina de telégrafos e insistí en que un telegrama que yo había enviado al Pacific Palisades Motel Court, mandando dinero para reservar una unidad, no había sido entregado. La encargada consultó los registros, me preguntó si yo era míster Stanton y yo le aseguré que así sería. La empleada me trajo entonces una copia duplicada, demostrándome que un giro telegráfico remitido por Frank L. Stanton, de Fresno, había sido debidamente librado. Me excusé y marché.

Si puedo ser de posterior utilidad, me hallo a su disposición. Estoy completamente seguro de que la unidad trece quedó desocupada durante la noche del doce al trece. La información obtenida de la camarera tendió a asegurar que si alguien hubiera ocupado la cabina durante la primera parte de la tarde del doce, o de hecho, en cualquier momento después de las cuatro de la tarde, el necesario repuesto de toallas, ropa de cama, etc.,

hubiera esperado hasta la hora de llegada al trabajo de las camareras, a las ocho y media de la mañana siguiente.

BECKEMEYER DETECTIVE SERVICE

Jason L. Beckemeyer.

—Bien —dijo Della Street—, esto corrobora la información de Paul Drake.

Mason asintió y dijo:

—¿Por qué diablos estaría tan ansioso Ed Davenport en descubrir quién ocupaba aquella unidad, y por qué giró fondos para reservar la habitación, encargando después a un detective que viera quién ocupaba el lugar?

—Debía tratarse de alguien a quien deseaba hacer caer en alguna trampa —dijo Della Street—. O de alguien de cuya fidelidad sospechaba.

—Pero ¿quién?

—Parece otro trabajito para Paul Drake.

—Seguro que lo es.

—Míster Beckemeyer parece deseoso de ayudar —dijo ella.

—Extremadamente deseoso —admitió Mason.

—E impaciente por cobrar.

—Se le ve hambriento. Te diré lo que has de hacer, Della. Envíale un cheque. Ello le hará sentirse obligado hacia nosotros.

—¿Menciono algo sobre su oferta de servicios?

—Dile que le llamaremos... más tarde.

—¿Quieres firmar la carta?

—No, hazlo tú. Finge que envías el dinero bajo tu propia responsabilidad. Firma un cheque de la cuenta especial.

Ella asintió.

—¿Algo más en el correo? ¿Nada?

—Nada de importancia.

—Llama a Paul Drake —dijo Mason—. Pídele que venga en seguida, si puede.

Mason se absorbió en la lectura de la correspondencia, hasta que la llamada especial de Drake se oyó en la puerta.

Della Street hizo pasar al detective.

—Echa una ojeada a esto, Paul —dijo Mason, alargándole el informe del Beckemeyer Detective Service.

Paul Drake concedió al asunto ceñuda y cuidadosa consideración.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—A mí que me registren, Perry —dijo Drake.

—Cada vez resulta más importante —dijo Mason— el descubrir si fue realmente Ed Davenport quien giró este dinero al Pacific Palisades Motel Court. ¿Podrás averiguarlo, Paul?

—Dadas las circunstancias, puede resultar algo difícil. Puede haber un poco de jaleo burocrático. En vista del hecho de que Fresno ha decidido entablar una causa criminal contra Myrna Davenport, las autoridades no verán con buenos ojos a nadie que trate de arrancar información relativa a Davenport. ¿Estás completamente seguro de que Frank L. Stanton y Ed Davenport son una sola y única persona?

—No estoy completamente seguro —dijo Mason— pero sí moralmente seguro. La descripción coincide, así como el número de matrícula del automóvil, pero será mejor que tratemos de obtener un registro del hotel y pidamos el informe de un experto en grafología.

—¿Has estado en aquel motel de Fresno?

—Efectivamente. Stanton llegó allí a primera hora de la tarde. Llevaba consigo dos grandes y pesadas maletas. Aparentemente contenían mineral de alguna mina y estaba trabajando en alguna clase de transacción minera. Demostró mucho interés en que las maletas no se movieran de su lado. Las llevó él mismo hasta el motel. También había comprado un maletín nuevo, que desenvolvió en el motel.

—¿Qué se sabe de las maletas?

—Si estaban en su coche o en el motel de Crampton, las autoridades no han dicho ni una palabra sobre el asunto —dijo Mason.

—¿Crees que alguien pudo llevárselas?

—No lo sé. Parece haber algunos indicios de que a Davenport le robaron cuando estaba en Fresno. Si esto resulta cierto, el que lo hizo debió apoderarse de las maletas. Podían contener muestras valiosas de mineral.

—¿Muy valiosas?

—Esta es la cuestión. Incluso el más rico mineral difícilmente

justificaría tanto trabajo.

—A menos que se tratara de plantar mineral subrepticamente en algún sitio, para engañar a alguien.

—Podría ser —dijo Mason—. El fiscal de distrito de Fresno, para que lo sepas, Paul, es un enemigo peligroso y bien armado, que no va a facilitar las cosas. Tengo entendido que conoce su oficio. No creo que desee procesar a Myrna Davenport, si no está convencido de su culpabilidad. La audiencia preliminar se ha fijado para mañana.

—¿Crees que mostrará su juego? —preguntó Drake.

—Sólo lo suficiente como para obligarla a comparecer ante el juez —dijo Mason—. Está trabajando codo a codo con el fiscal de distrito de aquí, y su intención es que mistress Davenport quede convicta allí del asesinato de su marido. Pueden o no pueden obtener la pena de muerte. Tan pronto como termine la causa, la traerán aquí e intentarán lograr la pena de muerte en la causa por la muerte de Hortense Paxton. Va a ser un juego de niños, especialmente si logran probar su culpabilidad en cualquier cosa, de homicidio en adelante, ante el tribunal de Fresno.

—¿Quieres decir que harán ligar las dos causas?

—Pueden tener algunas dificultades en conectar las dos causas —dijo Mason—, incluso bajo las normas liberales permitidas hoy en día para presentar un plan de conjunto. El fiscal de distrito de Fresno puede insistir en la teoría de que el envenenamiento de Hortense Paxton puede haber motivado la muerte de Davenport. Las autoridades de Los Angeles tendrían un trabajo de mil demonios para demostrar que el asesinato de Davenport tiene relación con el caso Paxton.

»Probablemente por esta razón han decidido juzgarla primero en Fresno por el asesinato de su marido. Pero deja que sufra un veredicto de culpabilidad en cualquiera de los dos casos, y en el mismo momento en que suba al estrado para responder del otro, pueden acusarla demostrando que ha sido convicta de un crimen, y haciendo que el jurado se entere de cuál era este crimen.

—Ya lo entiendo —dijo Drake.

—Por consiguiente —continuó Mason—, nos es de vital importancia el conocer los hechos y todos los hechos y si ello es posible, conocerlos antes que nadie.

—Ya es un encargo —dijole Drake—. Las autoridades siguen el camino trillado. Disponen de todos los medios. Disponen de la autoridad. Conocen todos los hilos del asunto.

—Ya lo sé —dijo Mason—, pero tal vez ignoran la importancia de disponer de la información sobre Stanton, y hacer la necesaria y rápida correlación.

»Hay algunos puntos que han quedado definitivamente establecidos. Ed Davenport estaba trabajando en algo, algo de mucha importancia. Su mujer probablemente no sabía nada de ello.

»Tenemos la cuestión del asunto de San Bernardino. Mientras Della y yo estábamos en Paradise el día doce, sonó el teléfono. Era una cabina pública de Bakersfield. Della Street contestó a la llamada. Un hombre dijo inmediatamente: «Pacific Palisades Motel Court en San Bernardino unidad trece», y colgó.

—¿Está fue toda la conversación? —preguntó Drake.

—Palabra por palabra —respondió Mason.

—Bien —dijo Drake—. Esto guarda relación con la idea de que aquel motel debía ser usado para algo de bastante importancia. Pero, ¿por qué Davenport tenía que pagar el alquiler de la unidad, y tenerla después bajo vigilancia? Especialmente, si pretendía ser él quien la ocupara.

—Su esposa está completamente segura de que no pretendía ocuparla él, pues se marchaba de Fresno y quería dirigirse directamente a su casa.

—No puedes confiar en lo que te cuente su esposa —dijo Drake— ella es parte interesada... e incluso puede ser culpable.

—Hubo un hecho significativo en la llamada de Paradise —dijo Mason—. En aquel momento no se me ocurrió. Sabía que había algo raro en ella, pero el significado no se me ofreció hasta más tarde.

—¿Qué era?

—El hombre que habló desde Bakersfield no preguntó si hablaba con Mabel Norge. Tan pronto como Della Street contestó, dio el mensaje. Pero si hubiera sido Ed Davenport el que llamaba, habría conocido que Della Street no era Mabel Norge. O bien habría notado una diferencia en la voz, o bien habría hablado lo bastante para asegurarse. Y desde luego, sabemos ahora que Ed Davenport estaba muerto cuando se hizo la llamada. Además —continuó Mason— si se trataba de alguien que enviaba un mensaje, siguiendo

instrucciones, uno debe pensar que habría adoptado ciertas precauciones para asegurarse de la identidad de la persona con quien hablaba.

—Pero, ¿no lo hizo?

—Eso es, no lo hizo.

—¿Por qué?

—Sólo hay una respuesta —dijo Mason—. No sabía nada de la casa de Paradise. No sabía quién era Mabel Norge. Su voz no significaba nada para él, ni su identidad tampoco. Simplemente, llamó, dejó un mensaje y colgó apresuradamente.

Drake reflexionó un rato, asintiendo después lentamente.

—Y hay otra cosa más —dijo Mason— vamos a investigar los actos de Sara Ansel en toda la línea.

—¡Así me gusta oírte hablar! —aprobó Drake.

—Recuerda —dijole Mason— que tal como ocurrieron las cosas, Sara Ansel sacó substanciosos beneficios de la muerte de Hortense Paxton.

—Bastante indirectamente —dijo Drake—. No podía estar segura de que Delano iba a cambiar entonces su testamento, y recordarla a ella.

—No podía estar segura, según todas las informaciones de que disponemos ahora —dijo Mason—, pero cuando sepamos más del asunto tal vez veamos que tenía razones para saber lo que ocurría.

—Si se entera de que estás investigando sobre ella, va a ponerse pesada —advirtió Drake.

—Lo es de todos modos —contestó Mason—. Procura obtener toda información que puedas, Paul. Pon unos cuantos hombres a trabajar en Fresno, y que no dejen de trabajar. Vamos a juicio mañana por la mañana, para el examen preliminar.

—¿No le dejarás apretar un poquitín los tornillos?

—Yo soy el que va a apretarlos —dijo Mason—, quiero hacer unas cuantas preguntas antes de que el fiscal sepa las respuestas.

—Esperemos que las respuestas no crucifiquen a tu cliente —dijo Drake.

—Por esto —dijole Mason— quiero que te pongas al trabajo en seguida. No quiero hacer las preguntas que podrían desencadenar este tipo de respuestas.

Capítulo 11

Saltaba a la vista que cualesquiera equivocaciones que Talbert Vandling, fiscal de distrito de Fresno, pudiera estar a punto de hacer, la de menospreciar a Perry Mason como adversario no se contaba entre ellas.

Vandling, frío, cortés, sagaz y lleno de cautela, empezó su caso con aquella cuidadosa profundidad que caracteriza a un proceso ante un jurado, más bien que a una audiencia preliminar ante un magistrado.

—Mi primer testigo —dijo—, será George Medford.

George Medford resultó ser un niño de nueve años, con la cara llena de pecas, bastante avergonzado, con ojos saltones y prominentes orejas, pero que dio la impresión de estar diciendo la verdad.

—¿Dónde vives? —preguntó Vandling.

—En Crampton.

—¿Cuánto tiempo hace que vives allí?

—Tres años.

—¿Vives con tu padre y tu madre?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Martin Medford.

—¿En qué trabaja?

—Dirige la estación de servicio.

—¿En Crampton?

—Sí, señor.

—Vamos a ver, George, voy a preguntarte si el día trece fuiste con tu padre a un lugar situado a unas tres millas de Crampton.

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En una pequeña colina con muchos matorrales. Ya sabe, pequeñas encinas y matorrales más bajos. No sé, salvia o algo por el estilo, creo yo. Ya sabe, una clase de matorrales.

—¿Habías estado antes allí?

—Sí, señor.

—¿Cómo ibas hasta allí?

—En bicicleta.

—¿Iba alguien más contigo?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Jimmy Eaton.

—¿Jimmy Eaton es un niño de tu edad?

—Tiene seis meses más que yo.

—¿Y cómo va allí?

—En su bicicleta.

—¿Y por qué ibais allí, George? ¿Qué hacíais allí?

—Oh, pues jugar...

—¿Por qué ibais a jugar allí?

—Era un buen sitio para correr en bicicleta. Hay una carretera allí cerca, en la que apenas pasa ningún coche. Nuestros padres no quieren que vayamos en bicicleta por ninguna de las carreteras importantes, a causa del tránsito, y... bueno, solíamos ir allí. Había una vieja casa en la colina y la gente se había ido de ella o algo por el estilo, y la casa había empezado a derrumbarse y..., bueno, solíamos ir por allí a coger huevos de pájaros y jugar, y hablar, y cosas...

—¿Durante cuánto tiempo habíais estado yendo allí?

—Oh, más o menos durante seis u ocho meses.

—¿Os disteis cuenta de que habían cavado un agujero allí?

—Sí, señor.

—¿Cuándo os disteis cuenta?

—Bueno, la primera vez que lo vimos fue el viernes.

—¿Quieres decir el viernes último, el día nueve? —preguntó Vandling.

—Sí, señor. Creo que sí. El día nueve, sí.

—¿A qué hora fuisteis allí?

—Después del mediodía, a eso de las tres o las cuatro.

—¿Y qué visteis?

—Vimos el agujero.

—¿Puedes describir el agujero?

—Pues..., era un agujero grande.

—¿De qué tamaño, George? Esto es importante. ¿Puedes indicar con las manos su tamaño?

El pequeño separó las manos.

—Indica una distancia de aproximadamente tres pies y medio —dijo Vandling—. ¿Y qué longitud tenía?

—Era lo bastante largo como para que usted se pudiera meter en él, y aún sobraban montones de sitio.

—¿Quieres decir echarme en él, tenderme en él?

—Sí, señor.

—¿Y qué profundidad tenía?

George se levantó y puso su mano casi al nivel del estomago.

—Me llegaba hasta aquí.

—¿Estuviste allí el jueves, día ocho?

—No, señor.

—¿Habías estado allí el miércoles, día siete?

—Sí, señor.

—¿Estaba entonces allí aquel hoyo?

—No, no estaba.

—¿Qué había entonces en el lugar del hoyo?

—Solamente tierra.

—¿Entonces, cuando fuiste allí el viernes, a las cuatro, el hoyo estaba allí?

—Sí, señor.

—¿Estaba terminado el hoyo?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de hoyo era?

—Un buen hoyo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, había sido hecho con una pala, para que quedara bien recto. Los costados eran rectos. Las esquinas estaban bien hechas y bien marcadas. Era un hoyo estupendo.

—¿Qué se había hecho de la tierra que se sacó de aquel hoyo, George?

—La tierra había sido amontonada a su lado.

—¿A qué lado?

—A los dos lados.

—¿Quieres decir en los lados del hoyo, no en sus extremos?

—Sí, señor.

—¿Y cómo era el fondo del hoyo?

—Estaba muy bien hecho e igualado. Era un hoyo estupendo.

—¿Y este hoyo estaba allí el viernes día nueve, por la tarde?

—Sí, señor.

—¿Y no estaba allí el miércoles?

—No, señor.

—¿Estuvisteis vosotros allí el sábado?

—Sí, señor.

—¿Y qué hicisteis?

—Jugamos en el hoyo.

—¿A qué jugasteis?

—Oh, saltamos dentro de él y entonces jugamos a que era un fuerte, y nos tendíamos en él para no ser vistos, y vigilábamos si los pájaros se acercaban, y... bueno, jugábamos...

—¿Estuvisteis allí el domingo?

—No, señor.

—¿Fuisteis allí el martes, día trece?

—¿Quiere usted decir el martes pasado?

—Sí.

—Sí, fuimos allí.

—¿Y qué había sucedido?

—Pues que el hoyo había sido rellenado por completo.

—¿Qué hicisteis, por lo tanto?

—Bueno, yo le dije a mi papá que...

—No importa lo que dijeras a nadie, George. ¿Qué hicisteis?

—Pues, jugar.

—¿Y después?

—Después nos fuimos a casa.

—¿Y volvisteis de nuevo en aquel mismo día?

—Sí, señor.

—¿Mucho tiempo después de haber llegado a casa?

—Aproximadamente una hora después.

—¿Quién te acompañaba?

—Mi papá y Jimmy.

—¿Y tu papá es Martin Medford, el hombre que se halla aquí en

la sala?

—Sí, señor.

—Esto es todo —dijo Vandling.

—No hay preguntas —dijo Mason—, por lo menos en este momento. Debo manifestar, Señoría, que a algunos de estos testigos, la importancia de cuyo testimonio no resulta muy aparente, podría interesarme llamarlos de nuevo para interrogarles, si resulta que su testimonio guarda más tarde relación con factores de interés para la causa de la defensa.

—Estos testigos son todos ellos importantes —dijo Vandling—. Puedo dar plena seguridad de ello al tribunal y a los letrados. Puedo también asegurar a mi colega que la acusación en esta causa, tiene tantos deseos como la defensa de descubrir la verdad del asunto, y no presentaremos ninguna objeción a nuestro colega, si desea llamar a cualquier testigo, para cualquier repregunta, en cualquier momento, siempre y cuando el interrogatorio sea pertinente.

El juez Siler, el magistrado que presidía la audiencia, dijo:

—Perfectamente, consideraremos eso como una especie de estipulación. La defensa tiene derecho a ello.

—Mi próximo testigo será Martin Medford —dijo Vandling.

Martin Medford atestiguó que era el padre de George, que a media tarde del día trece el niño había regresado y le había contado que todo el hoyo había sido llenado de nuevo; que había decidido que debía echarse un vistazo por allí, había cogido una pala y se había dirigido hacia allí en su coche, acompañado por su hijo y Jimmy Eaton; que había hallado la tierra bastante removida en el lugar que le indicaron y que cavó en el agujero; que a una profundidad de aproximadamente dos pies y medio había topado con algo blando, que había apartado la tierra y descubierto que se trataba de la pierna de un hombre; que había dejado inmediatamente de cavar y corrido hacia un teléfono desde donde dio parte el *sheriff*.

—Repregunte —dijo Vandling.

—¿Regresó usted al lugar con el *sheriff*? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y se quedó allí mientras se excavaba el hoyo?

—Sí, señor.

—¿Ayudó usted a excavar?

—Sí, señor.

—¿Qué quedó al descubierto?

—El cuerpo de un hombre.

—¿Cómo estaba vestido?

—En pijama.

—¿Esto fue todo?

—Esto fue todo.

—He terminado —dijo Mason.

El *sheriff* ocupó el estrado, explicó su llegada junto con dos delegados al lugar indicado por Martin Medford. Allí excavaron la tierra, que tenía todas las apariencias de haber sido introducida recientemente en el hoyo, o sea que la tierra aún no se había hecho compacta. Era blanda, aunque se había pasado varias veces por encima de su superficie.

El cuerpo de Edward Davenport había sido hallado, sepultado en el hoyo. El cuerpo había sido llevado al depósito de cadáveres. En fecha posterior, el *sheriff* había regresado y excavado muy cuidadosamente la tierra suelta, para averiguar las dimensiones del agujero original: que el agujero se hallaba practicado en tierra lo suficientemente firme para conservar la forma de la primera excavación, y que resultaba evidente que un hoyo de aproximadamente tres pies y seis pulgadas por seis pies, había sido cavado con gran cuidado en forma de un rectángulo de contorno netamente dibujado.

Contestando a una pregunta específica de Vandling, manifestó que se había realizado una tentativa de hallar huellas de pisadas, pero que a causa de las pisadas de los niños y de Martin Medford en el momento de su excavación, no se habían hallado huellas que pudieran arrojar ninguna luz.

—Puede usted repreguntar —dijo Vandling.

—Dadas las circunstancias —dijo Mason—, esta vez no haré preguntas.

—Desde luego —puntualizó Vandling—, mi convenio con mi letrado colega se dirigía al fin de capacitarle para proteger los derechos de su cliente y no ser cogido por sorpresa. No era una velada invitación a dejar de lado toda repregunta, hasta que todo nuestro caso haya sido presentado, y volver a llamar entonces a los testigos.

—Lo comprendo —dijo Mason—. Puedo asegurar a mi letrado colega que no sacaré ventaja de su cortesía en esta cuestión. Volveré a llamar a los testigos solamente cuando parezca que haya algún punto determinado que justifique hacerlo así.

—Gracias —dijo Vandling—. Esto es todo, *sheriff*.

El Dr. Milton Hoxie fue el siguiente testigo. Se acreditó como médico, cirujano y toxicólogo. Atestiguó que había sido llamado para efectuar una autopsia en el depósito en la tarde del día trece, que las circunstancias le habían impedido efectuar la autopsia hasta cerca de la medianoche, cuando había podido abandonar su trabajo durante el tiempo suficiente para realizarla.

Se había encontrado con el cuerpo de un hombre de una altura de cinco pies y ocho pulgadas, ciento cuarenta libras de peso, de unos treinta y cinco años de edad aproximada, que sufría arteriosclerosis, pero que había fallecido en apariencia por envenenamiento. Había realizado ciertas pruebas y había dictaminado la presencia de un veneno determinado. Había llegado a la conclusión de que la muerte había sido causada por ingestión de cianuro de potasio. En su opinión, en el momento de la autopsia, el hombre llevaba sin vida de veinticuatro a treinta y seis horas.

—Repregunte —dijo bruscamente Vandling.

—¿Hizo usted una prueba determinada para descubrir el cianuro de potasio? —preguntó Mason.

—Sí, señor. Envenenamiento hidrodinámico.

—¿Y para descubrir otros venenos?

—Investigué la presencia de arsénico.

—¿Encontró usted arsénico?

—No en cantidad apreciable. No, señor.

—¿Encontró usted alguna cantidad?

—No la suficiente para tener algún significado médico.

—¿Encontró usted otros venenos?

—No. No, señor.

—¿Fueron extraídos del cuerpo los órganos vitales?

—Lo fueron, sí, señor.

—¿Y qué hicieron con ellos?

—Fueron enviados a un laboratorio de la Universidad de California para un examen adicional.

—¿Se ha recibido algún informe desde la Universidad?

—Que yo sepa, no.

—¿Entonces no sabe usted si el hombre encontró la muerte a causa de ese veneno que usted ha mencionado?

—Yo sé que hallé bastante veneno presente para causar la muerte, y deduzco por lo tanto que la muerte fue causada por aquel veneno.

—¿Por qué envió usted los órganos a la Universidad de California?

—Porque quería que se hiciera un análisis más completo.

—¿Tal vez porque estaba usted buscando otro veneno?

—Creí que sería acertado investigar si había otro veneno.

—¿No estaba usted, pues, seguro de que la muerte hubiera sido causada por el cianuro potásico?

—Estaba completamente seguro. Pero deseaba saber si había otros factores adicionales..., quizá hubiera indicios de gotas *knockout* como se las suele llamar, o algún barbitúrico por medio con el cual se hubiera podido disminuir la resistencia del hombre, con el fin de poder administrarle el veneno.

Mason se quedó pensativo.

—Proceda —dijo el Juez Siler.

—Un instante, Señoría —dijo Mason—. Creo que esto abre una perspectiva completamente nueva.

—No veo cómo —dijo el Juez Siler.

—Es evidente —dijo Mason—, que al principio la oficina del *sheriff* tenía cierta teoría sobre el modo en que fue administrado el veneno, y que hay algo en los descubrimientos del Dr. Hoxie que no está de acuerdo con aquella teoría.

—Francamente, no lo veo —dijo el Juez Siler—. Continúe con su interrogatorio.

—Ciertamente —sonrió Mason—. ¿Buscó usted indicios de chocolate en el estómago de aquel hombre, doctor?

—Lo hice. Procuré analizar cuidadosamente el contenido del estómago.

—¿Y qué halló usted?

—Hallé que el hombre había fallecido aproximadamente una hora después de haber ingerido una ración de huevos con tocino. No encontré ningún vestigio apreciable de chocolate.

—¿Hizo usted la prueba del alcohol contenido en la sangre,

doctor?

—La hice.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré un 0'15 por ciento de alcohol.

—¿Puede usted interpretar este dato en términos que expliquen su significado médico?

—Según las autoridades en la materia —dijo el Dr. Hoxie—, a 0'1 por ciento, una persona está en estado normal, de acuerdo con la observación ordinaria. A 0'2 por ciento ha empezado a estar intoxicado. Sufre de inestabilidad emocional. Sus reflejos han disminuido considerablemente. A 0'3 por ciento existe una confusión muy definida, un paso vacilante y un balbuceo en el hablar. A 0'4 por ciento hallamos estupor, una notable disminución en la respuesta a estímulos externos y un estado próximo a la parálisis. De 0'5 a 0'6 por ciento hay un completo coma y un empeoramiento en la circulación. Existe peligro de muerte, que se convierte en virtualmente inevitable más allá de un 0'6 por ciento de alcohol en la sangre. C. W. Muehlberger ha ideado una tabla interesante. Llama al 0'1 por ciento «Seco y Decente», al 0'2 por ciento «Regocijado y Diabólico», al 0'3 por ciento «Aturdido y Delirante», al 0'4 por ciento «Ofuscado y Desvanecido» y al 0'5 por ciento «Borracho Perdido».

—Por lo tanto, habiendo encontrado en su cuerpo un 0'15 por ciento de alcohol, ¿cuál es su conclusión con respecto a su intoxicación?

—El hombre empezaba a estar intoxicado. Estaba entrando en la fase descrita por Muehlberger como «Regocijado y Diabólico».

—¿Estaría sintiendo los efectos del alcohol?

—Estaría sintiéndolos.

—¿Mostraría algún síntoma de tales efectos?

—Muy probablemente para el observador casual. Con toda seguridad, para el observador experto.

—Tengo entendido, Doctor —dijo Mason con aire fortuito—, que durante la autopsia, aparte de su principal interés en determinar la causa de la muerte, tomó usted algunas medidas para identificar el cuerpo.

—Es cierto. Puedo afirmar que me hallaba presente cuando se adoptaron estas medidas.

—¿No tiene usted ninguna duda de que el cuerpo era el de Edward Davenport?

—Absolutamente ninguna.

—Permítame que le haga una pregunta hipotética, Doctor. Suponiendo que este hombre hubiera sido envenenado con cianuro potásico, ingerido en forma de bombones, como los que fueron hallados en la caja de bombones descubierta entre los efectos de Mr. Davenport en el motel de Crampton, ¿no habría sido su muerte casi inmediata?

—Podría haber sido muy rápida.

—En otras palabras, ¿habría suficiente cianuro en cada bombón, como para producir una muerte casi inmediata?

—En cada bombón, no, míster Mason. Varios de ellos contenían arsénico, y...

—No estoy tratando de tenderle una trampa, Doctor. Me estoy refiriendo a los bombones que contenían cianuro.

—Completamente correcto. Sí, señor.

—¿Se presenta muy rápidamente la aparición de síntomas e inconsciencia, después de la ingestión de dosis de cianuro como las que halló usted en los bombones que contenían cianuro?

—Sí, señor.

—Entonces, Doctor, si el difunto hubiera hallado la muerte al comer uno de estos bombones envenenados, ¿habría usted encontrado restos de chocolate en su estómago?

—Bien, ésta es desde luego —dijo el Dr. Hoxie—, una situación que me deja perplejo. Yo supondría que sí.

—¿Y halló usted tal evidencia de la presencia de chocolate?

—No.

—¿Habría esperado encontrarla si el hombre hubiera ingerido un bombón envenenado?

—Francamente, sí..., a menos que hubiera mordido el bombón que hubiera causado su muerte, hallado un sabor extraño, y hubiera escupido el bombón, tragando de todos modos lo bastante del líquido envenenado para causarle la muerte. Yo supongo que esto es lo que ocurrió. Creo que entre todas las suposiciones, esto es lo que debió de haber sucedido, pero no puedo hallar ninguna evidencia física que me permita atestiguar que sucedió en realidad. Y no veo cómo pudo haber ingerido el veneno, que yo hallé en su estómago,

sin haber comido por lo menos un bombón entero.

—Entonces, ¿no sabe usted cómo ingirió el hombre el veneno que le causó la muerte?

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto?

—No puedo determinarlo con exactitud. Yo diría que aproximadamente de veinticuatro a treinta y seis horas.

—¿Qué puede decirnos del síntoma conocido con el nombre de *rigor mortis*, Doctor?

—En el momento en que efectué mi reconocimiento, el *rigor mortis* se manifestaba claramente en los muslos y las piernas, pero el cuello y los hombros se hallaban flácidos.

—¿Qué puede usted decir de la lividez *post-mortem*?

—Esta estaba bien marcada, indicando que la posición del cuerpo no había sido variada después de la muerte, o sea desde poco tiempo después de morir.

—Según yo tengo entendido, el *rigor mortis* aparece primero en el rostro y en las mandíbulas, y se extiende después hacia abajo, ¿no es así?

—Completamente cierto.

—¿Y abandona el cuerpo de la misma forma?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo tarda en manifestarse por completo el *rigor mortis*?

—Ello varía. Pero en circunstancias normales, de ocho a doce horas.

—Ahora bien, en este caso el *rigor mortis* no solamente había hecho su aparición, sino que se había apoderado de todo el cuerpo, y había empezado entonces a desaparecer. ¿No es cierto?

—Es cierto en substancia, sí, señor.

—Según las autoridades, creo que el manifestarse del *rigor mortis* en todo el cuerpo se supone requerir unas dieciocho horas. ¿No es así?

—Varía.

—¿Está usted familiarizado —dijo Mason— con las obras del Dr. LeMoyne Snyder?

—Sí, señor.

—Tengo entendido que en su libro *Investigación de los homicidios*,

el Dr. LeMoyne Snyder considera un caso en hipótesis como el que usted ha descrito, en el que el *rigor mortis* se halla todavía plenamente de manifiesto en los muslos y en las piernas, y estima que ello indica que la muerte tuvo lugar de veintinueve a treinta y cuatro horas antes.

—No conozco a fondo este estudio suyo.

—¿Pero diría usted que en substancia es una apreciación correcta?

—Podría muy bien serlo.

—¿Se refiere usted ahora al estado del cuerpo en el momento en que usted efectuó la autopsia?

—Eso es.

—¿Y usted no realizó la autopsia hasta algunas horas después de haber sido descubierto el cuerpo?

—Es verdad.

—¿No dijo usted que la autopsia fue efectuada alrededor de la medianoche?

—Sí, señor.

—¿Y se refiere usted al estado del cuerpo en el momento en que usted lo vio?

—Sí, señor.

—Por lo tanto, hablando en general, el hombre debió haber muerto en el intervalo comprendido entre las dos de la tarde y las siete de la misma tarde del día precedente, que fue el lunes día doce. ¿No es cierto?

—Bien, puede ser correcto si toma como base esta tabla de tiempo, pero el *rigor mortis* suele ser muy variable. Depende de la temperatura. Depende de ciertas condiciones. He visto aparecer casi inmediatamente el *rigor mortis* cuando la muerte ha ocurrido después de una lucha, en condiciones de temperatura que...

—¿Había alguna evidencia de lucha en este caso?

—No, no la había.

—¿No podría usted fijar el tiempo exacto, por medio del desarrollo del *rigor mortis*?

—No con exactitud.

—¿Pero sabe usted que una autoridad como el Dr. LeMoyne Snyder ha afirmado que en circunstancias ordinarias, el desarrollo del *rigor mortis* tal como usted lo observó en el cuerpo en aquel

momento, habría indicado que la muerte había ocurrido entre las dos y las siete de la tarde del día precedente?

—Sí, señor. Supongo que sí.

—No lo que usted supone, Doctor, sino lo que usted sabe.

—Sí, es verdad.

—¿Ha considerado usted este hecho como un factor revelador del caso?

—Francamente, no.

—¿Por qué no, Doctor?

—Por el hecho de que un médico certificó que el momento de la muerte transcurrió entre las dos y las tres de la tarde del día anterior, y no hay nada en el estudio del *rigor mortis* que permita precisar con toda exactitud. El Dr. Snyder y otras autoridades tratan solamente de casos en general. No pueden trazar unas normas que determinen con toda precisión el tiempo de la muerte en cada caso individual. Hablan en términos generales, y nada hay más engañoso, o mejor dicho, nada que ofrezca mayor número de variantes que el desarrollo del *rigor mortis*.

—¿Está usted familiarizado con los síntomas del envenenamiento por arsénico, Doctor?

—Sí, señor.

—¿Y cuáles son sus síntomas?

—Generalmente, hay una sensación de quemadura en la boca y en la garganta. Se presentan calambres abdominales de náusea y vómitos. Usualmente hay diarrea. Bajó determinadas circunstancias, a veces se retrasan un poco los primeros síntomas, pero en general, los primeros síntomas son muy rápidos en su desarrollo después de la ingestión del veneno.

—Gracias, Doctor —dijo Mason—. He terminado mis preguntas.

—Llamen a declarar a Harold Titus —dijo Vandling.

Titus se adelantó, prestó juramento, manifestó ser comisario del *sheriff*, haberse especializado en el estudio de las huellas dactilares, dijo haber estado presente en el momento de ser descubierto el cuerpo de Edward Davenport en la tumba, a unas tres millas de Crampton, y que había tomado las huellas digitales del muerto, comparándolas con la huella del dedo pulgar que figuraba en el carnet de conducción extendido a nombre de Edward Davenport, resultando estas huellas idénticas.

—¿Había usted previamente efectuado una investigación en un motel de Crampton, relacionada con este caso?

—Sí, señor, la había efectuado.

—¿A qué hora se hizo esta investigación?

—Alrededor de las tres y media de la tarde del día doce.

—¿O sea el lunes?

—Sí, señor.

—¿Qué descubrió usted?

—Descubrí una habitación cerrada en la que se suponía estar depositado un cadáver. La puerta fue abierta y no apareció ningún cadáver en la habitación. En la habitación no había nadie. Había una ventana abierta y una cortina descorrida. Había ropas de hombre en la habitación. Había un maletín de mano, una caja de bombones. Había una cartera conteniendo varios documentos de identificación indicando que la habitación había sido ocupada por el llamado Edward Davenport.

—¿Se encontró usted en aquellos momentos con la acusada, Myrna Davenport?

—Sí, señor.

—¿Le hizo ella alguna declaración con respecto a la identidad del hombre que había ocupado aquella unidad?

—Sí, señor.

—¿Quién dijo ella que era el hombre?

—Edward Davenport, su esposo.

—¿Qué dijo ella acerca del estado de él?

—Que se hallaba moribundo, cuando ella y su acompañante, una tal mistress Ansel, llegaron.

—¿Dijo ella si se las había permitido entrar en la habitación, a ella y a mistress Ansel?

—Sí. Dijo que ambas entraron en la habitación, que después ella se retiró, que poco después su marido había empeorado, que su respiración era muy débil, que apenas respiraba, que llamaron al doctor y éste dijo que el hombre se hallaba en gravísimo estado. El doctor estaba junto a él cuando falleció, y cerró la puerta con llave, después de afirmar que las circunstancias del fallecimiento eran tales que le impedían firmar el certificado de defunción.

—¿Hizo ella alguna otra declaración?

—Hizo algunas manifestaciones, refiriéndose a que la conducta

del médico significaba que éste insinuaba que ella había asesinado a su marido, y naturalmente, se resentía de ello.

—¿Y qué hizo usted durante todo este tiempo?

Titus sonrió y dijo:

—Nos enteramos de que Edward Davenport era un bebedor empedernido. Dimos un vistazo por allí y encontramos un testigo que había visto a alguien vestido con el mismo pijama moteado que llevaba aquel hombre, saltando por la ventana de aquel departamento, y decidimos por lo tanto que el hombre había sido víctima del alcohol y se había largado después sin dar explicaciones.

—¿Qué hicieron ustedes entonces?

—Pues ante la insistencia del Dr. Renault, retuvimos la llave de aquella habitación, mientras realizábamos una investigación adicional.

—¿Se limitó de algún modo la libertad de acción de la acusada o de su acompañante, mistress Ansel?

—Desde luego que no.

—¿Y qué hicieron ellas?

—Se quedaron en otro departamento del motel.

—¿No les dieron una llave del departamento?

—Desde luego que no.

—¿Guardó usted la llave?

—Sí, señor.

—¿Realizaron algún intento de colocar a la acusada bajo vigilancia?

—En aquellos momentos, no. Más tarde, sí.

—¿Qué sucedió?

—Ella nos dijo que iba a quedarse durante toda la noche en el motel, pero a eso de las..., no recuerdo bien, creo que eran las siete, el gerente del motel nos telefoneó para decirnos que ella y mistress Ansel se habían marchado. Las localizamos en Fresno y descubrimos que habían tomado un avión para San Francisco.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Llamamos a San Francisco para que las buscasen cuando el avión aterrizase, y las hicieran seguir.

—¿Lo hicieron?

—Bueno, desde luego, yo solamente lo sé por los informes.

—Ya comprendo. No quiero preguntarle lo que hicieron los demás. ¿Cuándo volvió a ver a la acusada?

—El día catorce.

—¿A qué hora?

—A las cuatro y media de la tarde.

—¿Dónde la vio usted?

—En su despacho.

—¿Sostuvo usted una conversación con ella?

—Lo hice.

—En términos generales: ¿qué le manifestó la acusada en estos momentos, con referencia a una caja de bombones que se le mostró?

—Manifestó haber comprado aquella caja de bombones, y haberla colocado en el maletín de viaje de su marido, que el marido siempre llevaba consigo una caja de dulces, que era un bebedor empedernido y un bebedor periódico. Había veces, cuando se sentía presa del ansia por el alcohol, que si le era posible comer dulces, y entregarse a lo que ella llamaba un atracón de dulces, lograba controlar el deseo de alcohol.

—¿Admitió ella ante usted que había comprado aquella caja de bombones?

—Sí, señor.

—¿Le preguntó usted en aquella ocasión si había abierto de algún modo la caja, o tocado los bombones?

—Ella me dijo que solamente había comprado la caja de chocolates y la había metido en la maleta de su esposo, sin abrir, tal y como llegó de la tienda. Dijo que había quitado el papel que la envolvía exteriormente, pues había comprado dos cajas al mismo tiempo, pero que no había tocado el envoltorio de celofán que cubría la caja.

—¿Examinó usted aquella caja de bombones?

—Sí señor.

—¿Con el propósito de descubrir la presencia de huellas dactilares?

—Sí, señor.

—¿Qué descubrió usted?

—Encontré dos bombones con las huellas del dedo pulgar derecho y del índice derecho de la acusada.

—¿Pudo usted fotografiar estas huellas?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted aquí las fotografías?

—Las tengo.

—Haga el favor de enseñárselas al abogado defensor de la acusada, y después pediré que sean admitidas como pruebas.

—No hay inconveniente —dijo Mason, examinando por encima las fotografías.

—Más tarde, ¿se encontraba usted presente cuando estos bombones en los que se habían encontrado las huellas, fueron analizados para ver si contenían veneno?

—Estaba presente.

—¿Señaló usted de algún modo estos particulares bombones?

—Sí, señor. Adherimos un pedacito de papel en la base de estos bombones, marcando uno de ellos con el número uno y el otro con el número dos. Escribí mis iniciales con tinta en estos pedazos de papel.

—¿Y estos dos bombones, fueron analizados en su presencia, para constatar la presencia de veneno?

—Sí, señor.

—Interrogue —dijo Vandling.

—¿Sabe usted lo que se descubrió con referencia a la presencia de veneno, en estos dos bombones? —preguntó Mason con aire indiferente.

—Sólo por lo que oí decir.

—¿Por lo que oyó decir al toxicólogo que efectuó la prueba?

—Sí, señor.

—¿Pero estaba usted entonces allí?

—Sí, señor.

—¿Qué dijo?

—Dijo que ambas piezas de chocolate contenían cianuro de potasio, y que las demás contenían arsénico.

—¿Sabe usted que el arsénico produce usualmente una muerte lenta?

—Sí, señor.

—¿Y que el cianuro la causa muy rápidamente?

—Sí, señor.

—¿Hizo usted, como agente investigador, alguna tentativa para

determinar la razón de que aquellos bombones conteniendo un veneno que causa una muerte casi instantánea, hubieran sido mezclados con bombones que habrían causado una muerte lenta?

—No, señor. Hice esta misma pregunta a la acusada, y ella insistió siempre en que no había abierto la caja de bombones, y que nunca había tocado ninguno de los bombones.

—Esto es todo —dijo Mason—. He terminado mi interrogatorio.

—Llamaré ahora a declarar a Sara Ansel —dijo Vandling.

Sara Ansel, quien se hallaba en el fondo de la sala, se levantó y exclamó con aire belicoso:

—No quiero ser testigo en esta causa. No sé nada que pueda ser de la menor ayuda para la acusación. Esta joven que está siendo juzgada es la sobrina de mi hermana, y la pobre muchacha es inocente.

—Haga el favor de adelantarse y prestar juramento —dijo Vandling.

—Le he dicho que no quiero atestiguar. Yo...

—Adelántese y preste juramento, señora —anunció el Juez Siler, añadiendo, al ver que Sara Ansel vacilaba todavía—: De lo contrario, será usted procesada por rebeldía ante el tribunal. Esto es un tribunal. Usted ha sido convocada como testigo. Está usted presente. Haga el favor de comparecer.

Lentamente, Sara Ansel avanzó por el pasillo, franqueó la valla de la parte reservada a abogados y testigos, y subió al estrado. Levantó su mano derecha, prestó juramento, sonrió a Myrna como dándole ánimos, y después se sentó, y quedóse mirando a Vandling.

—¿Es usted Sara Ansel? —dijo Vandling—. Vive usted actualmente en Los Angeles, con la acusada en esta causa, en una casa anteriormente propiedad de William C. Delano. ¿Es cierto?

—Es cierto —respondió ella con voz quebrada.

—¿Qué relación familiar la unía con William C. Delano?

—En realidad, ninguna. Mi hermana estaba casada con el hermano de William Delano.

—¿Han muerto los dos?

—Han muerto los dos.

—¿Qué parientes tenía Delano cuando murió?

—Al fallecer no tenía a nadie más que a Myrna, a menos que se me quiera llamar a mí pariente política.

—¿Era usted su cuñada?

—En cierto modo, sí.

—¿Se refería él a usted como a tal?

—Sí.

—¿Había usted visto muchas veces a William C. Delano, cuando éste vivía?

—Muchas veces.

—¿Le vio antes de su muerte?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo antes de su muerte?

—Un mes, aproximadamente.

—¿Puede usted describirme en términos generales, el estado de la casa de William Delano durante aquel mes? ¿Quién había allí?

—Yo estaba allí, y su sobrina Hortense Paxton estaba allí, y también Myrna y Ed Davenport. Myrna vino para ayudar en el trabajo.

—¿Y qué le sucedió a Hortense Paxton?

—Murió.

—¿Y después murió William Delano?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre la muerte de Hortense Paxton y la de William Delano?

—Poco más de dos semanas.

—¿Estuvo muy enfermo durante estas dos semanas?

—Sí.

—¿Y durante este tiempo, cambió su testamento, o sea que hizo un testamento nuevo?

—No lo sé.

—¿No le dijo a usted en presencia de la acusada, Myrna Davenport, que estaba redactando un nuevo testamento?

—No tan detalladamente. Vinieron abogados a casa y él estaba ejecutando un documento. Era un hombre muy enfermo.

—Bajo las cláusulas de este testamento, usted heredó algún dinero, ¿no es cierto?

—Esto a usted no le importa.

—Responda a la pregunta —dijo el Juez Siler.

—Sí, señor —contestó ella débilmente.

—¿Cuánto?

—Cien mil dólares y una quinta parte de sus bienes.

—¿Cuándo vio usted por primera vez a la acusada Myrna Davenport?

—Cuando fui a visitar a William Delano.

—¿Vivía ella entonces en la casa?

—Entonces no. Estaba ayudando con el trabajo de la casa, ayudando a Hortense, pero...

—Espere un momento. Al decir que ayudaba a Hortense, ¿quiere usted decir que estaba ayudando a Hortense Paxton, la sobrina que murió?

—Sí.

—¿Y Hortense Paxton gobernaba la casa, dirigía el servicio y cuidaba a William Delano?

—Sí.

—¿Y lo había estado haciendo durante algún tiempo?

—Había estado viviendo con él desde hacía más de dos años. Ella era su predilecta. Estaban muy unidos.

—Y poco después de que llegase usted a la casa para visitar a William Delano, la acusada, Myrna Davenport, vino a vivir con él. ¿No es cierto?

—Bueno, no fue tan sencillo. Quiero decir que no puede dividirlo en períodos de esta manera. Myrna fue primero a visitar y a ayudar a Hortie...

—Un instante: al decir Hortie, ¿se refiere usted a Hortense Paxton?

—Naturalmente.

—Muy bien. Continúe.

—Ella estaba allí visitándoles y ayudando, y decidió entonces trasladarse allí, lo cual..., bueno, debió ser poco antes de que yo llegara, o poco después, no puedo acordarme, pero de todos modos ella y Ed, su marido, se trasladaron y fijaron allí su residencia.

—¿Pero míster Davenport siguió teniendo sus oficinas en el lugar que él y Myrna Davenport habían estado usando como residencia en Paradise, en este estado?

—Sí.

—¿O sea que al principio, en otras palabras: durante la primera parte de su estancia allí, Ed Davenport estaba allí con su esposa?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante buena parte de él.

—Después de llegar usted, y poco después de la muerte de Delano, míster Davenport empezó a ausentarse de casa, ¿no es cierto?

—¿Qué entiende usted por casa?

—En aquellos momentos, era la residencia en la que había fallecido William Delano, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí.

—Esta es, pues, la que yo considero su casa. Me referiré al lugar de Paradise, como su oficina minera.

—Muy bien.

—Y poco tiempo después de que usted se trasladase allí, se dio cuenta de que míster Davenport empezaba a ausentarse, ¿no es cierto?

—No sé adónde quiere usted ir a parar —dijo ella—, pero le diré francamente que Ed Davenport y yo no podíamos vernos. Pero esto no tenía ninguna relación con estos viajes suyos. Ed Davenport no podía sufrirme. Ello saltaba a la vista, aunque yo me mostraba tan amable como podía con él, pero él creía que yo estaba poniendo a Myrna en contra suya. En realidad, todo lo que yo hacía era decirle a Myrna lo que estaba sucediendo.

—¿Qué estaba sucediendo?

—Estaba mezclando cada centavo de Myrna de que él pudiera apoderarse, con su dinero, confundiéndolo todo y escamoteando todo el dinero, de modo que nadie en el mundo pudiera poner las cosas en claro. Si le preguntaba por sus propiedades mineras o por lo que estaba haciendo, o cuánto dinero tenía Myrna, o lo que estaba haciendo con él y dónde se hallaba invertido, o me apostrofaba o se marchaba bruscamente. Entonces, al cabo de poco tiempo salía para otro de sus *viajes de negocios*. Si se trataba *realmente* de acosarle, recibía toda clase de respuestas evasivas. No se podía poner nada en claro. Él sabía lo que estaba haciendo y no ignoraba que yo también lo sabía.

Sara Ansel miró con aire retador a Vandling.

—¿Sabía usted lo que estaba haciendo?

—Claro que lo sabía. No nací ayer.

—¿Cómo sabía lo que estaba haciendo?

—Pues haciéndole preguntas y recogiendo sus respuestas, y fijándome en cómo se comportaba, y cosas por el estilo.

—¿Y sabía él que usted sabía lo que él estaba haciendo?

—Desde luego que lo sabía. Yo no hacía de ello ningún secreto. O sea, que le hacía preguntas muy comprometedoras.

—¿Delante de su esposa?

—Naturalmente. Era a ella a quien me interesaba poner en guardia.

—¿Y hablaba usted después con su esposa, en privado?

—Sí.

—¿Y le sugirió que debía consultar con un abogado?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Que debía alquilar algún detective para que siguiera sus pasos. Estaba merodeando por todo el país. Él le decía a Myrna que preparase su maleta, hablándole como si se tratara de una criada, y le decía que salía hacia una de las minas. Ni siquiera le decía cuál de ellas. Sólo decía «una de las minas».

—¿Tenía varias?

—Las tuvo, cuando empezó a disponer de dinero en cantidad. Fue entonces cuando empezó a ampliar sus negocios. Y, como he dicho, mezclaba sus operaciones comerciales de tal modo que no se podía entender nada de nada.

—¿Estaba haciendo uso del dinero de su esposa?

—Desde luego que sí. Él no tenía ni un centavo. Todo lo que tenía era algunas minas que compraba y revendía. Tan pronto como William Delano murió, empezó a operar a lo grande. Pidió prestado cuánto dinero pudo, a cuenta de la fortuna que estaba a punto de heredar su esposa. Hizo que su mujer tomara en préstamo del banco una fuerte cantidad, y después apresuróse a hacer una especie de distribución parcial de la herencia, para que Myrna pudiera disponer de dinero, y tan pronto como éste ingresó en la cuenta corriente de Myrna, lo retiró en seguida.

—¿Sabe usted cómo manejaba estas transacciones? ¿Entregaba algún documento o algo a mistress Davenport?

—Desde luego que no. Simplemente, la obligaba a ingresar su dinero en una cuenta conjunta, y para lo único que ella podía hacer servir esta cuenta conjunta, era para los gastos de la casa y para

comprarse alguna que otra vez algún vestido.

—¿Advirtió usted por lo tanto a mistress Davenport de todo esto?

—Ciertamente.

—Por lo tanto, en un momento dado, digamos hace una semana, Myrna Davenport tenía toda la razón en desconfiar de su marido, en odiar a su marido y desear que desapareciera de su camino, ¿no es cierto?

—Oiga, ¿a dónde va usted a parar? Está usted interpretando mal mis palabras.

—Estoy sencillamente resumiendo lo que usted me ha contado. ¿Le había dicho usted a mistress Davenport que su marido estaba malversando su dinero?

—Sí.

—¿Que iba por ahí con otras mujeres?

—Yo lo sospechaba.

—¿Que estaba tratando sencillamente de apoderarse de su herencia, para poder añadirla a sus propios bienes, y enredar las cosas de tal modo que ella quedase sin un centavo?

—Bueno, no empleé exactamente estas palabras.

—Pero, ¿era ésta la intención de lo que usted decía?

—Sí.

—¿Anunció Edward Davenport hace unos diez días que se iba a su oficina de Paradise?

—Sí.

—¿Y ordenó a su mujer que le arreglara la maleta?

—Sí.

—¿Se habló para algo de los bombones?

—Él dijo que necesitaba nuevamente dulces, que se había comido todos los de la otra caja, excepto uno o dos.

—¿Sabe usted, por haberlo visto usted misma, lo que hizo mistress Davenport en relación con el preparar la maleta, o comprar los bombones?

—Por haberlo visto yo misma, no. Supe después que ella compró dos cajas de bombones.

—¿Y que una caja de bombones fue colocada en su maleta?

—Creo que sí. Yo no lo vi.

—¿Sabía usted algo acerca de los venenos que obraban en poder

de mistress Davenport?

—Ella es muy aficionada a la jardinería y realizó algunos experimentos con diferentes líquidos para pulverizar, que mezclaba entre sí. Seguía una especie de receta para las pulverizaciones para las plantas.

—¿Obraban en su poder arsénico y cianuro potásico?

—No lo sé.

—¿Habló con ella alguna vez de venenos?

—Pues sí.

—¿Y ella le dijo a usted que tenía arsénico y cianuro potásico?

—Ella me dijo que tenía algunos productos para pulverizaciones.

—¿Le dijo ella a usted que tenía arsénico y cianuro potásico?

—Señoría —intervino Mason—, esto parece una tentativa por parte de mi colega, para repreguntar a su propio testigo.

—Se trata de un testigo hostil —dijo Vandling.

—Objeción rechazada —dijo el Juez Siler—. Resulta manifiesto que se trata de un testigo hostil.

—¿Le dijo ella que tenía arsénico y cianuro potásico?

—Sí.

—¿Habló ella con usted del hecho de que había intentado ocultar estos venenos y enterrarlos, para que las autoridades no pudieran hallarlos?

Hubo un largo silencio.

—Conteste a la pregunta —dijo Vandling.

—Sí —dijo Sara Ansel.

—¿E incluso la vio usted enterrando algunos de los paquetes que contenían veneno?

—Ella no quería verse sometida a una investigación, y...

—¿La vio usted enterrar estos venenos?

—La vi cavar un hoyo. No sé lo que metió en aquel agujero.

—¿Le dijo ella lo que había metido en aquel hoyo?

—Sí.

—¿Qué le dijo que había metido en el hoyo?

—Venenos.

—Vamos a ver, volvamos al lunes, día doce. ¿Usted y mistress Davenport estaban en casa de Delano?

—Sí.

—Y en cierto momento de la mañana, alrededor de las nueve,

¿recibió usted una llamada telefónica de un médico de Crampton, un tal Doctor Hendirme C. Renault, no es cierto?

—Sí. Se recibió esta llamada.

—¿Habló usted o lo hizo Myrna Davenport?

—Yo.

—¿Qué le dijo el Dr. Renault?

—Preguntó por mistress Davenport. Le dije que yo era la tía de Myrna Davenport y que podía cuidar de cualquier recado a ella dirigido. Dijo que se trataba de graves noticias referentes a su esposo.

—En lo que se refiere a la conversación telefónica —dijo Vandling dirigiéndose al Juez Siler—, creo que se trata de una evidencia puramente de oídas, pero ya que lo que este testigo dijo a la acusada referente a esta conversación por teléfono, forma parte del conocimiento de la acusada...

—No hago objeción alguna —interrumpió Mason—. Puede proseguir.

—Muy bien. ¿De que se habló en esta conversación?

—El Dr. Renault me dijo que Mr. Davenport estaba en un motel de Crampton, que se hallaba gravemente enfermo, muy enfermo, que estaba enterado de que el hombre sufría de hipertensión y arteriosclerosis, y que creía recomendable que mistress Davenport acudiera allá tan pronto como le fuera posible.

—No deseo perder tiempo con un exceso de detalles —dijo Vandling—, pero usted y mistress Davenport hicieron prontamente el equipaje, y se dispusieron a tomar un aeroplano que las dejaría en Fresno poco después del mediodía. Llamó usted a un taxi y persuadió entonces a mistress Davenport para que acudiera a un abogado, y se detuvieron ustedes en el despacho de Perry Mason, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pero ya antes de todo esto, ¿conocía usted el hecho de que míster Davenport había dejado una carta de cierta clase, para ser entregada a la policía en caso de su fallecimiento, no es así?

—Había acusado a Myrna de..., bueno de muchas cosas, y decía que había dejado una carta para ser entregada a la policía, en caso de que le sucediera algo.

—Y se dirigió usted al despacho de Perry Mason con mistress

Davenport, y contrató los servicios de míster Mason para que fuera a Paradise y se apoderase de aquella carta, para impedir que fuera entregada a las autoridades en caso de la muerte de míster Davenport. ¿No es cierto?

—Un momento, Señoría —dijo Mason—, me veo obligado a interponer una objeción pues esta pregunta se refiere a una comunicación confidencial entre un abogado y su cliente.

—¿Usted no contrató los servicios de míster Mason, verdad? —preguntó Vandling a Sara Ansel.

—¿Yo? Claro que no. ¿Para qué quería yo un abogado?

—¿Pero Myrna Davenport sí lo hizo?

—Ella le indicó lo que él tenía que hacer.

—¿Y usted le dijo también lo que tenía que hacer, no es verdad?

—Es que Myrna se hallaba muy impresionada, y...

—Y usted le dijo lo que tenía que hacer, ¿no es así?

—Bueno, tal vez le expliqué unas cuantas cosas...

—¿Estuvo usted presente durante toda la conversación?

—Sí.

—Explíquenos de qué se habló en esta conversación.

—Protesto —dijo Mason—. Sería quebrantar una comunicación confidencial.

—Habiendo habido una tercera persona presente —dijo Vandling—, no sería tal.

—¿Afecta esta pregunta —dijo el Juez Siler— a las instrucciones que fueron dadas a míster Mason como abogado, por mistress Davenport como cliente?

—Sí, Señoría, en presencia de Sara Ansel, una tercera persona.

—No creo que sea admisible —dijo el Juez Siler.

—Con permiso del tribunal —dijo Vandling—, puedo citar autoridades sobre esta materia. Tengo entendido que es perfectamente admisible.

—Bien, estudiaré las autoridades —dijo el Juez Siler—, pero deseo disponer de algún tiempo para poderlas consultar. No me agrada la idea de sentar como evidencia lo que un cliente contó a su abogado.

—Citaré a Su Señoría las autoridades y podrá...

—Bien, espere un momento —dijo el Juez Siler—. ¿Por qué no consultarlas durante el descanso de mediodía? ¿Por qué suscitar

esta cuestión en estos momentos? ¿No puede mandar retirarse a este testigo y llamar a otro?

—Sí, supongo que sí —dijo Vandling.

—Muy bien. ¿Por qué no manda retirarse a este testigo? Ha quedado pendiente una pregunta. Mister Mason ha objetado contra esta pregunta. Usted dice poder citar precedentes sobre este punto. Después del descanso del mediodía, legislaré sobre la cuestión y entonces la testigo podrá contestar o no, según lo que yo acuerde, y el abogado de la defensa podrá proceder a su interrogatorio.

—Muy bien —dijo Vandling—. Haga el favor de bajar, mistress Ansel. Puede usted retirarse.

Sara Ansel abandonó el estrado de los testigos, y miró a Vandling.

—Pero no abandone la ciudad —advirtió Vandling—. Acuérdese de que se halla usted bajo citación judicial. Debe usted permanecer en la sala durante todas las sesiones y debe hallarse aquí inmediatamente después del descanso del mediodía.

—Sí —dijo el Juez Siler—. Está usted bajo mandato judicial. No intente marcharse. Debe permanecer aquí durante todo el proceso. ¿Lo entiende usted?

Ella le contempló con menosprecio.

—¿Me ha entendido? —preguntó el Juez Siler, levantando su voz y mostrando cierta irritación.

—Sí. —dijo ella.

—Procure, pues, estar aquí —dijo el Juez Siler—. Llame a su siguiente testigo, mister Vandling.

—Llamaré ahora al Dr. Renault.

El Dr. Renault, un hombre delgado de unos cincuenta años, con ademanes precisos, fríamente profesionales, subió a la tarima de los testigos y observó al fiscal de distrito con unos ojos oscuros que no dejaban translucir expresión alguna. Su porte era el porte profesional, cuidadosamente cultivado, de un médico que ha ocupado antes el estrado de los testigos, y mientras se dispone a sopesar con todo cuidado las preguntas y las respuestas, adquiere un aire de superioridad profesional.

—¿Se llama usted Dr. Harkimer Corrison Renault? —preguntó Vandling.

—Exactamente. Sí, señor.

—¿Tiene usted licencia para ejercer en este estado como doctor en medicina general?

—Sí, señor.

—Tendremos que estipular que los títulos del doctor queden sujetos al derecho de ser repreguntados —observó Mason.

—¿Dónde ejerce usted su profesión, doctor?

—En Crampton.

—¿Lleva mucho tiempo allí?

—Casi tres años.

—¿Fue usted llamado en la mañana del día doce para visitar a un paciente que se hallaba en un motel de Crampton?

—Sí, señor.

—¿Quién era este paciente?

—Edward Davenport.

—¿Le conocía usted ya?

—No, señor.

—¿Vio usted el cuerpo de Edward Davenport después de ser exhumado y con anterioridad a su autopsia?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted presente en la autopsia?

—No, señor.

—¿El cuerpo que usted vio era el cuerpo de la persona que había visitado usted el día doce?

—Sí, señor.

—¿Habló usted con la acusada el día doce de este mes?

—Sí, señor.

—¿Vio ella a la persona a quien usted estaba tratando?

—Sí, señor.

—¿Identificó ella a esta persona?

—Sí, señor.

—¿Quién dijo que era?

—Le identificó como Edward Davenport, su esposo.

—Desearía ahora que explicase con toda exactitud lo ocurrido con respecto a su tratamiento médico y con respecto al estado de míster Davenport.

—Bien —dijo el Dr. Renault—. No puedo hacerlo exactamente sin contar lo que me dijo el paciente.

—Entra en lo posible, Señoría —dijo Vandling— que haya

algunas objeciones sobre esta conversación. He consultado precedentes y estoy preparado para defender mi punto de vista. Las declaraciones hechas por el difunto en aquel momento, forman parte de la *res gestae*. En aquel momento no eran lo que llamaríamos declaraciones de un moribundo, en el estricto sentido de la palabra, sino que formaban parte de la *res gestae*, y propongo que el testimonio del doctor sea admitido.

—No hay ninguna objeción —dijo Mason, sonriendo—. Prosiga. Vandling sonrió.

—Observo, Señoría, que mi letrado colega está desarrollando un juego muy astuto. Desea que le enseñemos nuestras cartas tanto como sea posible.

—Quiero llegar a los hechos —dijo Mason.

—Y yo quiero que los hechos lleguen por sí solos —replicó Vandling.

—No hay motivo para estas argumentaciones —reprendióles el Juez—. La acusación puede refrenar estas alusiones personales. En todo caso, vayamos a los hechos. Conteste a la pregunta, Doctor. Díganos lo que sucedió y cuéntenos lo que él le dijo.

—Me dijo que había comido un bombón —dijo el Dr. Renault— y que se había sentido terriblemente enfermo y que su mujer estaba tratando de envenenarle.

—¿Dijo cuándo había comido el bombón?

—A eso de las siete de la mañana.

—¿Qué hora era cuando le visitó usted?

—Entre las ocho y las nueve de la mañana.

—¿Relacionaba él el bombón con su malestar?

—Desde luego.

—¿Qué le dijo exactamente de todo esto?

—Me dijo que su esposa había envenenado a uno de sus parientes para poder obtener el dinero de un tío suyo que se estaba muriendo, que él había encontrado recientemente pruebas que indicaban que ella era la autora del envenenamiento y que ella intentaba librarse de él, que él había tratado de adoptar precauciones y que había dejado una carta con el fin de que si algo le ocurría, las autoridades supieran lo que había sucedido.

—¿Qué hizo usted?

—Primero le receté un tratamiento por si acaso se había

intoxicado con alguna comida. Creí que sus ideas eran exageraciones. Después empecé a pensar que quizá hubiera sido envenenado en realidad. En todo caso, el hombre siguió empeorando, y cuando creí que su estado inspiraba serios temores, telefoneé a su esposa. Esta vino acompañada de un familiar.

—¿Les dijo usted que míster Davenport se estaba muriendo?

—Les dije que estaba seriamente enfermo.

—¿Y qué sucedió?

—Entre las dos y las tres de la tarde me llamaron y me precipité al motel. Entré en la habitación y me encontré a míster Davenport muriéndose.

—¿Qué sucedió después?

—Le tomé el pulso. Traté de administrarle un estimulante del corazón, pero no respondió a él. Fue debilitándose y repentinamente falleció.

—¿Y qué hizo usted?

—Dije a mistress Davenport que, dadas las circunstancias, yo no podía firmar un certificado de defunción, que tenía que adoptar medidas para preservar las pruebas. Cerré la puerta y abandoné el departamento.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Lo comuniqué a las autoridades.

—¿Y qué más?

—Cuando regresé con las autoridades, el cadáver había sido sacado de allí.

—Permítame un instante, Doctor —dijo Vandling—. ¿Dijo usted que el cadáver había sido sacado de allí?

—Exactamente —anunció el Dr. Renault con científica precisión—. El cadáver había sido sacado de allí.

Hizo una pausa de unos segundos y después repitió lentamente, pronunciando enfáticamente cada palabra:

—*El cadáver había sido sacado de allí.*

—¿Por qué dice usted esto, Doctor?

—Porque los cadáveres no se levantan y se marchan.

—¿Está usted plenamente seguro de que míster Davenport estaba muerto?

—Sé que estaba muerto. Le vi morir.

—¿Ha habido casos en los que se ha cometido un error, en los

que un estado de coma ha sido erróneamente diagnosticado como la muerte?

—Supongo que sí. Yo nunca he cometido tal error. Estoy seguro de que puede comprobarse que todos los errores de este género han tenido lugar cuando una persona ha sido hallada en un estado cataléptico, o en un estado de suspensión de las actividades, y el médico se ha engañado al creer que había ocurrido la muerte. En otras palabras, no creo que estas condiciones puedan existir cuando un médico se halla junto al paciente y asiste a su muerte.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera? —preguntó Vandling—. Mejor dicho: ¿cuánto tiempo transcurrió desde que anunció usted a mistress Davenport el fallecimiento de su esposo, y abandonó aquel lugar hasta que regresó usted con las autoridades?

—Creo que aproximadamente una hora.

—¿Puede usted por lo tanto decir que míster Davenport murió... a qué hora, Doctor?

—Puedo afirmar que murió entre las dos y media y las tres de la tarde. No consulté expresamente mi reloj, pero era a esta hora. Puedo también afirmar sin reserva de ninguna clase que alguna persona o personas sacaron su cuerpo del lugar donde murió y donde yo lo había dejado antes de que yo regresara una hora más tarde, con los agentes de policía.

—Puede interrogar al testigo —dijo Vandling.

—Doctor, puntualicemos los hechos —dijo Mason—. La primera vez que vio usted a Ed Davenport ¿fue entre las ocho y las nueve de la mañana?

—Ciertamente.

—¿Le dijo él que se había sentido enfermo a eso de las siete de la mañana?

—Sí, señor.

—¿Cuáles eran sus síntomas cuando le visitó por vez primera?

—Sufría una debilidad extrema, un estado próximo al colapso.

—¿Se hallaban presentes algunos síntomas del envenenamiento con arsénico?

—Todavía no. Me dijo que había devuelto todo lo que había comido, que había sido presa de diarrea y vómitos, que sentía frío en todo el cuerpo y que sufría calambres abdominales.

—¿No eran estos síntomas de envenenamiento por arsénico?

—Yo diría, míster Mason, que si el hombre había ingerido arsénico, digamos un poco antes de las siete de la mañana, y que si las condiciones de su cuerpo eran tales que una fuerte dosis del veneno había producido unas náuseas casi instantáneas, es muy posible que la regurgitación del veneno que había sido ingerido fuera lo suficientemente completa para que los síntomas fueran los que yo me encontré.

—¿Fue entonces cuando Davenport le dijo que sospechaba que su esposa trataba de envenenarle?

—Exactamente.

—¿Que había comido un bombón de la caja que su esposa había colocado en su maleta, y que estaba convencido de que había sido envenenado por este bombón?

—Sí, señor.

—¿Le dijo él por qué causa había comido un bombón alrededor de las siete de la mañana?

—Sí, señor. Me dijo que a veces bebía con exceso, que con mucha frecuencia, cuando sentía un irreprimible deseo de alcohol, lograba dominarlo comiendo grandes cantidades de dulces.

—Luego —dijo Mason—, ¿tan pronto como se sintió enfermo, sospechó de los bombones?

—Bien, no lo dijo con estas mismas palabras, pero supongo que tal fue la situación. Sí, señor.

—¿Cuándo usted le vio, se hallaba en un estado de postración, de extremo agotamiento?

—Sí, señor.

—¿Y no daba señales de mejorar?

—No, señor.

—¿Creyó usted posible un fatal desenlace?

—Sí, señor.

—¿Por debilidad y postración más bien que por envenenamiento con arsénico?

—A la vista de su condición física general, sí, señor.

—¿Llamó usted, por lo tanto, a su esposa?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a fondo los síntomas del envenenamiento por cianuro potásico?

—Sí, señor.

—Entonces —dijo Mason—, ¿cómo puede ser, Doctor; o mejor dicho, cómo se explica el hecho de que si este hombre sospechó a las nueve de la mañana que el primer bombón estaba envenenado, tomara otro bombón a las tres de la tarde?

—Un momento —exclamó Vandling—. Esta pregunta se presta a argumentos.

—Estoy tratando de saber la opinión del doctor —dijo Mason.

El Juez Siler, quien daba la impresión de adoptar una posición bastante pasiva, en espera de que los abogados perfilasen debidamente el asunto, les miró a los dos alternativamente.

—No lo hizo —exclamó el Dr. Renault.

—¿Qué es lo que no hizo? —preguntó Mason.

—No comió ningún otro bombón.

Vandling hizo un gesto con las manos, se sentó y sonrió, diciendo:

—Bien, prosiga. El Doctor parece estar haciéndolo muy bien.

—¿Ha oído usted el testimonio del Dr. Hoxie, según el cual el hombre murió envenenado con cianuro potásico?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted algo que oponer a esta afirmación?

—No acostumbro nunca a discutir ningún dato suministrado por el patólogo que realiza una autopsia.

—Bien —dijo Mason—, ¿murió el hombre envenenado por el cianuro de potasio? Usted lo vio morir. Usted conoce los síntomas. ¿Mostró síntomas de envenenamiento por cianuro?

—No, señor. No los mostró.

—¿No? —preguntó Mason.

El Dr. Renault apretó firmemente sus mandíbulas.

—No —dijo.

—Entonces, ¿no cree usted que un veneno fuera el causante de su muerte?

—Un momento, míster Mason. Esta es otra cuestión. Yo creo que un veneno causó su muerte.

—¿Pero no cree que fuera el cianuro potásico?

—No señor, no lo creo. Creo que su muerte sobrevino a consecuencia de la extrema postración que siguió a la ingestión de un veneno arsenical, que ya había sido eliminado casi totalmente de su organismo.

—Vamos a ver —dijo Mason—. Usted era el médico que le atendía. Usted vio morir a aquel hombre.

—Sí, señor.

—¿Y usted no cree que su muerte fuera causada por el cianuro potásico?

—No, señor. No lo creo.

—Permítame un instante, Señorita —intervino Vandling—. Están surgiendo unas complicaciones que yo no había previsto. Temo tener que admitir que yo no había interrogado al Dr. Renault sobre la causa de la muerte, porque tenía la certidumbre de que la presencia del veneno hallado durante la autopsia, explicaba por completo la cuestión de la causa del fallecimiento.

—Tendrá usted la oportunidad de volver a interrogarle —dijo Mason—. Estoy haciendo preguntas específicas al doctor en mi interrogatorio, y estoy obteniendo específicas respuestas. Quiero que todas estas respuestas queden registradas.

—Claro que quedan registradas —dijo Vandling.

—¿Está usted tratando de poner objeciones a mi interrogatorio? —preguntó Mason.

—No, prosiga usted. Conozcamos los hechos, cualesquiera que sean éstos —dijo Vandling sentándose.

—Aclaremos esta cuestión, Doctor —dijo Mason—. ¿Vio usted morir al hombre?

—Sí, señor.

—¿Se halla usted familiarizado con los síntomas de envenenamiento por el cianuro potásico?

—Sí, señor.

—¿Y no cree usted que muriera por causa de dicho veneno?

—Estoy completamente seguro de que no. No había ninguno de los síntomas típicos. Su muerte fue debida a debilidad, postración y a su imposibilidad de recuperarse de los efectos del veneno.

—*Usted* no sabe si ingirió un veneno.

—Yo sé lo que él me dijo, y sé cuáles eran sus síntomas.

—Pero muchos de los síntomas le fueron descritos por él, ¿no es así?

—Bien, es natural que me describiera sus síntomas. Un médico hace esta clase de preguntas a su paciente.

—¿Sabe usted si tomó algún veneno?

—Sé que su estado era tal que ello era compatible con los síntomas que me describió.

—Él le dijo que su esposa estaba tratando de envenenarle. Le dijo que había comido uno de los bombones de la caja, que poco después de comerlo... ¿Sabe usted si tomó *algún* veneno?

—Inmediatamente después de comerlo —dijo el doctor.

—Muy bien, inmediatamente después de comerlo, se apoderaron de él los síntomas, en forma de dolor, calambres y vómitos.

—Sí, señor.

—¿Y era la opinión de Davenport que esto era debido a envenenamiento por arsénico?

—A envenenamiento. No creo que mencionara el arsénico. Sí, quizá también lo mencionó.

—¿Fue usted quien mencionó el arsénico?

—Puede ser.

—¿Había estado el difunto en Paradise durante algún tiempo?

—Así lo dijo.

—¿Se dirigía a su casa de Los Angeles?

—Sí, señor.

—¿Y le dijo a usted que había comido un bombón, y entonces se había sentido enfermo?

—Lo he dicho repetidas veces. Sí, señor. Creo haber contestado esta pregunta de una forma u otra, repetidamente.

—Pero, ¿usted no sabe si comió un bombón?

—Sólo porque él me lo dijo.

—¿A usted no le consta por sí mismo que comió un bombón?

—No, señor.

—¿Pero si le consta a usted que *no* murió por envenenamiento por cianuro de potasio?

—Sus síntomas no tenían similitud alguna con los que yo hubiera esperado hallar a consecuencia de la ingestión de tal veneno. No, señor.

—Voy ahora a ir un poco más lejos con usted, Doctor. ¿Ha afirmado usted que el hombre describió sus propios síntomas de envenenamiento?

—Sí, señor.

—¿Y que su estado era compatible con tal envenenamiento?

—Sí, señor.

—¿Y que cuando usted dejó al hombre alrededor de las tres de la tarde, éste había fallecido?

—Sí, señor.

—Pues en este caso —dijo Mason—, *¿de dónde saco la ración de huevos con tocino que el Dr. Hoxie encontró en su estómago, estimando que habían sido ingeridos poco antes de su muerte?*

—¿Desea usted saber mi opinión?

—Se la estoy preguntando.

—Mi opinión es de que su mujer se las compuso de algún modo, cuando yo la dejé sola con él, para hacerle tomar algún alimento, y que esta comida le causó la muerte.

—¿De qué modo?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que yo no habría aprobado una comida de esta clase. El hombre se hallaba en un estado en el que solo podía tomar líquidos y no sólidos, y nada pesado. Yo le hubiera administrado algún alimento por vía intravenosa.

—¿Cómo podía un hombre que se estaba muriendo de depresión, agotamiento y debilidad, sentarse en la cama y comerse unos huevos con tocino? —preguntó Mason.

—No puedo comprenderlo.

—¿No puede usted hallarle explicación?

—No puedo hallarle explicación.

—¿Diría usted que el paciente se hallaba en tal estado que no podía haberse comido los huevos con tocino?

El Dr. Renault respondió:

—No hay duda alguna de que el cuerpo en el que se efectuó la autopsia era el del mismo hombre que había sido mi paciente. Desde luego, yo no hubiera podido creer que pudiera hacer una comida como ésta. Es indudable que se le obligó a hacerla. La comida fue hallada en su estómago. Por lo tanto tenía que haberla tomado. Sencillamente, nunca hubiera creído que ello fuera posible.

—Muy bien, vamos a poner algunos puntos en claro —dijo Mason—. ¿Cómo médico, sabe usted que el hombre no murió envenenado por el cianuro de potasio?

—Estoy seguro de que no.

—¿No le consta a usted por sí mismo que comiera ningún bombón, no es así?

—No me consta por mí mismo.

—¿No le consta a usted por sí mismo que ingiriera ninguna clase de veneno?

—Bien..., desde luego, no puedo jurarlo. Yo no estaba allí.

—Por todo lo que le consta a usted por sí mismo, Doctor, Edward Davenport pudo haber sido víctima de un caso típico de intoxicación a consecuencia de alguna comida. Pudo haberlo atribuido a un veneno administrado por su esposa, y pudo haberse equivocado.

—Por lo que yo puedo saber...

—¿No es acaso, Doctor, un hecho frecuente el que una persona se intoxique con algún alimento y crea que el alimentó pudo haber sido deliberadamente envenenado, en vez de simplemente contaminado?

—Es de suponer.

—¿Se ha encontrado usted con algún caso así durante el ejercicio de su profesión?

—Sí..., creo que sí.

—¿Y le consta a usted que Edward Davenport no murió envenenado por el cianuro de potasio?

—Estoy seguro de ello.

—Esto es todo —dijo Mason.

—Espere un momento —dijo Vandling, cuando el Dr. Renault se disponía a abandonar la tarima—. Quiero hacerle unas preguntas, Doctor. ¿He hablado antes con usted, no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y en ningún momento me dijo usted que la muerte de míster Davenport no era debida a envenenamiento por cianuro de potasio?

—No me lo preguntó usted expresamente —dijo el Dr. Renault—. Afirmaré, a título de explicación, que creí posible que su mujer hubiera administrado veneno, que el envenenamiento hubiera resultado fatal, que en mi opinión el hombre pudiera muy bien haber fallecido a consecuencia de los efectos de tal veneno, o que una segunda dosis de veneno hubiera podido serle administrada poco antes de su muerte. Empleé la palabra veneno. Yo no dije cianuro de potasio ni usted me lo preguntó. Yo le dije específicamente que en mi opinión, el hombre podía haber fallecido únicamente por no poder reponerse su organismo del trastorno causado por los efectos del veneno que le había sido administrado

en un bombón, alrededor de las siete de la mañana.

—Sí, ya lo sé —admitió Vandling— pero no me dijo usted expresamente que no podía haber muerto envenenado por el cianuro.

—No se me preguntó. No veo motivo de entrar en discusión con otro colega a menos que la pregunta me sea formulada en tales circunstancias, que no pueda evitar contestarla. Míster Mason me hizo una pregunta concreta, y yo le di una respuesta concreta. Había decidido dar esta respuesta si se me preguntaba sobre ello y yo no podía evitarlo. Me hallaba junto al hombre cuando éste murió. Su muerte pudo haber sido debida a algún veneno que actuara sobre su corazón, o podía haber sido debida a los efectos de un veneno ingerido mucho antes, pero los síntomas mortales que pudieran esperarse de haber sido administrado cianuro potásico no se presentaron en aquel momento.

—¿Sabe usted qué cantidad de cianuro fue hallada en el estómago de la víctima al hacerle la autopsia?

—Sí.

—¿Y era una cantidad suficiente para poder causar la muerte?

—Sin duda alguna.

—Por lo tanto..., espere —dijo Vandling—, si el hombre no hubiera muerto envenenado con cianuro potásico tendría que haber muerto envenenado con cianuro de potasio. Quiero decir que su organismo contenía bastante cianuro para haberle matado, aunque usted no crea que muriera con cianuro.

—Me opongo a la pregunta —dijo Mason—, por prestarse a argumentación, por no pertenecer propiamente al interrogatorio, y por resultar por completo ambigua. No interesa saber de qué hubiera muerto aquel hombre si no hubiera muerto de otra cosa. Lo que interesa saber es lo que causó su muerte.

—Yo también lo creo así —dijo el Juez Siler—. Apruebo la objeción a la pregunta formulada de este modo.

—Señoría —dijo Vandling—, es ésta una situación peculiar. El doctor Hoxie es un médico y un toxicólogo muy competente. Ha atestiguado haber hallado veneno suficiente en el estómago del difunto para haber podido causar su muerte. Ha mencionado específicamente que el veneno era cianuro potásico, un veneno de efectos rapidísimos y fatales. El doctor Renault presenta ahora su

opinión de que el hombre no murió envenenado con cianuro de potasio. Es, desde luego, su propia opinión.

—Es un médico. Ha dado su opinión —dijo el Juez Siler.

—Y era *su* testigo —añadió Mason.

—Señoría —dijo Vandling—, creo que, dadas las circunstancias, está justificado que la acusación solicite un aplazamiento de la causa. Debo manifestar francamente que a estas alturas, la deposición de procedimientos en esta causa no daría lugar a la constitución de un tribunal para ulteriores acusaciones. Podría deponer ahora esta demanda y arrestar a esta mujer mañana bajo los mismos cargos.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó Mason.

—No estoy dispuesto a hacerlo, de momento. Quiero investigar con mayor amplitud el caso. Puedo afirmar, Señoría, que en cierto modo me veo ligado por el hecho de ser el doctor Renault mi testigo. Si hubiera llamado sencillamente al estrado al doctor Hoxie, y demostrado la causa de la muerte a través de la autopsia, si hubiera demostrado la presencia de veneno en los bombones y la de las huellas de la acusada en estos bombones, en especial después de haber afirmado ella que nunca había abierto la caja de estos bombones, hubiera establecido un caso de *prima facie*.

—¿Pretende usted pedirme que obligue a comparecer a la acusada, basándome en las pruebas de este caso, tal como éste se presenta *ahora*? —preguntó el Juez Siler.

—No lo sé, Señoría —dijo Vandling—. La situación es bastante complicada. Lo registrado hasta ahora demuestra que el doctor Renault fue llamado como testigo mío, y que ahora ha afirmado positivamente que en su opinión, el hombre no murió envenenado con cianuro de potasio.

—Y además —señaló Mason—, su otro médico no pudo hallar indicio alguno de chocolate de los bombones en el estómago del difunto.

—Me agradecería mandar retirarse al doctor Renault, y llamar de nuevo al doctor Hoxie, para hacerle una pregunta —dijo Vandling.

—¿Alguna objeción? —preguntó el Juez Siler.

—Ninguna objeción, Señoría —sonrió Mason.

—Haga el favor de retirarse, doctor Renault. ¿Quiere usted venir, doctor Hoxie? Ya ha prestado usted juramento, doctor. Sólo

quiero hacerle una pregunta.

El doctor Hoxie se dirigió al estrado de los testigos. Estaba erizado de indignación profesional.

—¿Ha oído usted el testimonio del doctor Renault? —dijo Vandling.

—Lo he oído —exclamó secamente el doctor Hoxie.

—¿Tiene usted alguna duda sobre las causas de la muerte en este caso?

—Absolutamente ninguna. El hombre a quien yo hice la autopsia murió envenenado por el cianuro de potasio.

—¿O sea que había suficiente cianuro potásico en su estómago como para haber causado su muerte?

—Sí, señor.

—Voy a hacerle ahora otra pregunta. Es bastante forzada, y puede resultar bastante espeluznante. ¿Es posible que una persona extraiga el contenido del estómago de un cadáver por medio de una bomba?

—Sí, desde luego.

—Muy bien. ¿Sería posible que alguien introdujera por el mismo medio, algo en el estómago del cadáver?

El doctor Hoxie vaciló.

—¿Está usted preguntándome —dijo por fin—, si se habría podido hacer esto en el caso que nos ocupa?

—Se lo estoy preguntando como una posibilidad en general.

—Creo que en general, ello es posible. Afirmaré, sin embargo, que en mi opinión Edward Davenport murió por efecto del cianuro potásico. No solamente se hallaba presente el veneno, sino que estaban presentes los síntomas, la presencia de espuma, el olor característico, los síntomas generales. En mi opinión, el hombre murió casi inmediatamente después de ingerir una fuerte dosis de cianuro potásico. Aproximadamente una hora antes de su muerte, había estado bebiendo. También había comido huevos con tocino, una hora poco más o menos antes de su muerte.

—Estoy tratando, Señoría, de aclarar los hechos de este caso. Quiero hallar una solución para esta situación aparentemente contradictoria —explícle Vandling al Juez Siler.

—Por lo que a mí concierne, no hay contradicción alguna —dijo el doctor Hoxie—. En mi opinión, el hombre murió envenenado por

el cianuro potásico. Las necesarias condiciones se hallaban todas presentes. El veneno se hallaba presente. Sencillamente, el hombre no podía haber sobrevivido a la ingestión de la dosis de veneno que yo hallé en su estómago. Todas las características de envenenamiento ciánico se hallaban presentes. En mi opinión, ésta fue la causa de la muerte, prescindiendo de lo que cualquier otro pueda decir en contra.

—¿Desea usted hacer alguna pregunta? —dijole Vandling a Mason.

—¿Cree usted que el veneno fue ingerido en un bombón? —preguntó Mason.

—No lo creo.

—¿Diría usted que no?

—Diría que no creo que el veneno fuese ingerido con un bombón. Creo que la muerte fue muy rápida y no hallé indicios de chocolate, aunque los busqué muy cuidadosamente en el contenido del estómago.

—¿Cómo cree usted que fue ingerido el veneno?

—No creo que fuese acompañado de comida. Pudo ser administrado en el whisky. Había whisky en el estómago y alcohol en la sangre. Tengo otra teoría referente a una posibilidad, que no me importa manifestar.

Mason reflexionó unos instantes, y luego dijo:

—¿Esta teoría es que al difunto se le pudo haber administrado una fuerte dosis de veneno..., digamos como si se tratara de una medicina?

—Si.

—Esto es todo, doctor —dijo Mason, sonriendo.

—Sólo una pregunta en segundo interrogatorio, Doctor —exclamó Vandling con aire triunfal—. ¿Es entonces posible, en su opinión, que la acusada pudo haberle dado este veneno a Edward Davenport, simulando que se trataba de una medicina?

—No.

—¿Cómo? Creí que acababa de decir que el cianuro pudo haber sido administrado como una medicina.

—Y lo sostengo, pero no por mistress Davenport, porque no se halló en la habitación con el suficiente límite de tiempo. Mi opinión es de que Edward Davenport, después de ingerir el veneno, vivió

menos de dos minutos.

—¿Desea usted hacer alguna otra pregunta? —dijole Vandling a Mason.

—Absolutamente ninguna —respondió Mason—. Lo está usted haciendo muy bien. Prosiga. Es su propio guisado. Trate de desenmarañarlo.

—Desearía pedir un aplazamiento —dijo Vandling—. Son más de las doce, Señoría. Normalmente, el tribunal hace un alto hasta las dos de la tarde. Suplico al tribunal que aplace la sesión hasta las cuatro de esta tarde.

—¿Tiene algo que objetar la defensa? —preguntó el Juez Siler.

—Creo que no, dadas las circunstancias —dijo Mason—. De hecho, si la acusación lo desea, concederemos un aplazamiento hasta mañana por la mañana a las diez.

—Me gustaría disponer de este aplazamiento, siempre y cuando se estipule que... Preferiría que la solicitud procediera de la defensa —dijo Vandling.

—Presentaré tal petición —dijo rápidamente Mason.

—Muy bien —decidió el Juez Siler—. A petición de la defensa, la causa queda aplazada hasta mañana por la mañana, a las diez. Se levanta la sesión.

Vandling miró hacia Mason.

—Bien —dijo—, se me había advertido que con usted cabía esperar lo inesperado, pero esto es lo más cargante con que me he topado en toda mi carrera.

—¿Qué va a hacer usted? —sonrió Mason.

—No lo sé —dijo Vandling—. Puedo seguir obligándola a comparecer, pero en vista del testimonio del doctor Renault, necesitaré hacer un esfuerzo de mil diablos para convencer de su culpabilidad al jurado.

—Bueno, por lo menos habla usted con franqueza —dijole Mason.

—Es inútil tratar de ocultarle nada a usted —dijo Vandling—. Sabe usted tan bien como yo lo que sucedería, si una situación como ésta se plantease ante un jurado.

—¿Va usted a retirar su acusación?

—No lo creo. Me metí en este asunto con los ojos cerrados. Creo que probablemente podré plantear el caso ante un jurado sin llamar

al doctor Renault, y le obligaré a usted a que lo llame como testigo suyo.

—¿Y después qué? —preguntó Mason.

—Después —dijo Vandling, bajando la voz—, atacaré su competencia profesional. No creo que esté muy bien visto en los círculos médicos de por aquí. Está desacreditado. Es un hombre ya maduro, y sin embargo, sólo ha ejercido durante tres años en Crampton. Creo que una vez se vio en apuros a causa de un asunto de narcóticos. Por esto el doctor Hoxie se indignó tanto ante la idea de que sus descubrimientos fueran puestos en solfa por un hombre del bajo nivel profesional del doctor Renault.

—El doctor Renault se mostró bastante positivo —dijo Mason.

—No cabe duda de ello.

—Y después, desde luego —continuó Mason—, tiene usted el espectáculo del cadáver saltando por la ventana.

Vandling frunció el ceño.

—Es un caso muy extraño. Alguien pudo haber arrojado el cuerpo por la ventana, y después adoptar la personalidad del muerto. Pedí un aplazamiento porque estoy preparando un plan. Se sorprendería usted si supiera lo que estoy pensando en estos momentos.

—Quizá no sepa lo que está usted pensando —dijo Mason—, pero le apuesto cinco dólares a que sé lo que va usted a hacer.

—¿Qué?

—Va usted a llamar al fiscal de distrito de Los Angeles y sugerir que existen aquí unas cuantas dificultades técnicas que le están incomodando, y que, dadas las circunstancias, cree usted que sería mejor que el gran jurado de Los Angeles procesara a Myrna Davenport por el asesinato de Hortense Paxton, y efectuar allí primero la vista de dicha causa.

Vandling echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—Bueno —dijo—, me habían advertido que usted se anticiparía a todos mis movimientos. Bien, si usted me permite, voy a telefonar.

Mientras Vandling se alejaba, Mason se dirigió al agente de policía.

—Desearía hablar sólo unos momentos con mi cliente, antes de que la lleven ustedes de nuevo a su celda.

Cogió a mistress Davenport por el brazo, y la llevó a un rincón de la sala, donde no hubiera nadie, diciéndole:

—¿Qué es lo que me decía usted? ¿Que no había abierto nunca aquella caja de bombones?

—Míster Mason, le estoy diciendo la verdad. Nunca abrí aquella caja de bombones.

—Sus huellas digitales aparecieron en los bombones —dijo Mason.

—Algo ha ocurrido. No pueden ser mis huellas. Tienen que haber sido falsificadas de algún modo.

—La cuestión de las huellas falsificadas —dijo Mason— aparece de vez en cuando, pero que yo sepa, nunca se ha registrado un caso en el que el jurado haya admitido que las huellas digitales del acusado hubieran sido falsificadas con éxito. No cuando las huellas han sido dejadas en algún lugar. En qué momento han sido dejadas, es otro aspecto del asunto. Éstas huellas están en el lugar.

Myrna Davenport bajó la vista.

—Bien —dijo con su voz baja—, aquellas no son mis huellas. No pueden serlo.

—¿Porque usted no abrió la caja de bombones?

—Porque yo no abrí la caja de bombones.

Sara Ansel acudió ruidosamente desde el fondo de la sala, donde había estado sentada como espectadora.

—Míster Mason —dijo—, ¿puedo hablar con usted?

Mason asintió.

Ella avanzó a través de la valla y entró en el recinto cerrado reservado para los agentes de policía de la sala.

—Míster Mason, yo sé, yo sé de fijo que Myrna no ha hecho nada de lo que le imputan. Ella no le dio huevos con tocino a Ed Davenport. Él no comió nada, mientras estábamos allí. Apenas estaba consciente y casi no podía hablar, y ella no entró en aquella habitación después de marcharse el doctor Renault. Ella...

Myrna miró con ojos glaciales a Sara Ansel.

—Fuera de aquí —dijo.

—Myrna, querida... estoy tratando de ayudarte —dijo Sara Ansel.

—Has hecho todo lo que has podido por traicionarme —replicó ella.

—Myrna, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Claro que sí.

—No puede ser —dijo Sara Ansel—. Estás trastornada y excitada. Ahora, Myrna, querida, sé cómo pudieron aparecer tus huellas en los bombones. Tú le diste a Ed una caja llena, es cierto. La metiste en su maleta. Pero había otra caja, ya empezada, en la sala de estar. Tú y yo habíamos estado comiendo bombones. Había dos cajas en la sala de estar, las dos a medio vaciar. Tú metiste todos los bombones en una de ellas; por lo tanto, tus huellas estaban en algunos de los bombones que tú tocaste. El debió coger la caja en la que tú reuniste los bombones, junto con la que tú metiste en su maleta.

»Después, mientras estaba en Paradise, debió comerse todos los bombones de la caja nueva que metiste en su maleta. Quedó en su maleta la otra caja..., aquella en que tú habías metido los bombones de las dos cajas a medio vaciar.

»Estoy casi segura de que la caja que tiene ahora la policía es la que tú preparaste con los bombones de las dos cajas abiertas. *Casi* podría jurarlo.

Sin dirigir una sola palabra a Sara Ansel, Myrna se volvió hacia el agente.

—¿Quiere hacer el favor de llevarme a mi celda? —dijo—. Estoy cansada.

El agente se llevó a Myrna Davenport. Sara Ansel se volvió hacia Mason, diciendo indignada:

—¡Bueno! ¿Qué le parece esto? ¡Aquí estoy tratando de ayudarla y me trata de este modo!

—Bien —dijo Mason—, tiene usted que reconocer que hizo todo lo posible por ayudar a las autoridades de Los Angeles a establecer un caso contra ella.

—Esto fue cuando yo me sentía excitada y..., ¡la pobre muchacha! Nunca ha sido capaz de hacer daño a una mosca. Lo lamento. Lamento terriblemente lo que hice, míster Mason, pero desde luego, no estoy dispuesta a presentar mi otra mejilla a esta tontuela que parece un ratón. Caramba, si no hubiera sido por mí, Ed Davenport la habría despojado de todo. Había enredado de tal modo su fortuna, que a ella no le habría quedado ni un centavo más de lo que él le hubiera querido dar, y entonces la habría

abandonado. Estoy tan segura como si lo estuviera viendo. He tratado bastante a los hombres como para conocerlos.

—¿Va usted a quedarse algún tiempo aquí? —preguntó Mason.

—Claro. Ya oyó lo que dijo el juez. Tengo que quedarme.

—Tal vez me convenga hablar con usted —dijo Mason.

—De acuerdo, me encontrará en el Hotel Fresno.

—Gracias, quizá nos veamos. A lo mejor me interesa hacerle unas cuantas preguntas más... sobre los bombones.

Capítulo 12

Perry Mason, Paul Drake y Della Street se reunieron en las habitaciones de Mason en el California Hotel.

—Bien —dijo Mason—, por lo menos vamos aclarando la situación.

—¿Aclarándola? —exclamó Drake—. Está de tal modo enmarañada que yo no le veo pies ni cabeza, y dudo que se los vea nadie más.

—¡Hombre, Paul! —dijo Mason—. Tal como están las cosas, solamente hay una persona en el mundo que pudiera haber matado a Edward Davenport.

—¿Te refieres a Myrna? —preguntó Drake.

Mason sonrió.

—¿Cómo hubiera podido matarle Myrna?

—Es muy fácil —dijo Drake—. Al llegar a Crampton, hubiera podido administrarle una dosis de cianuro potásico, y llamar después urgentemente al doctor Renault.

—¿Y cómo se las arregló para hacer desaparecer el cuerpo?

—Por medio de algún cómplice masculino, quien sacó el cuerpo por la ventana, y después se puso el pijama de topos encarnados, saltando por la ventana cuando estuvo seguro de que alguien estaba mirando... alguien que estuviera lo bastante lejos para que pudiera distinguir la figura del hombre, pero que no pudiera ver su cara.

—Muy interesante —dijo Mason—. ¿Pero cómo podía ella saber que su marido iba a ponerse enfermo al llegar a Crampton?

—A ella no le preocupaba cuando se pusiera enfermo —dijo Drake—. Ella aprovechó la oportunidad. Administró el veneno simplemente porque le encontró tan enfermo. A ella le tenía sin cuidado que él enfermara en Crampton, Fresno, Bakersfield, Paradise o Timbuktu.

—Todo esto está muy bien —dijo Mason—. Pero te olvidas de la tumba. ¿Cómo supo mistress Davenport que había una tumba esperando a unas tres millas de la ciudad?

—Porque ella la había excavado.

—¿Cuándo?

—Es probable que ella hubiera ido allí la semana anterior y cavado la tumba, o más probablemente cuidó de que lo hiciera su cómplice.

—Entonces —dijo Mason—, ella ya sabía que él iba a ponerse enfermo en el mismo momento en que llegara a Crampton.

Drake empezó a rascarse la cabeza.

—Bueno, que me ahorquen si lo entiendo —dijo.

—¿Quién le mató? —preguntó Della Street.

—Alguien que sabía que iba a ponerse enfermo cuando llegase a Crampton —dijo Mason.

—Pero, ¿quién pudo haber sido?

—Yo tengo alguna idea —dijo Mason—, pero va a requerir alguna comprobación. Todo lo que puedo asegurar, es que solamente una persona se hallaba en situación de poder saber lo que iba a suceder.

—¿Quién? —preguntó Della Street.

—No voy a hacer ningún pronóstico por el momento. Vamos a salir en busca de algunas pruebas adicionales, mientras nuestro amigo Talbert Vandling sostiene cierta discusión con el fiscal de distrito de Los Angeles.

—¿Una discusión? —preguntó Drake.

—Claro —dijo Mason—. No vayas a creer que el fiscal de distrito de Los Angeles siente ningún deseo de apropiarse del caso en estos momentos.

—¿Por qué no?

—Porque Fresno empezó el asunto. Estaban seguros de demostrar la culpabilidad de Myrna, y ahora se echan de pronto atrás, al descubrir que todo su edificio se tambalea. Si el fiscal de distrito de Los Angeles pudiera haberla tenido convicta de algún delito en Fresno, aunque sólo se tratara del delito de complicidad después del hecho, o de haber administrado veneno por negligencia, se hubiera sentido muy satisfecho de acusarla del asesinato de Hortense Paxton. Entonces, cuando la hubiera tenido en el estrado,

la habría atacado demostrando que se hallaba convicta de un delito, y explicando de qué clase de delito se trataba. Después, a ella no le habría quedado ni la más mínima esperanza. Tal como están las cosas ahora, el fiscal de Los Angeles puede demostrar que Hortense Paxton murió envenenada, que Myrna Davenport estaba en situación de beneficiarse de su muerte, que Myrna Davenport disponía de algunos venenos en su casa y que intentó ocultar estos venenos al saber que el cuerpo de Hortense Paxton estaba siendo exhumado.

—Es un caso muy fuerte —dijo Drake.

—Es un caso muy fuerte, pero no es un caso convincente —replicó Mason—. Solamente una o dos pruebas más y podrían estar seguros de un veredicto de culpabilidad. Pero por otra parte, sólo una o dos pequeñas pruebas en favor de la defensa, y lo más que podrían esperar sería un jurado lleno de dudas.

—¿Qué hechos podrías aportar en favor de la defensa?

Mason sonrió.

—El envenenamiento de Ed Davenport.

—¿Qué quieres decir?

—La persona que le envenenó a él, es presumiblemente la misma persona que envenenó a Hortense Paxton.

—¿Podrías utilizar este argumento?

—En otras circunstancias, el fiscal de distrito lo intentaría de todas maneras. Si creyera que se podía demostrar la culpabilidad de Myrna Davenport, utilizaría la vieja artimaña de mostrar que estos dos eran crímenes de la misma índole y todo esto. Tal como está ahora planteado el asunto, la defensa alegaría que tenía derecho a presentar los hechos del mismo modo. Por lo menos, la defensa podría intentar presentarlos, y si la acusación tratara de oponerse, el jurado abrigaría tantas sospechas de todo el asunto, que no se pronunciaría en favor de la culpabilidad.

—Lo que significa —dijo Drake— que el fiscal de Los Angeles le dirá a Vandling que ya que empezó él este asunto, lo continúe y lo termine.

Mason asintió.

—¿Qué hará, por lo tanto, Vandling? —preguntó Drake.

—Tratar de obtener alguna evidencia adicional. Si no lo hace tendrá que retirar la acusación.

—¿Por qué?

—Fíjate —dijo Mason—. Myrna Davenport puso los bombones en la maleta de su marido. Los bombones estaban envenenados. Contenían arsénico y cianuro potásico. El doctor Renault puede jurar que el hombre le dijo que tenía síntomas de envenenamiento con arsénico, pero que no murió a causa del cianuro potásico. No puede jurar que le conste que el hombre tuviera síntomas de haber sido envenenado con arsénico. Sólo lo sabe por lo que le contó Davenport, y esto es saberlo de oídas, y por lo tanto no es admisible. El doctor Hoxie jurará que el hombre ha de haber muerto forzosamente envenenado con cianuro de potasio, pero no puede hallar ningún indicio de bombones en el estómago. Por lo tanto, no pudo haber muerto a consecuencia de comer bombones envenenados. La única cosa que pueden realmente relacionar con Myrna Davenport, son los bombones envenenados.

—¿Qué podemos hacer, por lo tanto? —preguntó Drake.

—Llegarnos al lugar de Crampton, donde estaba la tumba —dijo Mason—, y buscar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Dónde estuvo aparcado un vehículo de seis ruedas.

—¿Un vehículo de seis ruedas? —preguntó Drake.

—Esto es.

—¿Qué quieres decir?

—Un automóvil de cuatro ruedas y una casa remolque de dos ruedas.

—No caigo —dijo Drake.

—Y después —continuó Mason—, trataremos de hallar a Mabel Norge.

—¿Por qué?

—Porque quiero interrogarla.

—¿Cómo nos arreglaremos para encontrarla?

—Tienes su descripción —dijo Mason—. Alta, morena, veintisiete o veintiocho años, buen tipo sin ser alta, ojos grises, cejas finas, negras y bien dibujadas. Para encontrarla, te irás a San Bernardino y empezarás a investigar en los hoteles y moteles. Pon también a alguien en contacto con el fiscal de distrito de Butte County, o trata de buscar algún enlace con su oficina.

—¿Para qué?

—Creo que ella intentará comunicarse con él.

—¿Por qué? ¿Qué te hace pensarlo?

—Porque no querrá que la consideren como fugitiva, y no deseará que su ausencia dé lugar a malas interpretaciones. Creo que probablemente telefoneará al fiscal de distrito y le dirá dónde la puede encontrar, pero le suplicará que considere su dirección como confidencial.

—¿Crees que el fiscal de Butte County la protegerá? —preguntó Drake.

—Creo que tratará de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque la utilizará, o bien como cebo, o bien como una carta oculta en su manga, según lo que más convenga a sus propósitos, y si él es el único en saber dónde se halla, ello fortalece su posición.

—Perfectamente, Perry —suspiró Drake—. ¿Qué quieres que haga ahora?

—De momento —dijo Mason—, haz que tus hombres cubran San Bernardino. Quiero encontrar a Mabel Norge. Estoy particularmente deseoso de no turbar su tranquilidad. Estoy seguro de que ha telefonado o telefoneará al fiscal de Butte Country. Él le dirá que se quede donde está. No quiero que nadie se entere de que la andamos buscando. No resultará una tarea muy difícil. La gente que va a los moteles suele estar de paso. Se quedan durante un día. Una mujer joven y atractiva que se queda durante una temporada, ha de llamar forzosamente la atención.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Della y yo nos vamos al lugar donde se hallaba la tumba. Vamos a dar una vuelta por allí. Regresaremos dentro de poco, cuando tengas preparado lo de San Bernardino.

—¿Y qué hacemos con Sara Ansel? —preguntó Drake—. Ha estado dándome la lata, tratando de verme, tratando de explicar que ella es la fiel amiga de Myrna, y que desea remediarlo todo.

—Que se las arregle —dijo Mason—. Déjala que se las componga por sí sola.

—Esto está muy bien —repuso Drake, haciendo una mueca—, ¿pero cómo voy a hacerlo para que me deje de una vez en paz?

—Probablemente —dijo Mason—, tendrás que asestarle un mazazo en la cabeza. Vamos, Della, en marcha.

Mason y Della Street salieron del hotel y se dirigieron en coche a Crampton; una vez allí tomaron la carretera que había sido indicada en los mapas exhibidos por Vandling, localizando la tumba.

Unos cuantos curiosos habían merodeado por allí. Había huellas de los coches que se habían detenido en aquel lugar. Cajas vacías de película aportaban mudo testimonio de la cantidad de fotografías que los aficionados habían tomado. Docenas de pies habían apisonado la tierra alrededor de la tumba.

—Della —dijo Mason—, si mi teoría es correcta, hubo un coche con una casa remolque aparcado a muy poca distancia. Probablemente estuvo aquí durante dos o tres días. Me gustaría encontrar dónde se hallaba.

Della Street enarcó las cejas.

—¿Si tu teoría es correcta?

—Esto es.

—¿Y puede saberse cuál es tu teoría?

—Vamos, vamos, Della —dijo Mason—. No quieras despojarme de mis laureles.

—¿Qué quieres decir?

—Si resulta que estoy en lo cierto —dijo Mason—, podré indicarle a Paul Drake las simples y elementales fases del razonamiento que convierte en absolutamente imperativo el que ciertos acontecimientos se hayan desarrollado siguiendo una determinada secuencia.

—¿Y si te equivocas?

—Si me equivoco —dijo Mason—, y no te adelanto mi teoría, siempre puedo decir casualmente: «Bien, tenía una teoría, pero esta teoría no parece haber sido sustentada por los hechos, por lo que no te haré perder el tiempo explicándotela».

—Todo esto está muy bien para decírselo a Paul Drake —protestó Della Street—, pero, ¿vas a tratarme a mí del mismo modo?

—Es exactamente lo que voy a hacer —dijo Mason—. Quiero causarte a ti una impresión aún mejor que a Paul Drake.

—No es necesario. Ya lo has hecho.

—Después de todo, Della, no puedes esperar de un prestidigitador que explique cómo ha podido realizar su juego antes de presentarlo. Ello eliminaría todo el encanto y todo el misterio.

—No puedes eliminar ningún encanto, al aclarar el misterio —dijo Della Street—, pero si deseas que yo te ayude, merodeando por estos parajes, en busca del lugar donde aparcó una casa remolque, será mejor que me lo cuentes.

—Vamos a enfocararlo desde el siguiente punto de vista, Della. El plan entero del asesinato dependía del hecho de que alguien debió saber que Edward Davenport iba a ponerse seriamente enfermo al salir de Fresno, y que en el momento de llegar a Crampton, estaría tan grave que no le sería posible continuar su viaje. Tendría que trasladarse a un motel y avisar a un médico. De otra forma, no hubiera podido realizarse ningún asesinato. No habría podido planearse ningún asesinato, por lo menos hasta el punto de tener ya una tumba preparada.

—Es cierto. Ya lo dijiste antes, jefe.

—Bien —dijo Mason—, ¿quién fue la persona? ¿Quién era la *única* persona que pudo haber sabido que Davenport enfermaría en aquel lugar preciso y en aquel preciso momento?

—¿Mabel Norge, la secretaria? —aventuró Della Street.

—Te he dado ya todas las pistas, Della —dijo Mason, echándose a reír—. Vete a buscar el sitio en que aparcó aquella casa remolque, por el lado este de esta colina. Yo miraré por el lado oeste. Pero no te alejes. No vayas más allá del alcance de mi voz; ha de estar por aquí, a unas cien o ciento cincuenta yardas. Si ves a alguien o crees que te están vigilando, no dejes de pegarme un grito. Yo estaré a la escucha.

Della Street vaciló un momento.

—¿No me das ninguna otra pista?

—No, a menos que las encuentres tú —dijo Mason—. Al fin y al cabo, si saco un conejo del sombrero, no quiero que mi público empiece a bostezar ante mis narices. Me estoy divirtiendo de una manera tremenda, Della.

—Lo que pasa es que eres un pedante —dijo ella, y dando media vuelta, se dirigió hacia la colina por el terreno lleno de matorrales.

Mason esperó durante unos segundos, encaminándose después hacia el otro lado, andando lentamente y describiendo amplios zigzags, en busca de las huellas de ruedas.

Quince minutos después, Mason se hallaba de regreso junto a la colina, y silbaba llamando a Della Street.

Esperó durante unos ansiosos momentos, después, cuando se disponía a volver a bajar de la colina, la oyó llamándole desde lejos.

Mason volvió a silbar, y después se precipitó entre los matorrales. Al cabo de un rato descubrió las huellas de Della Street, y al volver a silbar, oyó su llamada.

Mason recorrió de nuevo una distancia de unas cincuenta yardas, volvió a silbar y volvió a obtener respuesta.

—Cielos, Della —dijo—, no quería que te alejaras tanto. ¿Qué te habría pasado si te hubieras topado con algún...?

—Estoy sobre la pista —dijo ella.

Mason se apresuró a llegar junto a ella, y Della Street le señaló las huellas de ruedas de automóvil, impresas en la blanda tierra.

—¡Oh, oh! —dijo Mason.

—Son huellas estrechas de *jeep* —dijo Della—. ¿Pueden significar algo?

—Tal vez.

—¿Eliminaría la necesidad de una casa remolque?

—No lo sé —dijo Mason—. Creo que no. Sigamos las huellas.

—¿En qué dirección?

—¿Dónde empezaste a verlas, Della?

—No sé..., creo que a unos cien pies de la colina.

—Perfectamente, sigámoslas desde la colina, pues.

Mason y Della Street siguieron las huellas durante un centenar de yardas, llegando de pronto a un pequeño claro entre la maleza, donde un camino medio borroso pero aún transitable, llevaba hasta la carretera. Había allí un espacio despejado, donde resultaba evidente que había sido aparcada una casa remolque. No solamente eran visibles las huellas, sino que había un hoyo de reducido tamaño en el suelo, lleno del agua procedente de un sumidero, exactamente detrás de la rueda izquierda.

Della Street hizo una leve reverencia.

—Muy bien, míster Mason —dijo— ya ha sacado usted el conejo del sombrero. Ya ha descubierto el escondrijo de la casa remolque. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ahora —dijo Mason—, marcaremos cuidadosamente el lugar. Vamos a regresar a Fresno. Vamos a pedirle a Paul Drake una pareja de sus más acreditados y observadores detectives, y les haremos venir aquí para que pasen un peine fino por todo este lugar, y para

que tomen nota de todos los artículos.

—¿Artículos? —preguntó Della Street.

Mason señaló un montón pequeño de latas vacías.

—De todos —dijo—. De cada artículo, uno por uno. Queremos un inventario completo de este sitio, antes de que nada le pueda suceder.

—¿No podemos hacer nosotros el inventario, ya que estamos aquí?

—Nos esperan otras tareas —contestó Mason—. Vamos a salir para San Bernardino antes de una hora.

—Pero, después de haber dejado estupefacto a todo el mundo, al sacar el conejo del sombrero, ¿nos dirás cómo sabías que el conejo se hallaba dentro del sombrero? —preguntó Della Street.

—Aún no has contestado a mi pregunta, Della —dijo Mason.

—¿Qué pregunta?

—¿Quién era la persona? ¿Quién era la única persona que pudo haber tenido la posibilidad de saber que Edward Davenport iba a salir de Fresno alrededor de las siete de la mañana, que iba a ponerse tan enfermo tan pronto como iniciara su viaje, y que en el instante de llegar a Crampton iba a sentirse tan mal que le fuera imposible continuar, que tuviera que meterse en cama y llamar a un médico?

—No había tal persona —dijo Della Street—. Es imposible que la hubiera.

—Entonces no podía tratarse de un asesinato premeditado.

—Pero tenía que serlo, de otro modo..., caramba, jefe, la tumba fue excavada dos o tres días antes. Es el crimen más premeditado y diabólico que pueda imaginarse. Esto es, si aquella tumba estuvo siempre destinada a Ed Davenport.

—Lo estuvo —afirmó Mason—. Vamos, Della, regresemos a Fresno. Vamos a alquilar un avión para que nos lleve a San Bernardino. Durante el tiempo que empleemos en llegar allí, los hombres de Drake pueden haber localizado a Mabel Norge.

—¿Y si no la han encontrado?

—Entonces, trataremos de encontrarla nosotros, pero yo creo que ya habrán descubierto su paradero. Entretanto haremos que los hombres de Drake se ocupen de husmear cada pulgada de este terreno, en busca de pistas. Por ejemplo, Della, fíjate en estas latas.

Aquí tenemos una lata que contuvo judías cocidas. Fue abierta limpiamente con uno de estos abridores de latas que cortan alrededor de la tapadera de la lata, dejando los bordes netamente recortados y permitiendo sacar toda la tapa. Fíjate en el interior de la lata.

—¿Qué le encuentras?

—Los restos de judías están secos y endurecidos.

—¿Quieres decir que llevan aquí bastante tiempo?

—De una semana a diez días, probablemente.

—Muy bien, señor mago —dijole ella—. Sé cuál es mi deber. Supongo que ponerme unas mallas y falda corta, y empezar a hacer reverencias, sonriendo y fingiendo asombro, mientras tú sacas el conejo del sombrero. Creo que ésta es la tarea de la ayudante del prestidigitador, ¿no es cierto?

—Exactamente —dijo Mason—. Sus posturas distraen la atención de los espectadores.

—¿Pero no la del mago? —preguntó alegremente Della Street.

—A veces, incluso la del mago —admitió Mason.

Capítulo 13

El sol estaba ya bajo cuando el avión alquilado por Mason voló sobre la elevada meseta.

Hacia atrás, el desierto se extendía interminable. Las altas y fantásticas siluetas de las palmeras de Josué proyectaban sombras largas y angulosas. Hacia la derecha, unas montañas coronadas de nieve emitían un rosado resplandor a los rayos del sol poniente. Más allá, el desierto daba paso a las montañas, escalonándose los picos mellados y desiguales hasta que sus cimas empezaban a estar cubiertas de pinos color verde oscuro. Un lago centelleaba a lo lejos, rodeado de numerosas casas de aspecto suntuoso. Una carretera pavimentada circundaba el lago. Diseminados entre los pinos había unos cuantos edificios.

De pronto, toda la región pareció venirse abajo, y a lo lejos del valle apareció San Bernardino, apiñado en ordenadas hileras de rectas calles y casas que parecían estar esculpidas en diminutos terrones de azúcar, cubiertas con rojos tejados, y vistas por el otro extremo de un telescopio.

El aeroplano se inclinó marcadamente.

—Hay unas cuantas millas desde la ciudad hasta el aeródromo donde quiero aterrizar —explicó el piloto.

—No importa —dijo Mason—, alquilaremos un coche.

Aparecieron luces en el valle que tenían debajo. El piloto planeó sobre campos de naranjos y ranchos de próspero aspecto, y después inició el aterrizaje.

—No podré llevarles por la noche —dijo—. No tengo permiso para vuelos nocturnos.

—Tanto da —contestóle Mason—. Nos las arreglaremos para regresar, no se preocupe.

Mason pagó al aviador, y tomó un taxi que le condujo a un lugar

en donde podía alquilar un automóvil, después llamó al número que Paul Drake le había dado, y diose a conocer.

—Está usted de suerte —le dijo el empleado—. Hemos localizado la persona que le interesa hace solamente veinte minutos.

—¿Dónde está?

—Se aloja en el Antlers Hotel, y voy a decirle algo que le chocará.

—¿Qué es ello?

—Está registrada con el nombre de Mabel Davenport.

—Magnífico —dijo Mason—. ¿Mantienen vigilancia sobre ella?

—Sí. Ha estado fuera casi toda la tarde. Llegó poco antes de ser localizada, y ahora se encuentra en su habitación.

—¿Tienen allí un hombre de guardia?

—Sí.

—¿Cómo le reconoceré?

—Lleva un traje gris, tiene unos treinta y cinco años, cinco pies diez pulgadas y media de estatura, ciento setenta libras de peso, con una corbata azul y roja y una aguja en ella que representa una herradura de oro.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Está esperándonos?

—Le está esperando a usted. Se pondrá en contacto conmigo dentro de los próximos diez minutos, y le diré que se dirige usted allí.

—Espléndido —dijo Mason, colgando el teléfono—. Bien, Della, ya tenemos a nuestra pieza localizada. Está en el Antlers Hotel, registraba con el nombre de Mabel Davenport.

—¿Y se trata de Mabel Norge, la secretaria?

Mason asintió.

—La única persona —dijo Della—, que pudo haber sabido que Ed Davenport iba a ponerse enfermo poco después de salir de Fresno.

—¿Y cómo podía saberlo ella? —preguntó Mason.

—¿Es necesario que te lo explique? Fue a Fresno en coche con él. Pasó la noche en el motel. Poco antes de que él se marchara por la mañana, ella vio que tomaba algo que le pondría muy enfermo y...

—Pero él no registró a ninguna mujer en el motel —dijo Mason

—. Si una mujer hubiera pasado la noche allí, él se hubiera inscrito en el registro como Frank L. Stanton y esposa. Estaba solo cuando llegó y...

—Y tuvo una visita —dijo Della Street.

—Exactamente.

—Y cuando este visitante se marchó, Mabel Norge acudió a su lado. Había estado esperando.

—¿Y tú crees que ella le envenenó?

—Esto es lo que no puedo comprender. Ella debió haberle dado algo que le puso enfermo.

—¿Cuando estaba a punto de marcharse?

—Cuando estaba a punto de marcharse, por la mañana.

—En este caso —dijo Mason— tanto habría podido dar media vuelta y haber llamado a un médico desde Fresno, como continuar su ruta y ponerse enfermo en Crampton, donde la tumba se hallaba tan convenientemente preparada.

—Supongo que me lo explicarás cuando llegue el momento —suspiró ella.

—Te lo explicaré tan pronto como lo sepa yo, Della, pero en este momento tengo una teoría..., y esto es todo.

—Bueno, no seas tan reservado. Según tu teoría, sólo una persona sabía que se pondría enfermo tan pronto como saliera de Fresno, y que llegaría hasta Crampton, deteniéndose allí. ¿No sería..., cielo santo, no querrás decir que era el mismo Ed Davenport?

—Exactamente.

—¿Pero por qué? ¿Por qué querría él...?

—Sabremos algunas de las respuestas —dijo Mason— dentro de pocos minutos, si Mabel Norge habla, y dadas las circunstancias, creo que hablará. Va a resultar muy embarazoso para ella cuando entremos y la hallemos registrada bajo el nombre de Mabel Davenport.

—¿Y quieres decir que Ed Davenport planeó deliberadamente ponerse enfermo, para que...?

—Ed Davenport era la única persona en el mundo que podía haber sabido de un modo definitivo, positivo y absoluto que iba a ponerse enfermo en Crampton..., siempre y cuando, Della, ello estuviera ya planeado anticipadamente.

—Tenía que haber sido planeado anticipadamente, a causa de la tumba.

—Esta es por lo menos la teoría de la acusación —dijo Mason.

Della Street guardó silencio durante unos momentos, tratando de comprender, después movió la cabeza y dijo:

—Resulta demasiado profundo para mí.

—Creo —dijole Mason— que vamos a obtener algunas informaciones que nos permitirán desenmarañar el rompecabezas. Acuérdate de aquella llamada telefónica que recibimos en Paradise, Della. El hombre no exigió ninguna clase de identificación. Tan pronto como tú contestaste, te dio la información sobre el motel de San Bernardino y después colgó.

—Ya caigo —dijo Della Street—, y Mabel Norge vino a aquella casa de Paradise, no porque estuviera pasando por allí, sino porque estaba esperando una llamada telefónica que le tenía que indicar a dónde debía dirigirse.

—Desde luego.

—Y como no recibió la llamada, no sabía dónde ir y... pero ella sabía que era en alguna parte de San Bernardino, y por esto vino a San Bernardino y esperó.

—Exactamente.

—Pero, ¿por qué no volvió a aquel lugar de Paradise, después de marcharnos nosotros, y...?

—Probablemente volvió —dijo Mason—. Regresó allí y se sentó esperando la llamada telefónica que no llegó. La razón de que no llegara es que tú la recibiste antes. Había recibido probablemente algunas instrucciones alternativas. Si Mabel no había recibido la llamada a una hora determinada, por ejemplo a medianoche, debía entonces dirigirse a San Bernardino, inscribirse en el Antlers Hotel como Mabel Davenport, y esperar instrucciones allí.

—Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el desfalco de dinero que ella hizo en...?

—¿Quién habló de desfalco? —preguntó Mason.

—Bueno, ella retiró virtualmente todos los fondos que se hallaban depositados en Paradise, y después desapareció.

—Exacto —dijo Mason—. Esto no es un desfalco.

—Pues a mí me lo parece.

—Veremos lo que tiene que contarnos Mabel Norge sobre todo

esto —dijo Mason.

Detuvo el coche en el aparcamiento del Antlers Hotel, entró en el vestíbulo y no le costó mucho identificar al hombre del traje gris y la corbata azul y roja.

El hombre, que había estado matando el tiempo junto al mostrador de venta de tabaco, se acercó a Mason y dijo:

—Está en el comedor. Acaba de entrar para cenar. ¿La conocerá usted cuando la vea?

Mason asintió.

—¿Quiere usted esperar hasta que ella salga, o...?

—No —dijo Mason sonriendo—. Vamos a cenar con ella.

—Muy bien, ¿desea que me quede?

—Será mejor —dijo Mason—. Vamos, Della. Vayamos a saludar a Mabel.

—Está en la segunda fila, a la derecha, sentada sola, —dijo el detective.

—Magnífico, vamos a reunirnos con ella.

Mason sostuvo la puerta para que pasase Della Street. Entraron en el restaurante y se dirigieron hacia la derecha. De pronto Mason se detuvo, y dijo:

—Bien, bien, Della, aquí tenemos a una conocida nuestra.

Mabel Norge, que estaba estudiando el menú, les miró con curiosidad y de pronto sus ojos se llenaron de pánico.

—Buenas tardes —dijo fríamente.

Mason se adelantó, tendiéndole la mano.

—¡Bien, bien, miss Norge! ¿Cómo está usted? Oí decir que estaba aquí.

—¿Usted oyó decir que yo estaba aquí? —preguntó ella, tras vacilar unos momentos en alargar su mano.

—Ya lo creo —dijo Mason—. Usted se lo comunicó a las autoridades de Butte Country, ¿no es así?

—Creía que no se lo dirían a nadie.

Con toda naturalidad, Mason se sentó ante ella, y Della Street se deslizó a su lado.

—Bien —dijo Mason—, resulta magnífico encontrarla aquí, donde podemos hablar y...

—No tengo nada de qué hablar.

—Entonces, será necesario que lo comuniquemos a los

periódicos después de todo, Della —dijo Mason.

—¿Los periódicos? —repitió Mabel Norge.

—Pues claro —dijo Mason—. Usted no está al corriente de los acontecimientos ocurridos en su estado. Es usted una joven muy buscada.

Ella se mordió el labio y dijo de pronto:

—Míster Mason, no tengo nada de qué hablar con usted. He venido aquí para comer. No me gusta que me molesten.

—Por mi parte no hay inconveniente —dijo Mason—. Della, llama al periódico local. Entérate de quién es el representante de la A. P. y quién representa a la U. P. Vamos a hacer que los servicios telegráficos se pongan manos a la obra sobre este asunto...

—Míster Mason, ya le he dicho que no quiero ser molestada.

—No es lo que uno desea, cuando se trata de un caso de asesinato —dijo Mason—, especialmente cuando los periódicos están sobre aviso.

—Pero yo nada tengo que ver con ningún caso de asesinato.

—Probablemente usted lo cree así —dijo Mason— pero los hechos indican lo contrario.

—No hay hechos que indiquen lo contrario. Yo hice lo que hice siguiendo las instrucciones concretas de mi jefe.

—Claro está que sí —dijo Mason—, pero las instrucciones concretas de su jefe van a convertirse ahora en pruebas para el caso.

—Míster Halder me dijo que no me ocurriría nada —dijo Mabel Norge.

Mason se echó a reír y dijo:

—Halder suele estar en las nubes. Ni siquiera sabe lo que ocurre. Míster Vandling, que es el fiscal de distrito de Fresno, es el que está llevando el asunto. Llámeme a *él*, y verá usted lo que le cuenta.

Mabel Norge guardó silencio.

—Es evidente que duda de mis palabras, Della —dijo Mason—. Hay una cabina telefónica junto al mostrador del cajero. Llama a Vandling. Dile que Mabel Norge se encuentra aquí bajo un nombre falso y pregúntale qué desea hacer sobre este asunto. Tal vez sea mejor que le dejemos actuar a través de la policía local, y después los periodistas ya pescarán la información gracias a la policía de aquí.

Della Street se levantó.

—¿Tienes bastantes monedas de cuarto de dólar? —preguntó Mason.

—Le diré al cajero que me dé unas cuantas.

—Muy bien —dijo Mason—. Llámale y...

—No lo haga —exclamó Mabel Norge, y de pronto se echó a llorar.

—Vamos, vamos —dijo Mason—. No queremos trastornarla, miss Norge, pero por el amor del cielo, usted puede hacerse cargo de las complicaciones que puede aportar este asunto. Ya sabe usted lo que hará míster Vandling. La encuentra aquí registrada bajo el nombre de Mabel Davenport, resulta por lo tanto lógico deducir que tenía usted que encontrarse aquí con míster Davenport, o mejor dicho, qué él tenía que reunirse con usted, como míster y mistress Davenport...

—¿Cómo se atreve a decir una cosa así?

—Pues, por su propio comportamiento..., cielos, ¿no irá usted a creer que la prensa le dará otra interpretación?

—Si la prensa insinúa algo por el estilo, yo..., yo les demandaré.

—Claro —dijo Mason—. Usted podrá demandarles, pero ¿qué ventaja sacará de ello? Usted comparecerá ante el jurado y cualquier abogado empezará a interrogarla, tendrá usted que admitir que desapareció usted de Paradise, que vació usted la cuenta corriente del banco de Paradise antes de marcharse, que vino usted aquí y se inscribió con el nombre de Mabel Davenport, y que estaba usted esperando que Ed Davenport se reuniera con usted.

—Se olvida usted de que yo sabía que él había fallecido, antes de que yo me marchara de Paradise.

—No, usted sabía que no había muerto.

—¿Qué le autoriza a usted a hacer tal afirmación?

—Vamos, vamos —dijo Mason—. Comportémonos como personas ya mayores. Della, tengo la impresión de que miss Norge no tiene idea de lo que sabemos.

—Bien —dijo Mabel Norge—, ¿qué es lo que ustedes saben?

—Vamos a ver —dijo Mason—. Tenía usted que efectuar varios ingresos el lunes. Después tenía usted que retirar virtualmente todos los fondos de la cuenta, y tenía usted que estar en el despacho aquella noche, esperando una llamada telefónica. Aquella llamada

tenía que indicarle adonde debía llevar el dinero. Tenía que ser en algún lugar de aquí, en San Bernardino. En caso de que a una hora determinada no hubiera usted recibido la llamada, tenía que venir a San Bernardino, instalarse en el Antlers Hotel bajo el nombre de Mabel Davenport y esperar instrucciones.

—No comprendo cómo puede usted saber todo esto —dijo Mabel Norge.

—Bien —dijo Mason—, tales son los hechos. ¿Por qué tratar de negarlos?

—Estos no son los hechos, mejor dicho, los hechos no ocurrieron *exactamente* de este modo.

—Son lo bastante aproximados —dijo Mason— como para que yo sepa lo que tengo que contarle al fiscal de distrito de Fresno, y lo que contarán los periódicos. Desde luego, estos adoptarán la postura de que usted era la amante de Ed Davenport, y de que él quería reunir una fuerte cantidad y desaparecer con usted.

—Pero esto es absurdo, es del todo absurdo. Es una perfecta calumnia, míster Mason. Yo no podía nunca..., bueno, él tenía que realizar un negocio de minas y necesitaba una fuerte suma en metálico. No tengo ninguna obligación de contárselo a usted.

—Desde luego —dijo Mason—, pero, ¿qué va usted a hacer ahora? Se halla usted en una situación muy delicada. Si toma usted algo de esta cantidad y lo usa para usted, es usted culpable de desfalco. Si regresa usted a Paradise, la interrogarán preguntándole a dónde fue, lo que hizo y el porqué. Tendrá usted que contar su historia, más pronto o más tarde. Si la encuentran aquí bajo el nombre de Mabel Davenport con el dinero de Ed Davenport en su poder, dará la impresión de que la han cogido en el acto de efectuar un desfalco.

—Pero yo no he hecho ningún desfalco —dijo ella—, y sé exactamente lo que estoy haciendo. El fiscal de distrito de Oroville me ha dado la plena garantía de que todo lo que yo haga está bien hecho, y voy a llamarle y decirle que no quiero ser molestada.

Mason hizo un gesto con la cabeza en dirección a Della Street.

—Della, esta vez —dijo— no estoy echándome un farol. Voy a llamar yo mismo a Vandling.

Mason y Della Street se levantaron. Mason se dirigió a la caja, pidió unas cuantas monedas, entró en la cabina telefónica y marcó

el número de Vandling en Fresno.

—Óigame —dijo Mason cuando oyó la voz de Vandling—. Soy Mason. ¿Qué tal va su caso?

—Querrá usted decir nuestro caso.

—No me mezcle en él —dijo Mason riendo—. ¿Va usted a sobreeserlo?

—Pues todavía no he decidido lo que voy a hacer —dijo Vandling—, pero en Los Angeles dicen que no me quieren sacar las castañas del fuego. Yo empecé el asunto y parece que no puedo desembarazarme de él. Puedo, desde luego, obligar a comparecer a la acusada ante el tribunal, para ser procesada. Tendré que empezar unos nuevos preliminares. Esto me dará tiempo para pensar y quizá hallar nuevas pruebas.

—Espléndido —dijole Mason—. Quizá yo pueda proporcionarle nuevas pruebas. Mabel Norge, la secretaria de Edward Davenport, recibió instrucciones de efectuar algunos ingresos a último momento y después retirar todos los fondos de la cuenta corriente de Paradise. Está aquí en el Antlers Hotel de San Bernardino, registrada con el nombre de Mabel Davenport. Creo que tiene cosas interesantes que contar si la emplea usted como testigo material. No hablará espontáneamente y se está disponiendo a largarse. Quizá pueda interesarle saber que ha contado una parte de su historia al fiscal de distrito de Oroville, y él le concedió su bendición oficial. Ella cree que se encuentra segura. Pero no le contó toda la historia. Si se la cuenta a usted, tal vez podría resultar de alguna ayuda...

—¿Qué está usted intentado? ¿Montar un caso contra su propia cliente? —preguntó Vandling.

—Estoy intentando montar un caso contra el asesino —replicó Mason—. Tal vez mañana por la mañana en la sala, podamos aclarar la situación.

—Me asusta usted —dijo Vandling—. En otras palabras, Mason, me dan miedo los griegos cuando se presentan cargados de regalos.

—No —dijo Mason—, es un rasgo desafortunado de la naturaleza humana. Uno acepta toda clase de falsos informes de los entendidos en carreras de caballos, y nunca gana; después, un día viene un individuo cortés y tranquilo con un buen informe sobre un caballo desconocido de la quinta carrera, y uno no le presta atención porque uno es demasiado listo para que le pesquen otra

vez. Después de la quinta carrera, uno se da a todos los diablos.

Mason colgó bruscamente el auricular.

—Mabel Norge ha salido precipitadamente del restaurante —informó Della Street.

—Me alegra saberlo —dijo Mason, sonriendo—. Si echa a volar, el asunto se le pondrá muy feo.

—¿Y si no huye?

—Si no huye, Vandling le echará mano —dijo Mason—. Lo pensará durante diez o quince minutos, después su inacción le asustará. Llamará a las autoridades de aquí y les dirá que pesquen a Mabel Norge y la interroguen como testigo material.

—¿Y qué haremos nosotros? —preguntó Della Street.

—Nosotros —contestóle Mason— nos dirigiremos a los Angeles, para tomar un avión de noche que nos lleve a Fresno, de modo que mañana por la mañana estemos a punto, y podamos hacer estallar la bomba en caso de que Vandling tenga ganas de armar más jaleo en la sala.

Capítulo 14

A las diez de la mañana, hora en que se había convocado la vista de la causa, había corrido ya el rumor de que el caso del Pueblo del Estado de California contra Myrna Davenport, destacaba entre los preliminares ordinarios, y la sala se hallaba abarrotada de público.

Talbert Vandling dirigió una sonrisa a Mason, cuando éste, acompañado de Paul Drake y Della Street entró en el recinto de los abogados.

—Gracias por la información sobre Mabel Norge.

—¿La ha cogido usted?

—La hemos pescado.

—¿Cuál es su historia?

—No tiene ninguna.

—¿Qué quiere usted decir?

—Llegó aquí acompañada de un delegado del *sheriff* de San Bernardino. Al llegar, ya había decidido que no iba a hablar. Ha contratado los servicios de un abogado de aquí, quien la aconseja que se mantenga quieta.

—¿Le ha entregado una citación judicial?

—No faltaría más.

—¿Qué hay de Los Angeles?

Vandling sonrió y movió la cabeza.

—Se muestran muy esquivos. Quieren que resolvamos el asunto aquí.

—¿Qué va a hacer usted?

—Voy a continuar un poco. Siempre puedo sobreseer. Y entonces, desde luego, puedo tener algo escondido en la manga, que en estos momentos no puedo descubrirle a usted, puesto que nos hallamos en posiciones adversarias.

—¿Por qué tendríamos que estarlo? —preguntó Mason.

—Porque usted es el abogado de la defensa y yo el abogado de la acusación.

—¿Qué pretende hacer?

—Quiero demostrar la culpabilidad del asesino de Ed Davenport.

—Yo también.

—Puede existir una diferencia de opinión. Usted cree que su cliente es inocente.

—¿Y usted no?

—¡Diablos, claro que no!

—Proporcióneme un cuartito recatado —dijo Mason— y le revelaré unas cuantas cosas que le dejarán pasmado.

—Tendrá usted todos los cuartitos recatados que desee —dijo Vandling—, siempre que quiera revelarme cosas.

—Gracias.

—Espere un momento —dijo Vandling—. ¿No estará usted tratando de pegármela, verdad?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Estoy tratando de lograr que Myrna Davenport sea absuelta, pero quiero aprehender al asesino de Ed Davenport.

—El fiscal de distrito de Los Angeles —dijo Vandling—, me dio un buen resumen sobre usted. Me dijo que era usted trapacero, sagaz y diabólicamente listo, y aunque no me dijo llanamente que era usted un granuja, insinuó que era muy capaz de cortar el cuello de su abuela si con ello obtenía alguna ventaja para su cliente.

—¿Por qué no? —dijo sonriendo Mason—. Al fin y al cabo, se supone que represento a mis clientes. Además, no es usted mi abuela.

—Si puedo demostrar la culpabilidad de su cliente en este asesinato —dijo Vandling—, y estoy convencido de que ella es culpable, voy a hacerlo. Si puede usted lograr que la absuelvan, va usted a hacerlo. Esto queda bien entendido. Por todo lo demás, estoy dispuesto a marchar a su lado, codo a codo.

—Acepto su garantía de que no desea usted condenarla, a menos que sea culpable —dijo Mason.

—Conformes.

—¿Qué le parece si marchamos un poco codo a codo, e investigamos para hallar quién es el culpable?

—Por mí encantado —dijo Vandling—. Ya le dije que iba a

correr suerte con usted, Mason. Estoy dispuesto a cooperar.

El Juez Siler entró en la sala, el alguacil reclamó orden en la sala, los espectadores se sentaron y Mason, inclinándose hacia Vandling, dijo:

—Llame a Mabel Norge como testigo suyo. Vea lo que ella tiene que decir.

—¿No me quitará la alfombra de bajo mis pies?

—La alfombra ya ha sido quitada de bajo sus pies —le dijo Mason—. Está usted en el aire. Es cuestión solamente de saber sobre qué va usted a caer.

—Me gustaría caer sobre mis pies —dijo Vandling.

—Inténtelo llamando a Mabel Norge.

Vandling contempló durante un momento a Mason, diciendo después:

—Con la venia del tribunal, quisiera volver a llamar al doctor Renault, pero me gustaría poder interrumpir su testimonio sólo por unos momentos, para llamar a otro testigo.

—No hay objeción por parte de la defensa —dijo Mason.

El Juez Siler se limitó a asentir.

—Llamen a Mabel Norge —dijo Vandling.

Mabel Norge se levantó de mala gana, se inclinó para cambiar unas últimas palabras con un abogado que se sentaba junto a ella, después se dirigió al estrado de los testigos y prestó juramento.

—¿Era usted empleada de Edward Davenport antes del fallecimiento de éste? —preguntó Vandling.

—Sí, señor.

—¿Cuándo le vio usted por última vez?

—El día once.

—¿O sea el domingo?

—Sí, señor.

—¿Y cómo le vio usted?

—En Paradise.

—¿Y qué ocurrió después?

—Míster Davenport se dirigía en coche a Los Angeles. Salió de Paradise alrededor del mediodía, e intentaba llegar a Fresno por la tarde.

—¿Le dejó míster Davenport algunas últimas instrucciones cuando se marchó?

—No sé lo que usted entiende por últimas instrucciones —dijo ella, apresurándose a hablar, como indicando que trataba de explicar su relato antes de que la interrumpiera el Tribunal o el abogado—. Míster Davenport me había dejado instrucciones de que en caso de su muerte tenía que cuidar de que el contenido de un sobre fuera entregado a las autoridades. Me dijo que su esposa estaba intentando envenenarle y...

—Un momento —dijo el Juez Siler.

—Sí —observó Vandling—. Lo que míster Davenport pueda haberle dicho a usted no puede recaer sobre la acusada, a menos, desde luego, que la acusada se hallase presente en aquel momento.

—No hay objeción —dijo Mason—. Deseamos que la conversación quede registrada.

—¿Con qué objeto? —dijo el Juez Siler—. Es solamente declaración de oídas.

—No estoy seguro —dijo Mason— de que no pueda considerarse como una de las excepciones a la regla de las pruebas de oídas.

El Juez Siler vaciló.

—Bien —dijo Vandling—, lo consideraremos así, Señoría. ¿Con prioridad a la última vez que vio usted a míster Davenport, le había entregado éste un sobre?

—Sí, señor. Me lo había entregado.

—¿Y qué hizo usted con aquel sobre?

—Lo guardé dentro de una caja metálica en mi escritorio.

—¿Le dio míster Davenport alguna instrucción referente a este sobre?

—Sí, señor. Dijo que su mujer estaba tratando de envenenarle, y que en caso de su muerte, yo tenía que entregar el sobre a las autoridades, que su mujer había envenenado a su prima, y...

—Ahora, desde luego —dijo el Juez Siler— está usted hablando de oídas.

—Puede formar parte de la *res gestae* —dijo Mason.

—¿*Res gestae* de qué? —preguntó ásperamente el Juez Siler—. Esta es una situación de lo más peculiar. El abogado de la defensa parece no solamente desear, sino ansiar el permitir la introducción de pruebas de oídas que perjudican a su cliente, pruebas que el Tribunal no puede tomar en este caso en consideración. El Tribunal se niega a tomar en consideración como ulterior prueba ninguna

conversación que tuviera lugar entre este testigo y el difunto, a menos que se pueda demostrar que fuera en presencia de la acusada.

—Me gustaría interrogarla sobre ello —dijo Mason.

El Juez Siler movió negativamente la cabeza.

—El Tribunal no va a permitir que las actas queden repletas de pruebas de oídas, tanto si la defensa lo desea como si no. Al fin y al cabo, existen reglas ciertas para las pruebas. El Tribunal considera que la defensa tendría que objetar a las pruebas en detrimento de su cliente, pruebas que por ser de oídas, resultan completamente inadecuadas.

—Gracias, Señoría —dijo Mason.

Vandling miró a Mason.

Mason sonrió disimuladamente.

—¿Acordó usted con míster Davenport que realizaría usted determinados actos referentes a su propiedad, en el caso de determinados sucesos? —prosiguió Vandling.

Ella dudó unos instantes y luego dijo:

—No creo que tenga que contestar a esta pregunta.

—¿Por qué no?

Un abogado se levantó desde el fondo de la sala.

—Con la venia del Tribunal —dijo—, estoy representando a miss Norge. Estoy dispuesto a manifestarme en ciertas cuestiones para ayudar al esclarecimiento de un caso de asesinato. Estoy dispuesto a sugerir ideas que podamos tratar como hechos potenciales, pero los cuales mi cliente no admitirá bajo juramento.

»Sugiero que *puede* constituir un hecho el que miss Norge, una secretaria leal y competente, recibió instrucciones para realizar ciertos actos, creyendo que al hacerlo, ayudaba a consumir una transacción minera que era de la mayor importancia para Edward Davenport.

»Que al enterarse de la muerte de su jefe, intentó llevar a cabo las últimas instrucciones que él le había dado, pero más tarde, habiéndose puesto en comunicación con el fiscal del distrito en que ella residía, se le advirtió que según la ley, toda propiedad perteneciente a los bienes de Davenport debía ser depositada para la testamentaría.

»Ya que ella creía que la viuda, la acusada en esta causa, se

mostraba hostil a los intereses de su jefe y que le había envenenado, —entiéndase bien que me estoy refiriendo solamente a sus sentimientos sinceros, que no representan prueba alguna en este caso—, su actitud hacia la viuda y hacia los abogados de la viuda no resultó cooperativa.

»Técnicamente hablando, algo de lo que pudo haber hecho, pudo haber sido contrario a las leyes.

Vandling frunció el ceño.

—El lunes, día doce, ¿se dirigió usted al Banco de Paradise, y efectuó algunos ingresos?

—Sí.

—¿Y retiró fondos?

—Sí.

—¿Sus cobros fueron en metálico?

—En metálico.

—¿Y dónde está ahora este dinero?

—Mi abogado lo ha colocado en una caja fuerte.

—¿Reclama usted este dinero?

—Desde luego que no.

—¿A quién pertenece?

—Es una parte de los bienes de míster Davenport. Debo manifestar que cada ingreso que yo hacía, así como cada cobro, era bajo sus instrucciones estrictas.

Vandling miró a Mason.

Este movió negativamente la cabeza.

—Esto es todo —dijo Vandling—. ¿Desea la defensa hacer alguna pregunta?

—Sí —dijo Mason—. ¿Ha dicho usted que todo lo que hacía era bajo instrucciones que le daba míster Davenport?

—Exactamente.

—¿Y no le aconsejó míster Davenport que llevase este dinero a San Bernardino?

—Sí.

—¿Y que esperase instrucciones en el Antlers Hotel de dicha localidad?

—Sí.

—¿Y se inscribiera allí con el nombre de Mabel Davenport?

—Sí.

—¿Y no le dio instrucciones para entregar este dinero a cierta persona, ocurriera lo que ocurriera, y quienquiera que fuese el que tratase de evitarlo?

El abogado de Mabel Norge se levantó y dijo:

—De nuevo me veo obligado a aconsejar a mi cliente que no conteste a esta pregunta. Manifiestaré al tribunal y a mis letrados colegas que la conjetura de míster Mason puede representar una declaración de hecho, pero rehusó permitir a mi cliente que se coloque en posición de admitir ciertos actos o conceder ciertos hechos.

—He terminado —dijo Mason, sonriendo.

Vandling parecía perplejo.

Mason movió la cabeza y dijo:

—Quisiera volver a llamar al doctor Renault para una nueva repregunta.

—Suba al estrado, doctor Renault —dijo el Juez Siler.

Mason se levantó lentamente de la mesa de los abogados, y se dirigió al estrado de los testigos, quedándose frente a frente con el doctor Renault.

—Doctor —dijo—, ¿vio usted como paciente a Edward Davenport la mañana del lunes, día doce?

—Ya lo he declarado varias veces.

—¿Y le visitó usted como paciente?

—Sí, señor.

—¿Y él declaró síntomas de envenenamiento por arsénico?

—Sí, señor.

—¿No apreció usted personalmente estos síntomas?

—Observé síntomas secundarios que pudieran identificarse con los anteriores síntomas iniciales que él describió. No vi los síntomas primarios que él había descrito, y que tuvieron lugar en ausencia mía.

—Muy bien contestado, doctor —dijo Mason—. Permítame ahora que le haga una pregunta que acaso le cause alguna molestia. ¿Vio usted también a Edward Davenport el día anterior..., o sea, el domingo día once?

—Esto está fuera de cuestión —dijo el doctor Renault—. Esto no tiene absolutamente nada que ver con mis servicios profesionales.

—Ya lo creo que tiene que ver —dijo Mason—. Usted vio a

Edward Davenport, que estaba inscrito en el Welchburg Motel, aquí en Fresno, bajo el nombre de Frank L. Stanton, ¿no es cierto, Doctor?

—Yo..., ¿tengo que contestar a esto, Señoría? —preguntó el doctor Renault.

Vandling, poniéndose súbitamente de pie, dijo:

—Claro que tiene usted que contestar.

—Se lo pregunto al Tribunal —dijo el doctor Renault.

—Se trata de una pregunta pertinente. Contéstela —dijo el Juez Siler.

—Yo..., sí, le vi.

—¿Y discutió con él ciertos asuntos?

—Hablé con él.

—¿Y discutió usted con él cierto tratamiento que tenía usted que administrarle el día siguiente, lunes día doce, no es cierto?

—Rehusó relatar cualquier conversación que tuviera lugar entre mi cliente y yo.

—¿Por qué?

—Es comunicación privilegiada.

—Sólo hasta el punto de que tuviera usted que averiguar los síntomas necesarios con el propósito de administrar un tratamiento.

—Mi conversación con míster Davenport tenía que ver con ciertos síntomas.

—Míster Davenport le dijo que deseaba morir, ¿no es cierto?

—Me niego a mencionar la conversación que sostuve con míster Davenport.

—Míster Davenport le pagó a usted para que preparase las cosas de tal forma que, aparentemente, él muriese. Se acordó que iba a llamarle a usted para que le visitase a la mañana siguiente y que alegaría síntomas de envenenamiento con arsénico, que usted le ayudaría a simular un estado comatoso consecuente al envenenamiento con arsénico, de tal modo que el falleciera, aparentemente, en presencia de su esposa. ¿No es verdad?

—No pienso contestar a esta pregunta.

—Tendrá usted que contestarla —dijo Mason—. No se refiere a ninguna comunicación de tipo confidencial.

Vandling, de pie, dijo:

—Si esta pregunta es contestada afirmativamente, indica la

existencia de un delito de conspiración. No se trata de ninguna comunicación privilegiada, Señoría.

—Ciertamente, no puede calificársela de comunicación privilegiada —dijo el Juez Siler.

—Entonces, no tengo que contestarla —dijo el doctor Renault— porque me incriminaría.

—¿Rehúsa usted contestar sobre esta base? —preguntó el juez Siler.

—Rehúso.

—He aquí una situación fuera de lo corriente —dijo el Juez.

—De acuerdo con este plan —dijo Mason— que había sido elaborado, y que usted y Davenport habían repasado cuidadosamente, informó usted que el hombre había fallecido. Dijo usted que tenía que llamar a las autoridades. Cerró usted la habitación, pero no llamó inmediatamente a las autoridades, dando a Ed Davenport una oportunidad para salir por la ventana y meterse en un coche convenientemente aparcado muy cerca de la ventana del departamento en el que se suponía había fallecido, y dirigirse a un lugar determinado previamente. Allí había aparcada una casa remolque. Ed Davenport tenía la llave de esta casa remolcada. Esta estaba provista de trajes nuevos para que pudiera quitarse el pijama y vestirse otra vez, ¿no es así?

—Me niego a contestar.

—Y —continuó Mason— le dijo que se había estado apropiando de dinero perteneciente a la parte de su esposa, ¿no es cierto? Y dijo que su mujer tenía un pariente oficioso que estaba insistiendo constantemente en que mistress Davenport exigiera un estado de cuentas, y que el juego estaba a punto de terminar, que había dispuesto de varios millares de dólares para que los pudiera cobrar en metálico, que si no desaparecía sería descubierto y llevado a los tribunales. ¿No le explicó todo esto y le pidió que le ayudara?

—Valiéndome de mis derechos constitucionales, rehúso contestar.

—¿Y no le dijo que había envenenado a Hortense Paxton, que las autoridades sospechaban ahora que la muerte de ésta había sido un asesinato y que estaban a punto de exhumar el cuerpo, que cuando esto sucediera quería que le creyeran muerto, y que usted iba a ser generosamente recompensado por ayudarle?

—Me niego a contestar.

—Y —prosiguió Mason—, después que Davenport llegó a aquella casa remolque, usted le dio whisky que contenía cianuro potásico. Usted sabía que llevaba maletas que contenían una fuerte suma en metálico que él había ido reuniendo, mediante un proceso de escamoteo de los activos de su esposa. Usted le dio a beber aquel whisky y...

—¡Yo no lo hice! ¡Es absolutamente falso que lo hiciera yo! —gritó el doctor Renault—. Yo no tenía ni idea de lo que contenían las maletas. Y si es usted tan listo, será mejor que busque al otro miembro de la conspiración, el que tenía que conducirlo a Nevada, en la casa remolque.

—¿Se refiere usted ahora, según creo, a Jason L. Beckemeyer, un detective particular de Bakersfield?

—El mismo —exclamó el doctor Renault.

Mason se volvió hacia Vandling y dijo:

—Y ahora, señor Fiscal de Distrito, sugiero que por mutuo consentimiento se suspenda la vista de esta causa, que el doctor Renault quede bajo custodia, y que se extienda un mandato de arresto contra Jason L. Beckemeyer. Creo que cuando dispongamos de la declaración del doctor Renault, descubriremos lo que realmente sucedió.

Vandling estaba de pie.

—La acusación desea expresar su gratitud a míster Perry Mason por su valiosísima cooperación, y en este momento, con la venia del Tribunal, doy por sobreseída la causa contra la acusada Myrna Davenport.

Capítulo 15

Mason, Della Street, Paul Drake y Talbert Vandling, sentados alrededor de la mesa del salón, en la *suite* de Mason en el Californian Hotel, brindaron.

—Por el crimen —dijo Vandling.

Bebieron.

—Lo que me sorprende —continuó Vandling—, es el modo como el fiscal de distrito de Los Angeles me previno de que usted tenía pies de macho cabrío, cuernos en la cabeza, cola y una aureola de olor a azufre. Gracias a su colaboración conmigo, la gente está comentando por las calles *mi* habilidad detectivesca.

—Magnífico —dijo Mason—. Si otros quisieran colaborar conmigo, estaríamos mucho mejor de lo que estamos. Cuéntenos lo del doctor Renault.

—El doctor Renault hizo una declaración completa —dijo Vandling—. No se le hicieron promesas de inmunidad ni de ninguna clase. Después de pensarlo un poco, decidió que sería lo mejor el descargar su conciencia tanto como pudiera.

»Parece no haber duda alguna de cómo ocurrieron las cosas. Davenport había envenenado a Hortense Paxton para que su esposa pudiera heredar de Delano. Después empezó a convertir en dinero contante y sonante todo los bienes a los que pudo echar mano, escamoteando fondos y embarullando todas las cuentas. También empezó a echar los cimientos de la supuesta culpabilidad de su mujer en la muerte de Hortense Paxton, por si se realizaba alguna investigación.

Mason asintió.

—Davenport sabía que podía despertar sospechas, si no procuraba dirigirlas contra alguna otra persona —prosiguió Vandling—. Tuvo por lo tanto especial interés en decirle a su mujer,

en presencia de Sara Ansel, que había dejado una carta a su secretaria, carta que tenía que ser entregada a la policía en caso de que el falleciera, y que en esta carta la acusaba a ella de haber envenenado a Hortense Paxton y de envenenarle a él, porque él abrigaba sospechas.

»Aparentemente, aquel sobre nunca contuvo más que las hojas de papel en blanco, pero él estaba seguro de que su esposa, bajo la agresiva influencia de Sara Ansel, trataría de que el sobre desapareciera si Ed Davenport fallecía en circunstancias que sugiriesen envenenamiento.

»Convenciendo a su secretaria de que su mujer intentaba verdaderamente envenenarle a él y de que ya había envenenado a Hortense Paxton, Davenport tenía ya el escenario completamente preparado. Llenó las dos maletas de dinero, y salió para Fresno, con el fin de arreglar los detalles de su muerte.

»Previamente, se había puesto de acuerdo con el doctor Renault, un médico de dudosa reputación, para que las circunstancias de su muerte aparecieran en forma tal que dieran la impresión de que él había sido envenenado, y que alguien había substraído su cuerpo para que no pudiera realizarse ninguna autopsia.

»Davenport le dijo al doctor Renault que resultaría sospechoso el que faltara alguna de sus cosas, por lo tanto había comprado un pequeño maletín, en el cual metió sus utensilios de tocador y la acusadora caja de bombones que se había procurado con tanto cuidado..., bombones que él sabía que su mujer había tocado.

»Entonces el doctor Renault inyectó veneno con una jeringa hipodérmica a cada bombón, cerrando después los agujeros con una aguja candente. Davenport le dio instrucciones para que pusiera arsénico y cianuro, porque sabía que las autoridades podían probar que su esposa disponía de ambos venenos.

»Davenport encerró las dos maletas llenas de dinero en el portaequipajes del coche que tenía que servir para su huida, y el doctor Renault le dio una purga y un emético, para que pudiese simular los síntomas de colapso y de envenenamiento por arsénico.

»Davenport lo había preparado todo para que pudiese descolgarse por la ventana del departamento, meterse en el coche que había sido dejado allí y recorrer dos o tres millas, hasta llegar al lugar en el que había situado una casa remolque, con todo a

punto para su llegada.

»Como es natural, Davenport quería retirar todo el dinero que había en la cuenta corriente de Paradise. Había varios giros cuya llegada era esperada el viernes, o el sábado a lo más tardar. No llegaron, y él sabía que ya no llegarían hasta el lunes. Entretanto, todo había sido preparado para que su muerte simulada tuviera lugar el lunes, a primera hora de la tarde.

»Davenport había recibido un aviso de que iban a exhumar el cuerpo de Hortense Paxton, y sabía que ya no podía demorar las cosas. Por lo tanto, lo que había que hacer era trazar un plan por medio del cual pudiera enjugar la cuenta corriente de Paradise después de su supuesta muerte.

»Mabel Norge era una joven crédula, con una gran lealtad hacia su jefe, y él había grabado gradualmente en su mente la idea de que su esposa había tratado de envenenarle.

»En consecuencia, Davenport le dijo a Mabel Norge que se iba a su casa, y que no sabía en qué momento su mujer trataría de envenenarle. Le hizo prometer que retiraría todos los fondos del Banco de Paradise, y que ocurriera lo que ocurriese, llevaría el dinero a San Bernardino. Una vez en San Bernardino, ella se encontraría con alguien que estaba llevando a cabo un negocio de minas con Davenport. Esta persona utilizaría una consigna mediante la cual ella podría identificarla, y entonces ella le entregaría el dinero.

»Esta persona era Beckemeyer, el tercer miembro de la conspiración. Beckemeyer y Davenport ya habían llevado a cabo juntos más de un negocio sucio. Davenport había utilizado a Beckemeyer como hombre de paja, a través del cual había hecho evaporar fondos de varias cuentas corrientes.

»Cuando Davenport anunció que tal vez se viera metido en un lío que le obligase a huir del país, Beckemeyer sugirió que él conocía a un médico de Crampton que haría cualquier cosa por dinero, y que no era hombre que se dejase atacar por los escrúpulos.

»De este modo, Beckemeyer presentó a Davenport el doctor Renault, y se bosquejó el plan según el cual Ed Davenport tenía que morir aparentemente, en tales circunstancias que se le considerase como víctima y no como sospechoso.

»El doctor Renault cobró cinco mil dólares en metálico. Dice que

él ignora lo que tenía que cobrar Beckemeyer, pero que probablemente se trataba de una cantidad mucho más elevada.

»Beckemeyer tenía que conducir la casa remolque hasta Nevada, mientras Ed Davenport yacía a seguro en una cama dentro del remolque. De este modo, incluso si alguien veía a Davenport saltando por la ventana y se iniciaba una búsqueda, Davenport no sería descubierto.

»Beckemeyer tenía también que proporcionar el coche que serviría para la huida, y cuidar de todos los detalles. El doctor Renault tenía solamente que ocuparse de la muerte simulada de Davenport.

»Mabel Norge había recibido instrucciones de ir a la oficina de Paradise el lunes por la tarde. Tenía que esperar un mensaje telefónico por medio del cual se le diría a dónde debía dirigirse en San Bernardino, llevando consigo el dinero. Todo lo que ella sabía era que podía estar escamoteando fondos, para que mistress Davenport no se enterase del negocio que estaba realizando Davenport.

»Entonces, según el relato del doctor Renault, Beckemeyer debió adoptar una rápida decisión. Sabía que Davenport tenía que llevar consigo más de doscientos mil dólares en metálico.

»Por lo tanto, a Beckemeyer se le ocurrió una brillante idea. Buscar el medio de que Davenport desapareciera *de veras*. Ya que esto era lo que Davenport pretendía hacer, el doctor Renault no sospecharía nada, pues sabía que ésta era la finalidad del plan en el que Renault tomaba parte.

»La idea, desde luego, era que se diera la impresión de que Myrna Davenport había envenenado a su esposo; que primero le había envenenado por medio de los bombones, y después había rematado su tarea cuando se la dejó sola con su marido, a quien se suponía hallarse entonces moribundo. Naturalmente, los conspiradores no dispondrían de ningún cadáver, por lo tanto se debía aparentar que algún cómplice masculino ayudaba a Myrna, y que éste había sacado el cuerpo por la ventana, para que no se le pudiera efectuar autopsia alguna.

»Beckemeyer estudió todas las posibilidades de esta situación. Algo antes del viernes, se dirigió a un lugar, no lejos del emplazamiento de la casa remolque, y cavó una tumba apropiada al

caso. Cuando Davenport, siguiendo el plan convenido, llegó al remolque, Beckemeyer le ofreció tomar unos tragos, y le preparó unos huevos con tocino. El doctor Renault dice que él había recomendado a Davenport que en primer lugar procurase tener alguna comida en el estómago, pues de lo contrario, podría sufrir un colapso auténtico.

»Davenport se comió el tocino y los huevos y después, él y Beckemeyer bebieron unas cuantas copas más, brindando por el éxito del complot. Beckemeyer deslizó disimuladamente una cápsula de cianuro potásico en el whisky de Davenport. Davenport murió casi instantáneamente. Beckemeyer se llevó el cuerpo y lo enterró en la tumba, huyendo después con el coche y el remolque.

»Pero Beckemeyer sabía que había casi treinta mil dólares en la cuenta corriente de Paradise que tenían que ser hechos efectivos en metálico. Había recibido instrucciones de enviar un mensaje a Mabel Norge, diciéndole donde tenía que llevar el dinero en San Bernardino. Se había planeado que Beckemeyer llamaría al número de teléfono de Paradise, daría la dirección y colgaría inmediatamente, para que la llamada no pudiera ser localizada, en caso de que surgiera alguna dificultad en el plan de Paradise.

»Beckemeyer era listo. Después de fallarle la entrega del dinero en San Bernardino, comprendió que tal vez se había puesto en una situación comprometedora, ya que quizá podía haber hablado con alguien que no fuera Mabel Norge, cuando llamó al número de Paradise. Por consiguiente, inmediatamente adoptó la posición de que Davenport había contratado sus servicios como detective particular, para ir a San Bernardino y vigilar el departamento del motel en cuestión, y le escribió a usted una carta en la que justificaba su desplazamiento a San Bernardino.

»Este es, a grandes rasgos, el relato del doctor Renault. Probablemente es verdad. Sin embargo, es posible que Beckemeyer trate de cargarle el muerto al doctor Renault. Pero cuando nosotros nos demos por satisfechos, estarán los dos cantando como dos canarios.

—¿Por qué se mostró tan obstinado el doctor Renault con la cuestión del cianuro? —preguntó Mason.

—Según dijo el doctor Renault, él supo lo que debió haber ocurrido tan pronto como se enteró de la existencia de cianuro al

efectuarse la autopsia. Ya por aquel entonces, empezó a preparar su propia defensa. Si hubiera admitido, siquiera por un momento, que se había manifestado un solo síntoma de envenenamiento ciánico mientras *él* estaba visitando a Ed Davenport, se habría puesto *él* mismo la soga al cuello, en caso de que la verdadera historia saliera a relucir algún día.

»Si no hubiera sido porque los niños encontraron aquella tumba, nunca habríamos sabido lo que sucedió. Se habría presentado una convincente acusación de envenenamiento contra Myrna Davenport, y ésta hubiera sido probablemente declarada culpable.

Mason se echó a reír quedamente.

—Puede usted imaginar lo que experimentó el doctor Renault cuando el cuerpo fue hallado, y la autopsia reveló el envenenamiento por cianuro.

—Bien —dijo Vandling—, gracias a su colaboración; podré ostentar una hermosa pluma en mi casco. La gente me da golpecitos en la espalda, y seguirán dándomelos. Lo que no acierto a comprender es cómo diablos logró usted resolverlo.

—Yo no lo resolví *todo* —dijo Mason—, pero yo sabía que Edward Davenport era la única persona que podía estar segura de que se pondría enfermo al llegar a Crampton. Si Davenport lo tenía planeado de este modo, entonces era casi seguro que el doctor Renault estaba comprometido en el asunto. Y puesto que la tumba había sido ya preparada, resultaba más que probable que alguien más sabía que se había dispuesto de antemano que Davenport tenía que ponerse enfermo en Crampton.

»Cuando llegue al fondo del asunto, Vandling, tiene usted que tener en cuenta que aunque Beckemeyer y Renault puedan haber cometido el verdadero crimen, el que verdaderamente se puso la soga al cuello fue el propio Ed Davenport.

—Negligencia cooperante —dijo Vandling sonriendo.

—Exactamente —observó Mason, llenando de nuevo los vasos.

—Bien —dijo—, por el crimen.

Notas

[1] Nombre familiar dado en los E. E. U. U., a algún poderoso barbitúrico o narcótico, utilizado a veces por las gentes del hampa, para inutilizar a sus presuntas víctimas. (N. del T.) < <